

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

**CARTAS DE VIAJE A JOSÉ MARÍA DE PEREDA
DESDE PORTUGAL E ITALIA**

EN EL 100 ANIVERSARIO DE SU MUERTE

ESTUDIO PRELIMINAR
DE
BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

SANTANDER

2012

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO
CARTAS DE VIAJE A JOSÉ MARÍA DE PEREDA
DESDE PORTUGAL E ITALIA

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO
CARTAS DE VIAJE A JOSÉ MARÍA DE PEREDA
DESDE PORTUGAL E ITALIA

EN EL 100 ANIVERSARIO DE SU MUERTE

ESTUDIO PRELIMINAR
DE
BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA



Parlamento de Cantabria

SANTANDER, 2012

- © DEL PRÓLOGO: José Antonio Cagigas.
- © DEL ESTUDIO PRELIMINAR: Benito Madariaga de la Campa.
- © DE LAS CARTAS DE MENÉNDEZ PELAYO: Biblioteca Menéndez Pelayo.
- © FOTO DE CONTRACUBIERTA: Baúl utilizado por Menéndez Pelayo en sus traslados.
(Cortesía de la Biblioteca Menéndez Pelayo).

Santander, agosto de 2012.

EDITA: Parlamento de Cantabria.

FONDO DOCUMENTAL: Biblioteca Menéndez Pelayo y Real Sociedad Menéndez Pelayo.

COORDINACIÓN Y EDICIÓN LITERARIA: Benito Madariaga de la Campa.

MAQUETACIÓN E IMPRESIÓN: Bedia Artes Gráficas, S. C. San Martín del Pino, 7. 39011 Santander.

D. L.: SA-552-2012 • Impreso en España

ÍNDICE

PRÓLOGO por JOSÉ ANTONIO CAGIGAS	9
ESTUDIO PRELIMINAR por BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA	13
CARTAS LUSITANAS	17
CARTAS ITALIANAS	26
AGRADECIMIENTOS	35

CARTAS PORTUGUESAS

I. Lisboa, 14 de octubre de 1876	39
II. Lisboa, 31 de octubre de 1876	47

CARTAS ITALIANAS

I. ESPAÑOLES EN ITALIA. Roma, 1.º de febrero de 1877	57
II. UNA VISITA A LAS BIBLIOTECAS. Roma, 21 de febrero de 1877	65
III. EPÍSTOLA PARTENOPEA. Nápoles, marzo de 1877	71
IV. ¡RERUM OPIBUSQUE POTENS, FLORENTIA MATER! Florencia, 13 de abril de 1877	77
V. LETRAS Y LITERATOS ITALIANOS. Venecia-Milán, 13 de mayo de 1877	85

PRÓLOGO

La conmemoración de la muerte de Marcelino Menéndez Pelayo, del que se cumple este año el centenario, nos lleva a celebrarlo con el recuerdo de su vida y la difusión de la labor intelectual de su extensa obra. Esto es lo que ahora estamos llevando a cabo una serie de instituciones como la Universidad Internacional que lleva su nombre, el Parlamento de Cantabria y los municipios de Santander, Polanco y Astillero, con la publicación de este libro que recoge siete cartas literarias de este ilustre santanderino, dirigidas a los lectores de *La Tertulia*, revista de su ciudad natal.

Era entonces muy joven Menéndez Pelayo, pero ya doctor, en busca de lo que sería después su mejor cometido de profesor universitario. Para ello, quería consultar los fondos de archivos y bibliotecas, en los que pudiera encontrar información a través de una documentación repartida en diversas ciudades de Europa. Empezó por Portugal y continuó con Italia, Francia, Bélgica y Holanda. No pudo ir, como tenía pensado, a Inglaterra y Alemania. Por entonces no dominaba aún el alemán, que aprendería más tarde.

Estas epístolas literarias sobre lo que iba descubriendo en las bibliotecas y archivos que visitó, llaman la atención por contener la erudición de un joven que comenzó con veinte años, y continuó en el siguiente recogiendo datos hasta el 20 de diciembre de 1877, en que dio por finalizadas sus pesquisas.

Por estas páginas eruditas, verdaderamente sorprendentes, desfilan múltiples personajes españoles, poetas y ensayistas de diversa procedencia, teólogos, heterodoxos, militares, políticos y hombres de ciencia. Su pluma nos recuerda a Miguel Servet, Miguel de Molinos y Miguel de Cervantes, los tres de muy diferente condición; pero también menciona, por ejemplo, a Quevedo, los hermanos Valdés, los Argensolas y a Teófilo Braga, erudito portugués al que conoció en Lisboa, y del que conserva en su biblioteca gran parte de sus libros.

Durante su viaje mantuvo una numerosa correspondencia con su amigo y mentor Gumersindo Laverde Ruiz, al que informaba de los hallazgos que iba encontrando.

En el estudio preliminar del libro, Benito Madariaga, gran investigador y erudito, nos presenta los precedentes del autor de estas cartas, su enorme capacidad de trabajo y de síntesis y el lenguaje sencillo y claro de su exposición.

Confío en que con la publicación de estas Cartas Literarias del más sabio de los hijos de esta tierra, demos a conocer un faceta más, la epistolar, de su extensísima obra, y que contribuyamos con ello a la mejor celebración de su Centenario.

JOSÉ ANTONIO CAGIGAS
Presidente del Parlamento de Cantabria

*A la memoria de mis amigos fallecidos
Román López Tamés, Enrique Loriente Escallada,
Francisco Ramos Fernández y Manuel Arroyo González,
que me dejaron la nostalgia de su ausencia.*

ESTUDIO PRELIMINAR

Cuando el joven santanderino Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) había concluido los estudios del doctorado en la Universidad Central, sus pretensiones eran opositar a cátedras de Instituto o Universidad, como primer paso, pero se encontró con el impedimento al presentar las solicitudes en octubre de 1875, de no tener entonces la edad reglamentaria que era de veintitrés y veinticinco años respectivamente, aunque al fin lo consiguió por modificación de la ley. Acompañó esta petición de una sucinta relación de méritos y entre ellos decía: «Lleva muy adelantada una extensa *Bibliografía de traductores españoles de lenguas clásicas* y preparados considerables trabajos para una *Historia literaria de los Heterodoxos españoles desde Prisciliano hasta nuestros días*».¹

Aunque tenía un expediente académico brillante en el bachillerato y en la universidad, le faltaba completar sus méritos con algunos trabajos que pensaba escribir, siguiendo las sugerencias de su maestro y mentor Gumersindo Laverde Ruiz (1835-1890). Para continuar los estudios necesitaba conocer las principales bibliotecas y archivos de Europa donde podía encontrar documentación importante de carácter histórico y bibliográfico sobre traductores y heterodoxos españoles y acerca de escritores de su región. La oposición a bibliotecario figuraba también entre sus propósitos. Con este objeto solicitó las pensiones necesarias que le permitieran sufragar los gastos que le originaran estas investigaciones. Como era preceptivo para poder salir al extranjero, redimió en metálico el cumplimiento del servicio militar, previo pago el 5 de noviembre de 1875 de dos mil pesetas, tras de lo que solicitó el pasaporte en septiembre de 1876.

¹ Ver «Relación de méritos» en Enrique SÁNCHEZ REYES, *Don Marcelino, biografía del último de nuestros humanistas*, Santander, 1956, pp. 419-420.

Ya para entonces tenía preparado el viaje. Se hizo para ello acompañar de varias cartas de presentación de Juan Valera, Manuel Milá y Fontanals, José Amador de los Ríos, etc. para diversas personalidades que luego conoció en sus diferentes destinos.

A las ayudas económicas que empezaron por las del Ministerio de Fomento, que le llegaron más tarde, solicitó en 1876 las de su tierra natal, donde era considerado y tenía apoyos oficiales. En los escritos de agradecimiento al Ayuntamiento y la Diputación de Santander por las ayudas recibidas, cita los trabajos en preparación y los lugares y bibliotecas que tenía pensado visitar, aunque en el dirigido a la Diputación enumera las de Londres, Cambridge, Munich y Viena que no llegó a visitar. A las cantidades que le concedió el Municipio de tres mil pesetas, se unió la Diputación con dos mil durante dos años. En último término, se amplió en 1877 con la citada dotación del Ministerio de seiscientas veinticinco pesetas mensuales por un año para que continuara sus viajes. Aparte, recibió dinero de su padre y de su tío Juan Pelayo, que le facilitó la adquisición de libros, pues junto con los gastos de los traslados, el mantenimiento y hospedaje, gastó cantidades importantes en la compra de libros en sus viajes. Por ejemplo, el libro *Palmerín de Inglaterra*, que compró en Lisboa, le costó 1.800 reis, y la *Antoniana Margarita* al fin pudo adquirirla en la casa del anticuario londinense Bernard Quaritch (1819-1891).² El joven estudioso, bibliófilo por vocación, era capaz de dejar de comer, antes que perder la adquisición de alguna obra importante.

Antes de comenzar el viaje, ya había sacado de la imprenta su tesis doctoral y dejaba en vías de publicación la primera edición de *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la Ciencia española*, con una selección de los primeros artículos de la discutida discrepancia, comenzada en la primavera pasada, cruzados con Gumersindo de Azcárate y Manuel de la Revilla. Pero algunos de los artículos que continuaron la polémica los escribió y envió a las revistas desde el extranjero.³

El 21 de junio de 1876 escribe a Gumersindo Laverde Ruiz desde Santander, en plena controversia sobre la Ciencia Española, mantenida después la segunda parte a distancia, anunciándole a su amigo en la posdata el envío del proyecto y la opinión para la *Historia de la Estética*. Y en la próxima del 11 de julio le dice que ha comenzado el libro de los *Heterodoxos* y que lleva escritos quince pliegos de la introducción con el plan detallado de los capítulos que conformarían el libro.

² GUERRA, F.: «Introducción», en *Una biblioteca ejemplar*, Madrid, Universidad Complutense, 2007, p. 21.

³ MADARIAGA DE LA CAMPA, B.: «Bosquejo biográfico de un humanista», en *Tres estudios bibliográfico sobre Marcelino Menéndez Pelayo*, Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo, 2008, p. 42.

Siguiendo el consejo de su maestro asesor, comenzó el viaje por Portugal, ya que, según le dice, tendría otra ocasión de ver algunas de las bibliotecas españolas que le faltaban y desconocía.

El 7 de octubre estaba ya en Lisboa, desde donde escribe a Pereda y Laverde. Tenía entonces don Marcelino veinte años y Pereda cuarenta y tres. Ambos se conocían desde la niñez del primero. El escritor de Polanco le tuteaba y don Marcelino le llamó siempre de usted. A Gumersindo Laverde, a pesar de una diferencia de edad de veintiún años, terminó con el tiempo tratándole de tú, a partir de pedírsele aquél, el 25 de setiembre de 1877, a lo que le contesta el 4 de octubre su joven discípulo:

Aunque me cuesta no poco trabajo, habré de emplear el tú, puesto que te empeñas en ello.

Pereda no conocería Portugal hasta mayo de 1885 en que, acompañado de Benito Pérez Galdós, recorrió Lisboa, Coimbra y Oporto. Don Marcelino volvería por segunda vez durante la Semana Santa de 1883 invitado por Juan Valera, embajador a la sazón. Este año le pedirá el amigo santanderino que le envíe cuántos libros considere de interés sobre literatura contemporánea, aparte de los que personalmente le había solicitado. Entre ellos, los veintidós tomos de las *Obras completas* de «Filinto Elysio» y otros que le enumera en su carta del 15 de mayo de 1883 cuando le anuncia el envío por ferrocarril de un cajón de libros por un total de más de 21.420 reis. Iban acompañados de un catálogo de todos ellos, algunos antiguos, como el *Isagoge ad Laudes* (1610-1613) o el *Eco político* (1645), de Francisco Manuel; *La expulsión justificada de los moriscos españoles* (1612), por Pedro Aznar Córdoba, etc., juntamente con varias obras modernas portuguesas.⁴

La lectura de las cartas eruditas de este joven de veinte a veintiún años asombran por los conocimientos que expone en sus juicios de los personajes y de las obras que cita y consulta. Téngase en cuenta la velocidad de las investigaciones bibliográficas que realiza en poco tiempo teniendo presente la forma de tomar notas de entonces y las horas que dedicaba a sus exploraciones, como él las llama. Sus conocimientos del latín, ya desde estudiante, le facilitaron los estudios clásicos. A la vez, tuvo una enorme capacidad de trabajo y una extraordinaria memoria, aparte de que luego, desde sus respectivos hospedajes, escribía sin libros de consulta las cartas para *La Tertulia*, redactadas con la clara exposición y el buen estilo literario que siempre mostró. Su discípulo Ramón Menéndez Pidal, que lo conocía bien y además había trabajado con él, le retrató así en la necrológica que escribió:

⁴ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo, 1877-1905*, con una introducción de Miguel Artigas y Pedro Sainz Rodríguez, Madrid, Espasa-Calpe, 1946, pp. 164-168.

Menéndez Pelayo estaba organizado para desarrollar el más intenso trabajo que puede concebirse. Tenía una complexión fuerte que nunca exigía cuidados, un cerebro que nunca pedía descanso. Uníase a esto, una increíble rapidez de percepción. Leía con triple velocidad que la ordinaria, y de sus incesantes lecturas guardaba, con un felicísimo acierto seleccionador, raudales de nociones en su robusta memoria.⁵

Los escritos de don Marcelino fueron publicados en la modesta revista *La Tertulia* (1876-1877), en su segunda época, revista santanderina de Ciencias, Literatura y Arte. En ella aparecieron artículos de José María de Pereda, Menéndez Pelayo, Amós de Escalante, Adolfo de la Fuente, Gumersindo Laverde, Ramón de Campoamor, Manuel Marañón, Pérez Galdós, etc. También contenía una sección bibliográfica con recensiones, algunas por ejemplo de don Marcelino, como *Ave, Maris, Stella* (1877), de Amós de Escalante, y la de *Bocetos al templo* (1876), de Pereda. En sus páginas se dieron a conocer, en varias entregas, *Cuarenta Leguas por Cantabria*, de Galdós y *Tipos Trashumantes*, de Pereda. Amós de Escalante tradujo del alemán en la segunda época de la revista, versos de Rückert (1788-1846) y de Uhland (1787-1862), y el corto poema suyo «A un mirador». De teatro se imprimió «Casarse con sesenta mil duros», comedia en un acto y en verso, de Telesforo Trueba y Cosío. En la Introducción de esta revista, escrita por Menéndez Pelayo sin figurar su nombre, se la llamó «Revista literaria montañesa».

Las cartas-artículos de los viajes desde Portugal e Italia dirigidas a los lectores de *La Tertulia* iban encabezadas con el nombre de Pereda, al que se dirige como mi querido o carísimo amigo, pero publicó también en esta revista los artículos, «Los jesuitas españoles en Italia», que aunque aparecieron en ella por entregas, no iban dirigidos a Pereda. El primero se refiere al Abate Andrés (pp. 289-294), el segundo a Hervás y Panduro (pp. 385-393) y el tercero a Eximeno (pp. 737-746). Estos artículos fueron publicados previamente en Madrid de febrero a junio de 1875 en la *España Católica*. Muchas de las cartas particulares a Pereda no llevaban encabezamiento.

En esos años la presentación literaria de Pereda era la de un escritor costumbrista y todavía no se le conocía como novelista. En la citada crítica de don Marcelino de *Bocetos al templo*, le llama «el primer escritor de costumbres de España» en el siglo XIX. Se refiere en ella al realismo de los cuadros escritos que le recuerdan a Cervantes. Entre los artículos que publicó en la citada revista del editor Francisco Mazón se encuentran «El peor bicho», «Un marino», «Las bellas teorías», «Velarde», etc. Tenía escritas entonces las *Escenas Montañesas* (1864), unos ensayos

⁵ Citado por Benito MADARIAGA en *Genio y figura de Marcelino Menéndez Pelayo*, Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo, 2011, p. 45.

teatrales de poco relieve (1869) y *Tipos y paisajes* (1871). En esos momentos participaba de la misma idea antikrausista de Menéndez Pelayo, a quien alienta para que los vapulee en sus disputas. En una de sus cartas de febrero de 1877 le da su opinión sobre *Gloria* (1876-1877), novela de Pérez Galdós que a su juicio le metía en el «lodazal de la novela volteriana», opinión que no aceptó y que disgustó al autor amigo.

Para conocer más a fondo lo que hizo Menéndez Pelayo en Portugal y después en Italia hay que leer también la correspondencia erudita y muy numerosa, que mantuvo con su antiguo profesor Gumersindo Laverde Ruiz y que ahora utilizamos.⁶ El abundante epistolario de carácter bibliográfico, le sirvió a su discípulo para intercambiar opiniones e información sobre sus proyectos, especialmente durante estos viajes a Europa e, igualmente, con motivo de la elaboración de sus libros y la necesidad de tener un corresponsal que comprendiera y alentara sus trabajos, con el intercambio entre ellos de sugerencias y bibliografía. Por ejemplo, don Marcelino le envió desde Roma el primero de abril de 1877 «El plan de biblioteca de clásicos griegos» con un abundante repertorio temático incluyendo autores latinos. Laverde le ayudó en este sentido, pero fue también un mal consejero al incitarle a polémicas innecesarias contra los «endiablados krausistas», como los llama.

CARTAS LUSITANAS

Desde Lisboa le escribe Menéndez Pelayo a Pereda la primera carta de carácter particular, diferente a las que luego a petición suya, con el nombre de cartas literarias, le enviaría con noticias eruditas de letras y literatos de Portugal e Italia. Salió de Santander el 6 de octubre de 1876 y llegó a Lisboa el día siguiente. Se alojó en la Fonda Española —Rua Nova da Princeza, 24— y desde allí le escribe en esta sin fecha:

Los portugueses son buena gente, muy atentos y serviciales. El estado actual de su literatura no me parece halagüeño. Ellos mismos lo confiesan.

Aquí le hace la primera descripción de viajero curioso:

Lisboa es ciudad grande y hermosa, pero desigual. La parte baja de la ciudad, reedificada después del terremoto, es magnífica, la ribera del Tajo deliciosa, pero la mayor parte de la población está llena de cuestras, vericuetos y derrumbaderos espantosos. Tiene extensión excesiva, dado el número de habitantes, y las

⁶ Ver *Epistolario* de Menéndez Pelayo al cuidado de Manuel Revuelta Sañudo (Madrid, Fundación Universitaria Española) y el *Epistolario de Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo 1874-1890*, edición, notas y estudio de Ignacio Aguilera, Santander, Diputación Provincial, 1967. Sería conveniente una reedición de esta obra.



Monasterio de los Jerónimos. Lisboa.

distancias son muy grandes. En monumentos he visto pocos; el monasterio de los Jerónimos de Belém, edificado en tiempo del rey don Manuel, es sin duda bellissimo. Los portugueses dicen que aquello es *arquitectura manuelina*, los extraños no admiten semejante denominación».⁷

Pero no nos dice más. El joven santanderino se presenta como un erudito conocedor de libros y autores portugueses, pero es parco en las descripciones de ciudades, monumentos y obras de arte que irá admirando también durante su periplo europeo. En esta misma carta le anuncia que le envía la primera lusitana para *La Tertulia*, revista de la que era editor Francisco Mazón, amigo de Pereda y conocido de don Marcelino, personaje bondadoso con aspecto de viejo marino a causa de su melena y perilla y debido a tener una ostentosa cicatriz en la cara. Tuvo librerías en la Ribera y en la calle del Peso de Santander.

En idéntica carta le dice que lleva ocho días en Lisboa y que le adjunta otra prometida, de «consideraciones generales», a la vez que le anuncia que piensa

⁷ *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, prólogo y notas de María Fernanda Pereda y E. Sánchez Reyes, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1953, p. 15.

escribir otras dos. En ella le pide que le corrija «las impropiedades y repeticiones». Pero sólo le envió otra más. Entre las ciudades que visitaría figuraban Coimbra y Oporto.

Vuelve a escribir a Pereda el 2 de noviembre y le informa desde Lisboa del envío de la segunda lusitana que está fechada el 31 de octubre. En la primera, de carácter particular, le dice que trabaja «unas siete horas diarias», que ya ha explorado casi todo lo que le interesa y que pasados quince o veinte días regresará a Santander. A su vez, el escritor de Polanco le contesta el 13 de noviembre y en ella le refiere a don Marcelino la marcha de la polémica que éste mantenía con Manuel de la Revilla, en la que discutieron la existencia o no de una ciencia española en tiempos pasados. En este año 1876 comenzó ya don Marcelino a trabajar en Santander sobre los heterodoxos.

Las cartas lusitanas y las que luego escribirá desde Italia se refieren a una información literaria que podía interesar a los lectores santanderinos de *La Tertulia*, especialmente a sus amigos escritores.⁸

Las dos tituladas después «Letras y literatos portugueses» están fechadas, como decimos, desde Lisboa el 14 de octubre y la segunda el 31 de este mismo mes, también desde el mismo lugar. En cierto modo, suponía, como va dicho, una presentación del mundo literario lusitano a los lectores de la revista. Sin embargo, cuando escribe a Laverde lo hace con más detalle, de forma erudita, y le va informando particularmente de las exploraciones bibliográficas, como él las llama, que realiza durante el viaje, así como de las adquisiciones que hace de libros raros y curiosos.

En Portugal comenzó por conocer los fondos de su interés en la Biblioteca Nacional, en la Academia Real de Ciencias y en el archivo de la Torre do Tombo. Destinó el tiempo a estudiar los traductores españoles, de los que encontró menos de los que esperaba, sobre todo de los líricos y filósofos, aunque afirma que en las traducciones a Ovidio nos superaban los portugueses.

Otro tema de sus pesquisas fueron los procesos inquisitoriales. Se interesó por personajes tan singulares como Damián de Goes, Ferreira de Almeida, Casiodoro de la Reina, Cipriano de Valera, Antonio Pereira, el enciclopedista Marqués de Pombal,⁹ el volteriano Francisco Mello Franco, Freire de Mello, autor de la

⁸ Cfr. «Las Letras y literatos portugueses» (dos cartas) y las italianas, «Primeros contactos entre España e Italia», «Una visita a las bibliotecas», «Epístola Partenopea», «¡Rerum opibusque potens, Florentia mater!» y «Letras y literatos italianos» están publicadas en *Obras completas, Discursos de crítica histórica y literaria*, V. Madrid, CSIC, 1942, pp. 255-274 y 311-353.

⁹ Ver J. LUCIO D'AZEVEDO, L.: *O Marquez de Pombal e a sua epoca*, Lisboa, Livraria Classica Editora de A. M. Teixeira, 1909.



Sá de Miranda.

Superstición desenmascarada, encarcelado por la Inquisición, etc., a los que luego nos referiremos y que reunió para el libro de los *Heterodoxos*.

En la primera carta estudia la literatura portuguesa comparada con la española, empezando por la Edad Media y el Renacimiento, a la vez que analiza la influencia española y los escritores portugueses que escribieron en portugués y español, como el prestigioso Camoens (1524-1580), figura principal de la lírica portuguesa;¹⁰ o el poeta y dramaturgo Gil Vicente (1465-1537), llamado el «Pláuto portugués». Pero cita, igualmente, a Alejandro Herculano (1810-1877), autor de una *Historia de Portugal* y de otros libros del interés de Menéndez Pelayo, como *Da origem e estabelecimento da inquisição em Portugal* (1854-1855). Lo mismo sobre Tomás Ribeiro (1482-1552), Juan de Barros (1496-1570), Manuel María Barbosa du Bocage (1735-1805), consumado sonetista; Francisco Manoel, Vasco de Lobeira, Juan Bautista Almeida Garret (1799-1854) y Teófilo Braga (1843-1924),

autor de numerosos libros sobre el Romanticismo y el teatro portugués, la Historia de la poesía nacional y popular de su país, la bibliografía camoniana, etc.

Nada más llegar le dice a Laverde que ha comprado las obras de Gil Vicente a módico precio, los tres tomos de *Palmerín de Inglaterra* que le costaron 1.800 reis y también el *Parnaso lusitano*, antología de Almeida Garret. Laverde le pide por carta que vea la *Historia da Filosofia em Portugal* escrita por Lopes Raza y la *Philosophia libera* de Isaac Cardoso (1615-ca. 1680) y que le informe con su opinión sobre ellas.

En cuanto a traducciones, le añade su discípulo santanderino que ha consultado las de la *Iliada* y la *Odisea*, de Anacreonte y de Píndaro. De los latinos encontró traducciones de Lucrecio, Tibulo, Ovidio y Horacio. De la *Eneida* escribe que fue interpretada al portugués en verso. Bocage lo hizo de una parte de la *Metamorfosis*, pero el mejor traductor latino era a su juicio, José Feliciano de Castilho, que trabajó sobre las *Georgicas* y el teatro de Moliere y comenzó a hacerlo del Quijote, que no terminó debido a su muerte, aparte de destacar el valor

¹⁰ Ver BRAGA, Theofilo: *Historia de Camoens*, Impr. Portuguesa, Porto, 1873-1875 y *Camoens e o sentimento nacional*, Porto, 1891.

de la propia obra lírica de este autor. El 18 de octubre de 1876 le vuelve a comunicar a Laverde desde Lisboa en una carta, abundante en información:

La Literatura portuguesa es muy rica en traducciones de poetas latinos, poco en griegos y poquísimos en prosistas de ambas lenguas, como pobre es también en prosistas propios,

y le añade en otra del día 29:

El aislamiento en que Portugal quiere vivir le perjudica notablemente bajo el aspecto científico como bajo el literario. Sus esfuerzos para apartarse de la corriente española, sólo sirven para esterilizar su actividad propia, en otro tiempo tan grande y gloriosa.¹¹



Manuel María Barbosa du Bocage.

En ella le copia a Laverde los poetas horacianos portugueses de especial recuerdo: Francisco de Sá de Miranda (1481-1558), Francisco Manoel, Bocage, Ribeiro dos Sanctos (1482-1552), Luis de Camoens, etc.

Sobre los judíos portugueses la mejor fuente que tenemos procede de Julio Caro Baroja,¹² tema no tratado en sus cartas por Menéndez Pelayo, pero sí en su libro de los *Heterodoxos*, aunque Laverde le apuntó los nombres de algunos judaizantes como Uriel da Costa (1583-1647), el judío Antonio Enríquez Gómez, poeta y novelista, autor de una Biblia Lusitana, y a Miguel Levi de Barrios. Muchos de ellos dice Caro que fueron bautizados a la fuerza. Gil Vicente recoge los testimonios de los judíos portugueses y lo mismo el humanista Damián de Goes (1502-1574). Focos principales habitados por ellos estaban en las tierras de Braganza, Beira, Covilha y otras localidades cercanas a Lisboa, en zonas fronterizas y de la costa y en lugares de ferias y de fábricas de paño, donde se desataron persecuciones que llegaron hasta el siglo XVIII. Así escribe Caro:

En 1778 fue procesado el poeta Francisco Manuel do Nascimento «Filinto Elysió», que vivió exiliado a causa de este proceso. También por la misma época

¹¹ *Epistolario de Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo*, ob. cit., 1967, t. 1, p. 546.

¹² *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, tomo 1, cap. XI, Edición Arión, 1962, pp. 191-208 y tomo III, p. 222.

lo fue José Anastasio de Cunha, matemático de cierta fama, y en años sucesivos Morais e Silva el lexicógrafo, y los poetas Pereira Caldas y Joao Xavier de Matos, Bocage, Curvo Semedo y José Agostinho de Macedo.¹³

Siguiendo la correspondencia con Laverde, le comenta su discípulo en la citada carta del 29 de octubre:

Sigo trabajando sin levantar mano en estas bibliotecas,

en las que consulta documentación de Damián de Goes y le habla del citado Bocage, de Antonio Pereira y de José Anastasio de Cunha, matemático y poeta, autor de *Voz de la razón*, procesado por la Inquisición. En el archivo de la Torre do Tombo encontró varios procesos de heterodoxos. Se fija especialmente en el citado Damián de Goes, erasmista que viajó a Alemania y los Países Bajos y escuchó a Erasmo, Lutero y Melanchton y fue procesado por el Santo Oficio, autor que tratará más ampliamente en su libro de los *Heterodoxos*. Hizo un extracto del proceso que le parece «interesantísimo». Fue un decidido partidario de la Reforma, igual que los españoles hermanos Valdés, y Fr. Roque de Almeida, fraile apóstata y alquimista en Venecia. A ellos se refiere con detalle en la obra citada. Sin embargo, le dice a Laverde que «el luteranismo no llegó a penetrar en Portugal». Entre los jansenistas citados estaba Antonio Pereira, autor de un cismático tratado sobre la potestad de los obispos; y el conocido poeta Bocage, perseguido por su carta impía *Pavorosa illusão da eternidade*. De Francisco Manoel («Filinto») dice que escribió poesías volterianas y al escritor De Freire de Mello, le califica de impío. Al final de esta extensa e importante carta le pide al amigo las variantes del plan de los heterodoxos.¹⁴ En esta interesante carta le envía, además, una lista de traductores, poetas y comentadores castellanos y portugueses de Horacio.

Nuevas cartas se suceden en el epistolario con Laverde que continuará a lo largo de su viaje europeo. Desde Lugo, su amigo le escribe a don Marcelino el 4 de noviembre y le incita a que no excluya de su Historia de los heterodoxos a los que aun vivan, especialmente a los krauso-institucionistas y simpatizantes, y le pone de ejemplo a Pi y Margall, Revilla y Salmerón.

En la misma fecha, desde Lisboa, don Marcelino le remite el plan de heterodoxos con el orden de capítulos (pp. 555-557) y le confirma que tiene extractado el proceso de Damián de Goes, así como los comentarios de Fox Morcillo a Timeo. Del mismo modo, dice haber visto en la Academia de Ciencias dos ediciones de la *Antoniana Margarita* (1554), obra que encontrará después en otras localidades

¹³ Ibidem, tomo III, p. 222. El escritor P. Antonio Ferreira publicó el Auto de Fe que se celebró en Évora en septiembre de 1670.

¹⁴ *Epistolario de Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo*, t. I, pp. 547-549.

européas, como en la Nacional de Bruselas. La segunda es de 1610 y la tercera de 1749, que don Marcelino consideró la segunda.

En la *Revista de España*, en 1878,¹⁵ escribió Menéndez Pelayo un extenso artículo, en varias entregas, sobre este libro de Gómez Pereira (1500-¿1558?), médico que escribió y vivió en Medina del Campo, trabajo que, por ser uno de los primeros que pone al día al personaje con sus consideraciones y datos biográficos, resulta interesante por lo que dice sobre el alma de los animales (*brutus sensa carere*) y como precursor de Descartes. Se trata de un libro muy estudiado por los médicos y otros auto-



Luis de Camoens.

res, Huet, Bayle, Isaac Cardoso, Feijoo, Forner, etc., si bien, como dice Menéndez Pelayo, muchos hablaron de él sin haberlo leído o le estudiaron de pasada. Al final le dice a Valera en la carta:

Si yo fuera capitalista, poco tardaría en hacer una copiosa y regia edición de la *Antoniana* y de otros muchos libros filosóficos españoles.

Al fin adquirió un ejemplar de la primera edición que se conserva encuadernado en su biblioteca.

Estando en Lisboa conoció al gran escritor Teófilo Braga (1843-1924), personaje notable, poeta, folklorista y filósofo positivista, autor entonces de catorce volúmenes de *Historia da Litteratura portugueza* (Porto, 1870-1891) y de otra edición de 1885, impresa en Lisboa, que adquirió don Marcelino, entre otros libros, y con el que discrepa cuando alude a los heterodoxos portugueses, aunque alaba la obra. Se trata del libro existente en su biblioteca, de este mismo autor, *Curso de Historia de Litteratura portugueza* (Lisboa, 1885), que comprende del siglo XII al XIX, con un índice de escritores portugueses.

¹⁵ Ver la *Antoniana Margarita* de Gómez Pereira. «Carta al Sr. Juan Valera, de la Academia Española», *Revista de España*, tomo LX (enero y febrero) y LXI, núms. 239 a 242, pp. 362-375, 474-489, 63-79, 166-192. Recientemente hay de José Luis Barreiro y Concepción Souto García un estudio preliminar y versión al español de la edición de esta obra de 1749, Fundación Gustavo Bueno, Universidad de Santiago de Compostela, 2000.

Valera le propuso más tarde por carta (23-febrero-1883) que por sus méritos presentaran a Braga para académico de la Española. Don Marcelino guardó en su biblioteca veinticinco volúmenes de las diferentes obras de este autor. No menos valioso es el *Diccionario bibliográfico portugués*, de Innocencio Francisco de Silva, en veinte tomos, obra importante que puede consultarse en su biblioteca.

Su última epístola desde Lisboa es del día 12 de noviembre, en la que dice estar de acuerdo en incluir a los heterodoxos contemporáneos españoles y se refiere a los anteriormente citados portugueses y a sus estudios sobre los traductores de Horacio. En Coimbra visitó su famosa Universidad.

Pero en la carta primera desde Lisboa a Pereda, llama la atención, como hemos referido, que no se ocupe de las bellezas naturales ni de los monumentos de Lisboa «descritos —dice— en muchas guías de viajeros», para dedicarse a lo que más le interesaba, es decir, en asuntos de *re litteraria*. Como muchos españoles de entonces, Menéndez Pelayo consideraba a Portugal una tierra española disgregada, y al referirse a la posible unión de los dos países se inclinaba porque el nuevo estado se llamara *España*, en lugar de *Iberia*, que hubieran en todo caso preferido los portugueses. «No hay historia de España sin Portugal», escribe, pero no tiene en cuenta los valores propios nacionales del país vecino, aunque en otro tiempo estuvieran unidos históricamente. Su prioridad en la gesta de los descubrimientos, en los que se adelantaron a los españoles y su propio desarrollo y formación como nación, definen a Portugal como país independiente y hermano de España.

En esta carta lusitana a Pereda infravalora lo portugués a favor de España. Así va analizando las producciones durante la Edad Media, representada por el *Romancero* de Almeida Garret, el Renacimiento por Arias Barbosa y Damián de Goes y se detiene en Luis de Camoens al que considera «como gran poeta español», pero como diría el interesado «España es la cabeza de Europa y Portugal la cima de la cabeza». Sin embargo, don Marcelino reconoce que «no hay historia de España sin Portugal, no será completa la historia de nuestra literatura que no abrace, como parte integrante, la portuguesa». Al estudiar la *Antoniana Margarita* daba entonces como portugués a Gómez Pereira, si bien otros le han considerado gallego. Nuestro erudito paisano va repasando la Literatura portuguesa y la influencia en ella de la española y así alude a Francisco Manoel, conocido poéticamente por «Filinto Elyro» al que, como hemos dicho, define como eclesiástico volteriano y al que alaba con algunos reparos. De Bocage señala la alta calidad de sus sonetos. En el siglo xviii encuentra traductores, académicos filólogos y preceptistas. Cita al poeta horaciano Correa Garçao, a Antonio Diniz, autor del *Hisopo*, y a Domingo dos Reis, algunos de ellos coincidentes con el gobierno de Pombal. De Bocage y de Manoel apunta que tuvieron imitadores y discípulos, igual que ocurrió con Almeida Garret.

En la segunda lusitana se muestra pesimista ante el panorama de la literatura portuguesa y resalta como principales figuras a Alejandro Herculano y a Juan Bautista Almeida Garret. Repasa el teatro y apunta una preferencia de la prosa sobre el verso y denuncia la pobreza del teatro moderno y su inspiración del francés. Al poeta, historiador y novelista Alejandro Herculano (1810-1877) le señala como el creador de la historia portuguesa y menciona, entre otras obras suyas, el *Furico*, libro que su lectura le resultó soporífero, conocido también por el *Padre Enrico* (1843); otras obras suyas son el *Monje de Cister* (1848) y las *Leyendas* y narraciones breves (1851). Se refiere, a continuación, a la producción científica, en la que incluye la filosofía, y a la influencia en la juventud portuguesa de las doctrinas positivistas y materialistas de autores franceses. En cuanto a la filosofía alude a su pobreza y desconocimiento de la española, incluida la krausista, excepto a Balmes. Aprovecha la ocasión para atacar a Sanz del Río y el lenguaje de su *Analítica*, libro del que dice que algunos portugueses se admiraban de que se hubiera leído en España «una cosa tan rancia y trasnochada como el krausismo». Entre los historiadores cita a Herculano, a Rebello da Silva, autor de una historia de los siglos XVI y XVII, a Latino Coelho y a Teófilo Braga, alabado por don Marcelino por su citado libro de la historiografía literaria de su país. En el repaso con sus opiniones, a través de la lectura de las obras que menciona y de los comentarios de sus amigos portugueses, le envía a Pereda estas cartas con un cuadro abreviado de sus impresiones sobre la historia de la cultura en Portugal.

A los lectores de *La Tertulia* les dedica su opinión sobre la lírica portuguesa representada por Castilho, poeta y traductor; igual que a Soares de Passos, Augusto de Lima, Juan de Lemus, Tomás Ribeiro y Guerra Junqueiro, de los que señala sus obras y valoración. Menéndez Pelayo a pesar del poco tiempo transcurrido no sólo visita las bibliotecas, si no que acude también a las librerías para ver los últimos trabajos. No se olvida de Brasil, más rico que Portugal en poesía, y destaca a Gonçalves Dias al que cita como poeta de primer orden.

Dedica una escueta mención a la prensa y a la crítica en los periódicos y revistas, con autores como Lopes de Mendonça, Luciano Cordeiro, Julio César Machado y otros. Se despide con una disculpa por no decir más cosas y promete a Pereda mandarle otra carta que no llegó a escribir.

Resulta curioso que Pereda no hiciera ningún comentario sobre estas cartas, ni las valorara, ni recogiera las opiniones que merecieron entre los amigos santanderinos. En sus respuestas, Pereda está más preocupado de sus obras y de las polémicas de don Marcelino que del impacto que produjeron las cartas al leerlas. No ocurre lo mismo con Gumersindo Laverde, que el 17 de noviembre de 1876 le dice:

En *La Tertulia* última viene su primera carta a Pereda, que es preciosa y hace desear vivamente la continuación. Escribiendo V. otras por el estilo desde Italia y demás regiones que recorra (inclusa Cataluña) podrá reunirse texto suficiente para un nuevo libro.

CARTAS ITALIANAS

El viaje a Italia comenzó el 12 de enero de 1877, vía Burdeos, Marsella y Génova y el día 16 estaba ya en Roma. Antes se detuvo en Pisa. Desde Lisboa había escrito el 12 de noviembre del año anterior a Laverde para decirle que después de ocho o nueve días regresaría a Santander y el 16 vuelve a escribirle cuando está trabajando en su ciudad sobre los traductores de Horacio.

Su primer contacto con Roma debió de asombrarle al encontrarse en sus bibliotecas con una abundante información de la cultura clásico-romana y apreciar los restos y los monumentos de su antiguo esplendor. Su objetivo era recabar material en sus bibliotecas y a esta tarea dedicó todo el tiempo posible. Tenemos que pensar que las cartas eruditas las escribía a sus familiares y amigos cuando ya estaban cerradas las bibliotecas. En las cartas italianas se advierte un entusiasmo y erudición que asombran, superior al de las escritas desde Portugal.

El 3 de febrero cuando ya llevaba varios días en Roma se comunica con Pereda y le manifiesta su entusiasmo ante el arte y la arqueología romanas.

Aquí estoy, amigo, quince días hace, pasmado, sorprendido. Apenas he visto más que la Roma pagana, la clásica, la pura. ¡Lástima que quede tan poco! ¡Pero qué restos! ¡Qué arcos y qué columnas y qué anfiteatro Flabio! ¡Consuela eso de poder andar por la *Vía Sacra*, y por el *Foro* como Pedro por su casa! Bien le decía a Vd. se viniese conmigo. No debe usted morir sin ver todo esto.

De la Roma nueva, de la cristiana, no he visto tanto, aunque lo iré viendo todo. Pero sí he notado que ningún templo de Roma, ni siquiera el de San Pedro infunde sentimientos de fervor ni compunción, sino de admiración profana. El respeto que produce siempre el arte, pero nada más.

¡Qué museos de escultura los del Vaticano! ¡Allí triunfa y vive el arte antiguo en su maravillosa carrera! ¡Y pensar que esos Apolos y esos Laocoontes, tras de estar más o menos profanalmente restaurados no son quizá (ni sin quizá) los más acabados modelos de ese arte!, ¿cómo sería lo que hemos perdido?¹⁶

En esta misma carta le señala las bibliotecas que está visitando «haciendo rica cosecha de datos y apuntamientos».

¹⁶ *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, ob. cit., p. 19.



Templo de Saturno en Roma.

En carta a Laverde del 23 de enero le dice que examinó la obra *De divinitate Iesu Christi et de Regno Dei*, del heterodoxo catalán Miguel Montserrat y en la del 8 de febrero que encontró dos tratados de Miguel Servet sobre la Trinidad. Frequentó igualmente la Corsiniana, la de la Minerva o de los dominicos, la Barberina y la Vaticana. En esta última le dice que había encontrado dificultades para su trabajo de consulta debido a las deficiencias de los índices, tarea en la que le ayudó el Cardenal Simeoni y que se solucionaron gracias a la intervención de nuestro embajador en ese momento. La existencia de manuscritos españoles, dice que, aunque no abundantes, son de singular importancia como el Códice del siglo xiv de Arnaldo de Vilanova.

La primera carta romana es de 1 de febrero de 1877 y apareció en *La Tertulia* con el título «Españoles en Italia». Es una visión general de la relación cultural entre España e Italia desde la época romana hasta el siglo xviii. Con gran erudición escribe sobre los visitantes que vivieron en ella, como él dice, de muy diferentes categorías: soldados, frailes, herejes, artistas, teólogos y virreyes. Con su sorprendente memoria no le es difícil recordar a Francisco Delicado, Mateo Alemán, Miguel de Cervantes, Garcilaso, Osuna y Quevedo.

De Francisco Delicado autor de la *Lozana andaluza*, asegura que fue escrita en Roma e impresa en Venecia.

Las imprentas españolas del siglo xvi, así en los estados españoles de Nápoles, Milán, etc., como en Venecia, en Roma y hasta en Génova y Turín, producían sin cesar libros españoles o traducciones de los escritos por nuestros ingenios.

Muchos años más tarde, en 1894, publicó en la sección «Revista crítica», en la *España Moderna*, acerca de los «Primeros contactos entre España e Italia» y poco después en el mismo lugar apareció el precioso artículo dedicado a «Historia Parthenopea», obra de principios del siglo xvi. Son como un complemento con idénticos temas a estas entregas a Pereda.

El 26 de febrero de 1877 vuelve a escribir al novelista de Polanco y le anuncia el envío de la segunda carta romana, fechada el 21, y que titula «Una visita a las



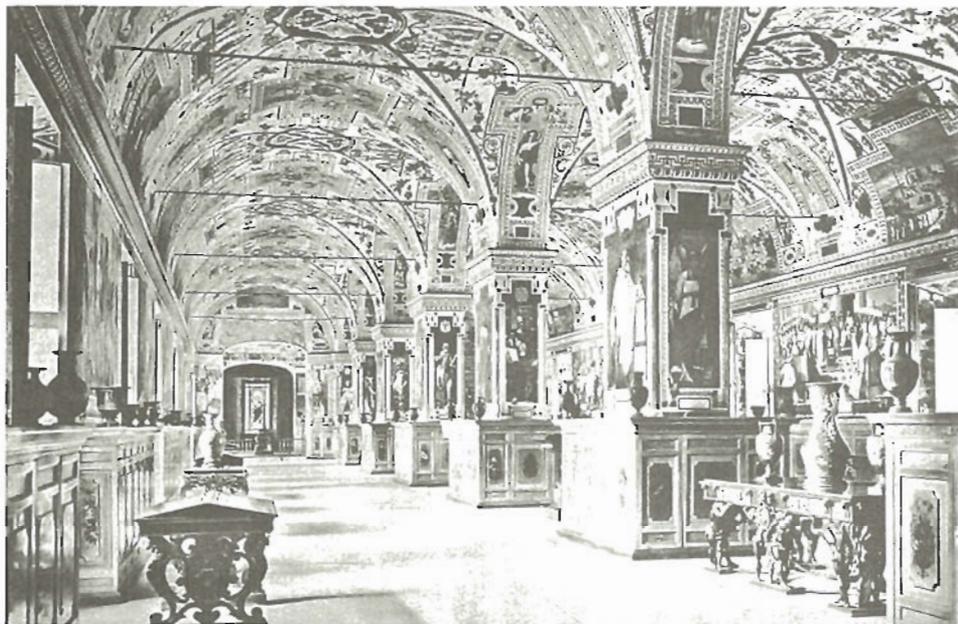
Arco de Tito en Roma.

bibliotecas». En ella se refiere a las ya citadas, aparte de consultar los fondos de la Casa Corsini, los de la Universidad y los de la llamada Biblioteca de Víctor Manuel. De la Barberina le escribe que contiene unos siete mil manuscritos. Don Marcelino se encuentra en Roma a gusto en un medio intelectual que le apasiona y escribe en esta segunda:

Sabido es que Roma ha sido en todas las edades la ciudad de los libros. No hablaré de aquellas famosas bibliotecas de los áureos tiempos, porque de ellas sólo ha quedado la memoria. Pero en épocas más cercanas, en los serenos días del Renacimiento, es imponderable el afán con que pontífices, cardenales, príncipes romanos y comunidades religiosas, atesoraron todo linaje de preciosos manuscritos.

La información más detallada y erudita se encuentra en las cartas que le dirige a su mentor Gumersindo Laverde, quien le contesta con sugerencias y bibliografía interesante que puede encontrar en las bibliotecas italianas durante su viaje. Estando en Roma le escribe el 28 de febrero de 1877 sobre el hallazgo de un manuscrito de Arnaldo de Vilanova, documentos importantes y dos cartas inéditas en la Biblioteca de la Minerva sobre el proceso y condenación de Miguel de Molinos. La *Guía espiritual* (1675) de este autor, dice don Marcelino que pudo verla en latín, francés e italiano, pero no en español. Sin embargo, hay un ejemplar en nuestra Biblioteca Nacional, y otro en español de época posterior sin año, edición de Rafael Urbano, presente en su biblioteca.

En esta fecha comunica, además, a Pereda, que está escribiendo una obra histórica, *Séneca*, de la que ha acabado tres escenas. Don Marcelino se siente orgulloso de nuestros teólogos y filósofos escolásticos, muy estimados en Italia. Como era habitual compra numerosos libros de clásicos latinos e italianos y algunos de autores españoles. El 17 de marzo está ya en Nápoles, y extracta la obra de Fernando de Córdoba, desde donde le dice que ha encontrado obras inéditas suyas muy interesantes. Esta segunda carta contiene una relación pormenorizada de los contenidos de las bibliotecas napolitanas y cita el caso de la Barberina en la que consultó numerosos manuscritos, algunos de ellos españoles. En ella no



Biblioteca Vaticana. Roma.

habla de su abundante compra de libros sobre los que sí informa a Laverde el 28 de marzo. Entre los que adquirió en esta ciudad, según escribe Bonilla San Martín,¹⁷ estaban: «la *Ethica* de Fox Morcillo y sus tres comentarios al *Fedon*, al *Timeo* y a la *República*; la primera edición *De anima et vita*, de Vives, y de sus cartas latinas; el *De justicia et jure*, de Domingo Soto; una rara edición de las obras lógicas de Raimundo Lulio; el *Syntagma tragoediae latinae*, de Martín del Río; las *Metamorfosis ovidianas*, traducidas por Jorge Bustamante (bella y rara edición de Amberes, 1551); el *Asno de Oro* de Apuleyo, traducido por Cortegana; algunos escritos de Pedro Chacón; las poesías latinas de Juan de Verzosa; la *Dialéctica*, de Pedro de Fonseca; dos tragedias de Colomés (*Coriolano* y *Escipión en Cartagena*); la carta del Abate Andrés contra Tiraboschi, y cuatro rarísimos opúsculos de Arteaga, además de los *Asolanos*, del Cardenal Bembo». El 31 de marzo de 1877 acudió a la audiencia del Papa Pío IX.

La tercera carta la titula «Epístola Partenopea» y se la envía a Pereda en marzo desde Nápoles. Esta ciudad, tan rica en historiografía española, le suscita

¹⁷ Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), Madrid, Bol. de la Real Academia de la Historia, 1914, pp. 52-53. Ver también la carta a Laverde desde Nápoles del 28 de marzo de 1877.



Templo de Isis en Pompeya.

la emoción de encontrarse en Parthenope la «ciudad de la doncella», la «dulcis Parthenope», como la llamó Virgilio y también «Neapolis», según los griegos. El joven Marcelino examina y anota todo lo que pasa por sus manos que le interesa, tanto códices como manuscritos, libros y mapas. Así, menciona la «Biblia alfonsina» que perteneció al rey Alfonso V de Aragón, cita a los filósofos napolitanos Telesio, Campanella, Giordano Bruno y Vico, se refiere a la biblioteca Farnesiana,

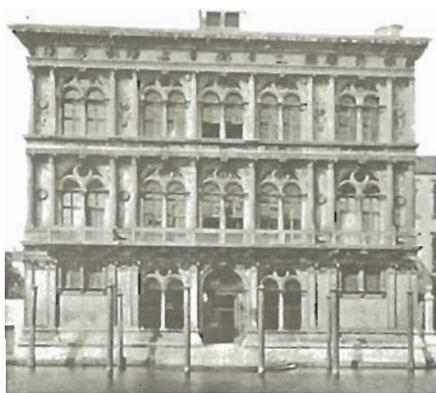
que Carlos III trasladó a su palacio en Nápoles; al manuscrito de la «Africana», del portugués Miguel Sánchez de Lima, y alaba el códice «Misal del Cardenal de Toledo». Entre los hallazgos menciona un mapa catalán de principios del siglo xv y una carta autógrafa de Garci-Lasso, dirigida al cardenal Seripando que, según dice, está «admirablemente escrita». En esta ciudad, bajo la protección del conde de Lemos, virrey de Nápoles, se formó una colonia poética, según dice, por los hermanos Argensolas.

De su visita a Pompeya no informa mucho, pero al lector le hubiera gustado conocer sus impresiones, aunque declara no ser experto en la materia. Hubiera enriquecido el contenido de su carta si en ella hubiera relatado la importancia de la ciudad con sus casas, calles, el templo y mercado, el foro y las termas. Las pinturas bien merecían un comentario. De la ciudad de Herculano, destruida también por la erupción del Vesubio, no nos deja tampoco mención de su riqueza arqueológica y de la artística con las decoraciones de sus casas con pinturas y mosaicos. Sin embargo, se refiere a las tablillas enceradas encontradas en Pompeya y a los llamados «cartones» aparecidos en la villa de Aristide de Herculano. El hallazgo en esta última ciudad de una colección de papiros enriquecieron las excavaciones.

Dejo aparte, pues —le escribe— los bronce y los mármoles, las pinturas pompeyanas y los mil objetos exhumados de aquellas ruinas, manifestación de la vida clásica en todos sus aspectos; deléitome en recorrer cuánto va indicado, pero con aquel deleite que si es dulce de sentir no es fácil de comunicarse.¹⁸

¹⁸ Para un conocimiento actual de ambas ciudades puede leerse *Pompeya y Herculano* de André Bellechasse, Madrid, Círculo de Amigos de la Historia, 1977. Ídem: *Ayer estuve en Pompeya*, de Francisco Pérez Gutiérrez, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1998.

La cuarta carta la fecha en Florencia el 13 de abril de 1877 y la titula «¡Rerum opibusque potens, Florentia mater!». Desde esta moderna Atenas se dirige a Pereda con un retrato de lo que significó esta república, rica en culto estético, como dice don Marcelino, con «hábilés políticos, sagaces y majestuosos historiadores, valentísimos poetas, artistas incomparables». Pero es, sobre todo, a los escritores afamados a los que se refiere, que han proporcionado figuras de renombre en un espacio reducido, como es el de Florencia: Dante, Petrarca, Boccaccio, Maquiavelo, Guicciardino y los Médicis, fomentadores, estos últimos, de esa cultura y también escritores. En Florencia compró varios libros españoles y consultó sus bibliotecas. Y a modo de conclusión le escribe:



Palacio de Venecia.

Todos estos recuerdos y muchos más asaltan de tropel el ánimo del curioso, y ni dejan ocasión de vagar para ocuparse mucho en otras cosas.

En ella adquirió varios libros de Mariana, Fox Morcillo, de Fonseca y Jerónimo Osorio.

Cuando llega a Venecia-Milán envía la última y más extensa carta el 13 de mayo de 1877 sobre un tema de su preferencia: las «Letras y literatos italianos». Se disculpa por no hablar de Milán, donde se hospedó en el Hotel de la Ville ni de Venecia, cuando estaba en el Hotel Roma Gran Canal, ni de Bolonia y el Colegio de San Clemente. En sus cartas le cuenta a Laverde sus exploraciones de manuscritos y las compras de libros que en Nápoles, como hemos dicho, fueron muy abundantes.

En la Biblioteca nacional de esta ciudad conoció «al sabio filólogo Dr. Boehemer, catedrático de lenguas romances, en la universidad de Strasburgo, y autor de una excelente bibliografía de protestantes españoles del siglo XVI». Era Edward Boehemer un hombre simpático, clérigo protestante con el que congenió a pesar de las diferencias religiosas. Igualmente conoció al bibliotecario Vito Fórnari, que le regaló su libro del *Arte del dire* y en 1878 le envió su *Vita di Gesù Christo*, obra del agrado de don Marcelino por estar escrita dentro de la ortodoxia.

El 8 de mayo estaba en Milán y en la biblioteca Ambrosiana copió cartas y poemas de Lucrecia Borja y del Bembo. Cotejó, asimismo, según nos dice Bonilla, las *Etimologías* de San Isidoro escrita en caracteres longobárdicos.

Advierte que va a fijarse en la quinta y última carta en los escritores italianos de los últimos años del siglo, anterior al suyo, que, posiblemente, podían interesarle más a Pereda, sobre todo los cultivadores de la narrativa, aunque algunos de ellos los habría leído. Enumera y comenta aquellos más conocidos en España y así dice de Alfieri que era «ingenio soberano y de recio temple»; Monti le parece «un clásico al modo latino», a Goldoni le considera figura sobresaliente en la comedia; a Hugo Fóscolo, le llama ingenio al estilo griego, del que destaca sus tragedias. En la novela describe las principales obras de Manzoni y al referirse a Leopardi le define, como se le conocía entonces, «el lírico de la desesperación y de la muerte». Giosué Carducci es, a su juicio, «ingenio de gran valía» y de Aleardo Aleardi afirma que es un poeta «dotado de un enérgico sentimiento de la naturaleza». Finalmente se despide con unas líneas dedicadas a los dramaturgos, historiadores, líricos y filósofos italianos. «La erudición invade todos los campos», añade.

Desde Milán se fue a París con los mismos cometidos, visitando las Biblioteca Nacional en la que consultó las *Epístolas* de Séneca, las traducciones catalanas de la *Biblia* y tres *Salterios*, los libros de la *Eneida* de Enrique de Villena y según dice Bonilla San Martín extractó *Christianismi Restitutio*, de Servet (p. 59). Aquí conoce al provenzalista Paul Meyer y al historiador Gaston Paris, para los que venía recomendado.

Sigue escribiendo a Laverde desde las diferentes localidades de su viaje, pero cesan las cartas literarias a su admirado amigo Pereda, con la última de mayo de 1877. En febrero del año siguiente ya estaba don Marcelino en Sevilla.

Estas cartas-artículos sabía don Marcelino que iban a ser leídos por el público suscriptor de *La Tertulia* y, sobre todo, por personas eruditas que conocían bien Italia, como era el caso de su amigo Amós de Escalante (1831-1902), que en 1864 publicó el resultado de su viaje por Italia en el libro titulado *Del Ebro al Tiber* (1864).

El 13 de noviembre continuó viaje a Bruselas donde trabajó en la Biblioteca a cargo de Mr. Ruellens, a quien iba recomendado por Paul Meyer. De igual modo consultó el archivo dirigido por el hispanista Mr. Gachard. Su impresión se la comunica así a Pereda a últimos de noviembre: «Bruselas es ciudad muy linda, pero en todo de carácter francés. El pueblo parece, sin embargo, religioso y morigerado». Vio también Lovaina donde vio algunos libros y compró, entre otros, un ejemplar del Quijote de 1615 editado en Bruselas. De Amberes se trasladó a Holanda «con mucho frío y mal humor». En La Haya estuvo tres días y consultó la Biblioteca con libros raros españoles y algunos manuscritos judíos, según le dice a Laverde en diciembre de 1877. Aquí compró la biografía de Miguel Servet, escrita por J. L. von Mosheim y H. Allwoerden.¹⁹

¹⁹ Para conocer una biografía actualizada de Miguel Servet, puede verse la de BAINTON, ROLAND H.: *Servet, el hereje perseguido (1511-1553)*, Madrid, Ed. Taurus, 1973.

En diciembre estaba en Ámsterdam y cuenta a su amigo la curiosidad de que había en la ciudad unos ocho mil judíos de origen ibérico. El 20 de diciembre dio por terminado su viaje y regresó a Santander para pasar las Navidades.

Estas cartas literarias escritas a Pereda y a Laverde están compuestas sobre la marcha utilizando sus sobrados conocimientos y concebidas para su publicación en una revista provinciana. Téngase en cuenta la edad, el buen estilo con que están redactadas y cómo más tarde ampliaría estos temas con artículos más actualizados publicados en mayo y julio de 1894 en *La España moderna*. Así ocurrió con motivo de las *Memorias* de Benedetto Croce (1866-1952) sobre las relaciones políticas y literarias entre España e Italia, temas que comenta y amplía don Marcelino en 1894 al escribir Benedetto sobre la corte española de Alfonso V de Aragón en Nápoles y al referirse a la *Historia Parthenopea*, de Alonso Hernández, artículos que no se reproducen en este libro. Curiosamente, al aludir a los escritos de Croce encuentra la ocasión para tratar y ampliar estos mismos temas sobre los que había escrito a Pereda cuando era un joven que ampliaba sus conocimientos recorriendo bibliotecas europeas.

Las opiniones que fue vertiendo el joven Marcelino en sus epístolas literarias para publicarse en *La Tertulia*, hay que verlas según la edad y el momento histórico en que fueron escritas, juicios que asombran por su erudición, aunque con el paso de los años han tenido otra lectura. Es la impresión que le producen escritores vivos y recientemente fallecidos, distintos de los autores heterodoxos que cita, a los que consideró entonces con la mentalidad religiosa de la época. Pero son cartas importantes para reconstruir su biografía y su mentalidad y, sobre todo, para conocer los fondos bibliográficos que consultó en sus viajes por Europa, algunos de ellos comprados y depositados en su Biblioteca de Santander. Aparte de ser un hombre erudito era también un consumado bibliófilo que terminaría dirigiendo en 1898 la Biblioteca Nacional española.

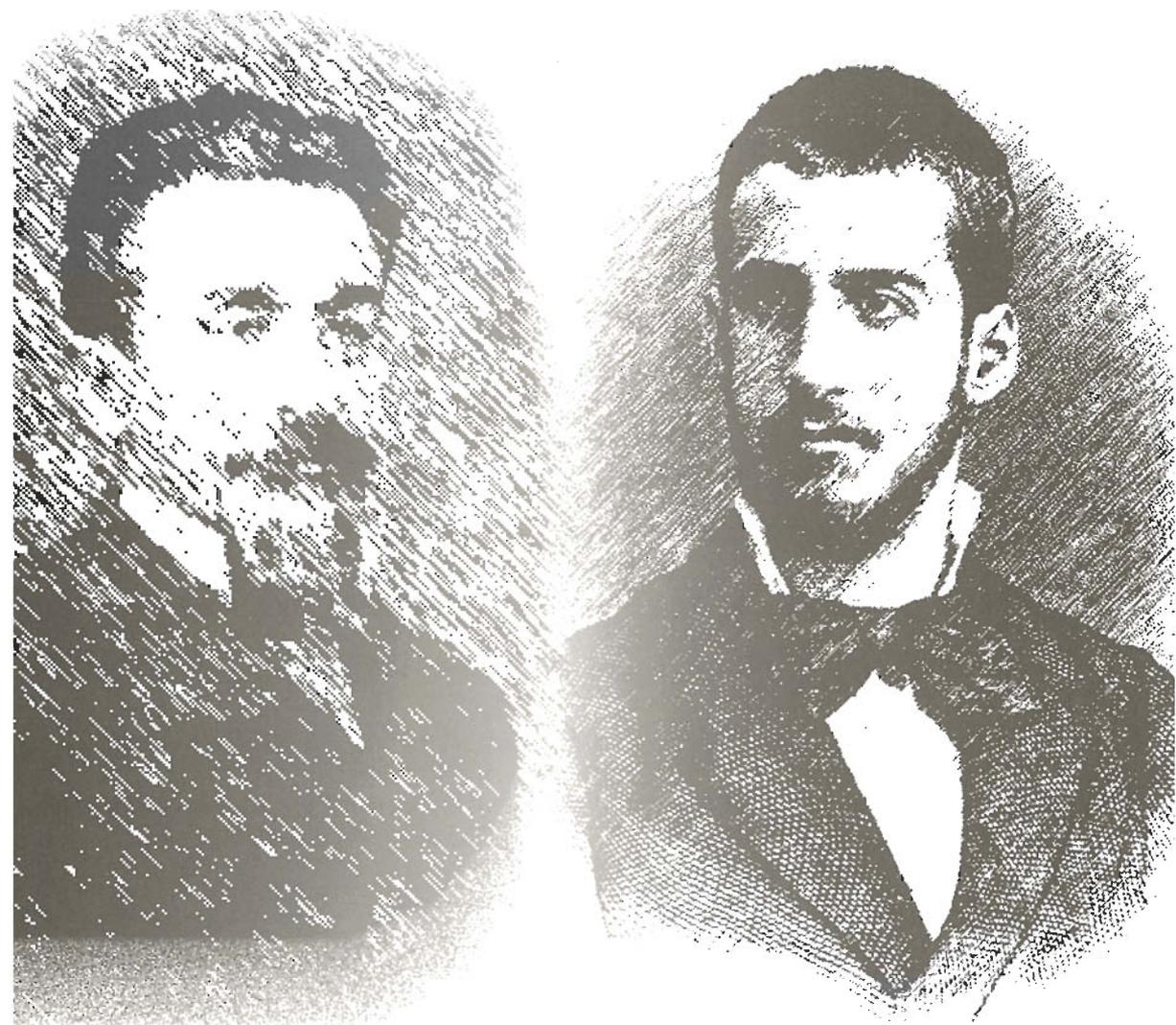
La precocidad de don Marcelino le llevó a escribir sobre muchos temas en su época juvenil, materias que luego con mayores conocimientos y tolerancia tuvo que ampliar y rectificar en algunos casos. Y así ocurrió cuando polemizó sobre la ciencia española, escribió sobre los heterodoxos y, más concretamente, sobre los protestantes. Los artículos en *La España moderna* constituyen, pues, un ejemplo de amplificación de aquellas cartas que escribió desde Portugal y las diferentes ciudades italianas dieciséis y diecisiete años antes, y de las que se disculpa por sus omisiones.

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA
Real Sociedad Menéndez Pelayo

AGRADECIMIENTOS

Merced a la ayuda prestada por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de la que es Rector Salvador Ordóñez, y debido igualmente al Parlamento de Cantabria, regido por José Antonio Cagigas, así como gracias a la colaboración prestada a la edición por los municipios de Santander, Polanco y Astillero, con sus respectivos alcaldes, Íñigo de la Serna, Julio Cabrero y Carlos Cortina, ha sido posible la publicación de este libro no venal, de tirada reducida, en homenaje a Marcelino Menéndez Pelayo, hijo ilustre de Santander, fallecido hace un siglo.

CARTAS PORTUGUESAS



SR. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Lisboa, 14 de octubre de 1876.

Mi carísimo amigo: Ello ha de ser, y manos a la obra. Ya que se empeña usted en que le hable de Portugal y de los portugueses, voy a salir bien o mal del apuro. Dios sabe el placer que tengo siempre en conversar con usted sobre cualquier materia; pero es el caso que al presente no sé por dónde comience, ni encuentro modo de *tomar la embocadura*. Sabe usted que gusto poco de las *impresiones de viaje*, género sólo admisible y digno de alabanza cuando lo manejan escritores tan acendrados e inimitables como nuestro *Juan García*.¹ Pero en general tras de expuesto a tropiezos y ligerezas, suele ser este linaje de narraciones una calamidad en manos de la medianía, tendiendo a convertirse ora en registro de prosaicos pormenores, sin olvidar los *de re coquinaria*, ora en leyenda de soñadas aventuras, cuya acción así puede ponerse en París como en la China. Los franceses son dechados en este punto. Mas yo que ni soy *impresionable* ni tropiezo como otros felices mortales con raros acaecimientos al volver de cada esquina ¿qué podré decir que valga la pena de leerse y estamparse acerca de este mi prosaico viaje, enderezado sólo a registrar algunas bibliotecas y leer tal cual libro raro, o curioso manuscrito? El disertar sobre las bellezas naturales de un país que se recorre en ferrocarril me ha parecido impertinente en todas ocasiones, y mucho más el ponerse a describir trajes y costumbres y caracteres, a semejanza de aquel francés que, sin entrar en el puerto de Barcelona, tuvo la rara dicha, lograda sin duda por arte mágica, de *ver a las señoritas barcelonesas paseando en la Rambla del brazo de sus jóvenes e indulgentes confesores*. Tampoco he de entretenerme en describir los monumentos de Lisboa, porque nada nuevo se me ocurre sobre ellos. Baste decir que los he visto, y que están descritos en muchas *guías del viajero*, con más o menos tino y amplitud de detalles. No gusto de repetir cosas sabidas,

¹ Seudónimo del escritor Amós de Escalante (1831-1902). Nota de BMC.

ni tengo aliento para empeñarme en largas disquisiciones artísticas, ajenas de mis estudios y aficiones. Voy, pues, a hablar de lo único que derechamente me interesa y de que algo puedo decir con conocimiento de causa, esto es, *de re litteraria*.

La literatura portuguesa no es muy conocida en Castilla (y no digo *España* como muchos por no incurrir en impropiedad notoria) lo cual no es de extrañar porque otro tanto acontece con la catalana. Entre nosotros reina manía grande de citar a franceses, ingleses, y sobre todo *alemanes*, nada de lusitanos ni de lemosines. Lo de casa es siempre lo más desatendido e ignorado. E incluyo en nuestra *casa* a Portugal, porque a despecho de la disgregación de 1640, continúa siendo tierra española, y obedeciendo conscia o *inconscientemente* a las leyes de la civilización peninsular que no se alteran por intereses estrechos ni artificiales divisiones de territorio. Si llegase a realizarse la unión, no debería adoptarse para los pueblos unidos el nombre desusado de *Iberia*, sino el tradicional y venerando de *España*, con que en los días de Camoens como en el siglo pasado y aun en el presente (Herculano puede atestiguarlo) se ha designado la tierra peninsular. No hay historia de España sin Portugal, no será completa la historia de nuestra literatura que no abrace, como parte integrante, la portuguesa. La diferencia de lenguas no es obstáculo. Si Bernaldim Ribeiro y Juan de Barros, y Camoens, y Bocage, y Francisco Manoel usaron el romance galaico-latino, en lengua catalana escribieron Muntaner, Ausias March, Jordi de S. Jordi, y Martorell; en latín Séneca, Lucano, y Prudencio; en hablas orientales Averroes, Maimónides, Iehudá-Leví, y Aben-Hezra; y sin embargo, todos pertenecen o deben pertenecer a la historia de la ciencia y del arte españoles, con igual derecho que Fray Luis de Granada, Cervantes, Lope de Vega y Quevedo. No basta la lengua para constituir una literatura aparte.

Al decir esto sólo entiendo negar la existencia de una literatura portuguesa como distinta de la española, mas no las de una rica y poderosa literatura regional hermana de la castellana y de la lemosina, igual a ellas en ciertos géneros y en alguno superior. Lejos de mí rebajar los merecimientos de una tan importante y activa porción de la raza hispano-latina.

Portugal poseyó, como el resto de la península, una poesía popular durante la Edad Media. Almeida Garret tuvo el primero la intuición de este hecho, y para demostrarle publicó un *Romancero* en tres volúmenes, arreglado y compuesto por él en gran parte con vestigios de la tradición y reminiscencias más o menos fieles. Lo que realizó como artista el ilustre autor de *Fr. Luis de Sousa* halo intentado como erudito el docto profesor Teófilo Braga, ya en su *Historia de la poesía popular*, ya en el *Cancionero y Romancero* que ha colectado, ya en sus *Epopéyas de la raza muzárabe*, título que (entre paréntesis) me parece demasiado atrevido y no bien justificado. Pero ni las hábiles restauraciones de Garret ni los laboriosos

estudios y sagaces indagaciones de Braga han dado por fruto más que una breve floresta de romances, un *romancerillo*, que puede estimarse como suplemento al nuestro, y aún así no llega a la riqueza de las colecciones catalanas de Milá y Fontanals y de Aguiló. Fuera de esto, la Edad Media en Portugal no produce ningún poema popular ni artístico; y esas soñadas *epopeyas muzárabes* se reducen, aparte de los romances, a algunos fragmentos de autenticidad muy controvertible. Carecen, por tanto, de fundamento las lamentaciones de Braga y otros sobre la posterior anulación del *espíritu poético portugués*. El espíritu poético que engendró esos cantos era el mismo que dominaba en la España del centro y en la oriental. Viene en pos de esta primera época la de los *trovadores gallego-portugueses*, imitadores directos de la poesía provenzal. Cual monumentos de esta influencia han quedado el *Cancionero de la biblioteca de Ayuda*, el del rey D. Diniz y el de la biblioteca vaticana, observándose que de todas las colecciones poéticas de este ciclo, la más nacional en el espíritu, ya que no en las formas, es una más gallega que portuguesa y formada por un monarca castellano. Me refiero a las *cantigas* de nuestro sabio rey Alfonso X.

Si hasta ahora no encontramos separación real y efectiva de la literatura portuguesa, menos hemos de hallarla en el siglo xv en que la *poesía palaciana* marchó paralela en las tres regiones peninsulares. Es más: en ese período Portugal recibe la acción directa de Castilla, como nosotros habíamos recibido la de Provenza, Cataluña e Italia. Los poetas lusitanos llegaron a emplear nuestra lengua tanto o más que la suya. Véase en prueba el *Cancionero de García de Resende*.

Tan grande es la hermandad de nuestras letras en los tiempos medios, que aún está por decidir la cuestión de paternidad del *Amadís de Gaula*, padre y dogmatizador de toda la andante caballería. Las mismas condiciones hubo en Portugal que en Castilla para la reproducción de obra semejante. Si la imaginó Vasco de Lobeira, estudiáronla inmediatamente y la citan con frecuencia nuestros poetas, y cuando la publicó un regidor de Medina del Campo, con intercalaciones de su cosecha, leímoslas a una castellanos y portugueses, y nadie se cuidó de su origen ni pensó en dar a la estampa el verdadero o supuesto original lusitano ni en promover cuestiones de literatura internacional, que entonces no hubieran tenido significación ni importancia. El libro era *español*, y esto bastaba.

Vino el siglo xvi y Portugal continuó siguiendo el curso de nuestra civilización que era también la suya, y a semejanza nuestra y casi simultáneamente abrazó la escuela italiana o más bien *latino-italica* del Renacimiento que allí propagó Sá de Miranda, como lo hicieron entre nosotros Boscán y Garci-Lasso. Formose entonces la llamada *escuela de los Quinhentistas* que contó entre sus adeptos al horaciano Ferreira, al bucólico Diego Bernaldes, a Pero de Andrade Caminha, a Fr. Agustín de Santa Cruz y a otros excelentes líricos más señalados a las veces

por el primor y pulcritud de las formas que por la novedad o grandeza del pensamiento. Ninguno de ellos llega a Herrera ni a Fray Luis de León.

Pero sobre estos y los demás poetas peninsulares del siglo *xvi* levántose como el águila Luis de Camoens, que con formas italianas y recuerdos clásicos amalgamó un tan sublime amor de patria, una penetración tan honda del espíritu nacional, una tristeza elegíaca tan inmensa y conmovedora, y supo describir por tan alta y desusada manera los triunfos, grandezas y reveses de su pueblo, que con ser *Os Lusíadas* poema erudito y artístico, ha podido decirse de él con fundamento que es *la poesía más nacional de la tierra*. Pero el espíritu de ese poema no es sólo *portugués*, es eminentemente *español*, porque tendencia y ley general de la raza ibérica fue en los últimos años del siglo *xv* el extenderse *por mares antes nunca navegados*, llevando la fe y la civilización a los extremos del orbe. Camoens, como gran poeta *español*, comprendió a maravilla aquel movimiento, y como gran poeta *portugués* acertó sintetizándole en los compañeros de Vasco de Gama, y agrupando en torno de la prodigiosa empresa toda la historia real y legendaria de la monarquía de Alfonso Henríquez. ¿Pero fundó con esto una literatura ni produjo una desmembración en el sentido estético? De ninguna suerte. Él mismo escribió buena parte de sus poesías líricas en castellano y fue grande imitador de Garcí-Lasso. Sus contemporáneos siguieron en todo la escuela *itálico-española* y muchos como Jorge de Montemayor no usaron en *pastorales* y *canciones* otra lengua que la de la España central.

Habiase asociado Portugal a los orígenes de nuestro teatro dándonos a Gil Vicente, apellidado por sus contemporáneos el *Pláuto Lusitano*, y muy superior sin duda a Juan de la Enzina y a Lucas Fernández, aunque inferior por lo general a Torres Naharro. Gil Vicente que escribió cerca de la mitad de sus piezas en castellano y algunas de las restantes en entrambas lenguas, no tenía, a pesar de su claro, agudo y satírico ingenio, lozanía de estilo y riqueza de sales, condiciones para fundador de un teatro, ni eran acomodados los tiempos en que vivió para tal empresa. Considéranle los portugueses como padre de su literatura escénica, pero ¿dónde está esa literatura? Algunos *autos* y *farsas*, imitaciones de Gil Vicente, pero muy por bajo de las obras del maestro, dos comedias de Sá de Miranda, dos de Ferreira y tres de Camoens, todas faltas de vida y escritas al modo italiano, la tragedia *Castro* de Ferreira, muy linda y muy clásica pero no representable y de originalidad dudosa, dos o tres imitaciones de la *Celestina*, he aquí el teatro en Portugal durante el siglo *xvi*, según sus más diligentes investigadores. ¿Y después? Después nada, porque en Castilla apareció Lope de Vega y *se alzó con el cetro de la monarquía cómica*, atrayendo toda admiración y allanando toda resistencia. La manía de considerar a sus letras como cosa aparte, hace que los portugueses se devanen el seso en la investigación de las causas de la nulidad de su teatro. No hay

teatro portugués, ni castellano, ni catalán, hay un teatro *español*, cifra y compendio de las ideas y sentimientos de toda la raza, como lo es Camoens en la epopeya erudita o de segunda mano. La gloria de haber dado vida a este teatro pertenece geográficamente a la España central. De ella salieron cinco de los maestros, pero entre los discípulos más aventajados figuraron de igual suerte los valencianos Aguilar, Tárrega y Guillén de Castro, que los portugueses Henríquez Gómez, Matos Fragoso y Melo. Aquel teatro fue común, porque respondía a lo que pensaban y creían todos.

En otro orden de estudios, el Renacimiento en Portugal había caminado con iguales pasos que en el resto de España, de igual suerte se habían cultivado las lenguas y literaturas clásicas. A Nebrija secundó Arias Barbosa; al lado de Luis Vives, Sánchez y Sepúlveda, están Damián de Goes, Resende, Aquiles Estazo, y Osorio. Las relaciones entre unos y otros fueron grandes. Nuestra insigne toledana Luisa Sigea sirvió en el palacio de los reyes de Portugal; en aulas lusitanas recibió la primera educación humanística el Brocense. Coimbra era foco de estudios como Alcalá y Salamanca. No sólo humanistas, sino filósofos y teólogos dábamos y recibíamos mutuamente. El granadino Suárez explicó en la *Atenas lusitana* y fundó la célebre escuela filosófica de comentadores *coimbricenses*. Fray Luis de Granada estableció y reformó en Portugal monasterios de su orden y escribió allí muchos de sus libros místicos, tesoro de doctrina y de lengua castellana, igualmente conocido y disfrutado por todos los hijos de la Península. Por el contrario, parece probable que fuese natural u oriundo de Portugal aquel eminente filósofo, *cartesiano antes de Descartes*, Gómez Pereira, por más que propagase su doctrina anti-aristotélica desde Medina del Campo. Estos hechos y cien más de todas clases que pudiera citar, bastan para hacer evidente la comunidad científica y literaria de portugueses y castellanos en aquella edad dorada. Que ellos no se estimaban como pueblo distinto convéncese por la lectura de sus clásicos. El mismo Camoens en los momentos de mayor orgullo provincial, dice que España es la cabeza de Europa y Portugal la cima de la cabeza.

Del breve período de nuestra dominación en Lusitania, sólo diré que en él se siguió ciega y exclusivamente por los portugueses nuestro ejemplo, y que se escribió más y mejor en castellano que en portugués hasta por los enemigos de la casa de Austria, como Faria y Sousa y don Francisco Manuel de Melo, a quien debe nuestra historia clásica su más preciado monumento. Y a propósito de historia, olvidóseme advertir que en el siglo *xvi* verificose en Portugal, como entre nosotros, una renovación de este género en sentido clásico y tendiendo a las formas de Tito Livio, que Juan de Barros y otros rejuvenecieron bajo la impresión cercana y poderosa de los grandes descubrimientos.

Con el advenimiento de la dinastía de Braganza nada ganaron en independencia las letras portuguesas. La influencia española, representada entonces por

la escuela culterana en su período de mayor delirio, fue universal y prepotente. Escribiéronse infinitos volúmenes de versos líricos y muchos poemas con pretensiones épicas. Algunos son depósitos de las mayores extravagancias. Muy pocos merecen llegar a la posteridad. El prototipo de aquella poesía infeliz está en el *Postillón de Apolo* y en *La Jemirenascida*, vastos almacenes de malos versos.

Llegó el siglo XVIII y con él la reforma literaria hecha con sequedad y espíritu estrecho así en Portugal como en Castilla. A nuestros Luzanes y Montianos responde allí el conde de Ericeira, traductor de Boileau y autor de una enfadosísima *Henriqueida*. Aquí como allí se fundan doctas academias y en pos de la primera generación de preceptistas y filólogos vino otra de poetas y críticos de mayor sentimiento estético. Fueron estos en Castilla Moratín el padre, Cadalso, Iriarte, Fray Diego González, y en Portugal Correa Garçao, excelente poeta horaciano; Antonio Diniz, lírico de alto vuelo, extraviado tal vez por el anhelo pindárico y más feliz aún en la poesía festiva que enriqueció con su donoso *Hisopo*; el fácil y sentido egloguista Domingo dos Reis Quita; y alguno más, miembros todos de la primera *Arcadia*, que coincide con el gobierno de Pombal. Este famoso ministro, personaje funesto a pesar de haber reedificado suntuosamente a Lisboa después del terremoto y promovido otras reformas materiales, propagó en cuanto le fue dable las ideas enciclopedistas, implantándolas por el cesarismo de su administración, y bien claro aparece el influjo de aquella malsana y rastrera escuela en los poetas, excelentes y brillantísimos algunos, de la *segunda Arcadia* que corresponde a nuestras escuelas *salmantina* (Meléndez, Cienfuegos, Quintana, etc.), y *sevillana* (Arjona, Reinoso, Blanco, etc.). Entre los *arcades* de la segunda generación merece el primer lugar, como el segundo después de Camoens entre los poetas de su patria, por lo que a dotes personales respecta ya que no siempre fueran del todo aprovechadas, el célebre improvisador Bocage, que no por serlo dejó de producir fragmentos admirables y dignos de la posteridad, cuando trabajó con algún cuidado y respeto al arte. En este caso se hallan su idilio de *Tritón*, sus cantatas de *Inés de Castro*, *Medea* y *Hero* y *Leandro*, y algunos retazos de traducción de Ovidio. Como versificador, Bocage no tiene rival entre sus paisanos; manejó el artificio rítmico como nadie y sus *sonetos* son modelos por la forma ya que no por la sentencia. Malgastó no poco Bocage las fuerzas de su peregrino ingenio en estériles contiendas con sus compañeros de la *Arcadia* lisbonense, en poesías de circunstancias y en desenfados licenciosos, género de obra cultivado por los poetas lusitanos de aquellos días. Nuestro repentista solía hacer ostentoso alarde de descreimiento y de cinismo, y una epístola célebre que comienza *Pavorosa illu-sao da eternidade*, atrájole disgustos y persecuciones en tiempo de Doña María I.

En respetar los fueros de la lengua tampoco fue muy escrupuloso el *arcade* Elmano, cuya viva antítesis en este punto es el nimio y severo purista Francisco

Manoel de Nascimento, más conocido por su nombre poético de Filinto Elyro. Este eclesiástico volteriano pasó emigrado en Francia la mayor parte de su vida, y allí publicó hasta once volúmenes de poesías y prosas, originales y traducidas. Hay en su colección mucho fárrago; ciertas versiones son harto endebles como *de pane lucrando*, y lo verdaderamente notable y digno de loa pudiera reducirse a dos o tres tomos de reducido tamaño. Sus odas horacianas son realmente bellísimas, conservan la pureza de la forma latina más que ninguna otra composición lusitana *portuguesa*, mas no abunda en ellas el sentimiento personal del poeta, ni hay quizá una idea nueva, traslúcese sólo el trabajo y el buen gusto del académico, y, buscando una comparación en nuestro parnaso, diré que se parecen a las primorosas e irrepreensibles poesías sueltas de Moratín el hijo. Yo gusto mucho de las suyas y de las de Filinto; pero no dejo de reconocer que las falta el *quid divinum*, y que de ellas a las obras ideales de la inspiración hay alguna distancia. Compuso Filinto muchas *epístolas* elegantes e ingeniosas sobre asuntos morales y literarios, género templado en que brillan las dotes de su perspicuo y agudo ingenio, y que no pide entusiasmo grande ni gran calor en el alma. Por lo demás, sus versos (casi siempre sueltos, como de poeta clásico) suelen pecar de duros y escabrosos. De lo más animado y valiente que salió de su pluma son algunos ditirambos.

Así Bocage como Francisco Manoel tuvieron muchos discípulos, y entre los del segundo contose no menos que Almeida-Garret, precisamente el padre del romanticismo entre nuestros vecinos, *el Duque de Rivas portugués*. Modificadas las ideas del autor del *Caton* por su residencia como emigrado en Francia y en Inglaterra, comprendió la necesidad de renovar la literatura de su país, darle un teatro y resucitar la poesía del pueblo si de ella quedaban vestigios. Con su *Romancero* realizó en parte esto último, con *Un auto de Gil Vicente*, *Fr. Luis da Sousa* y el *Alfageme de Santarem* reanimó con elementos propios la muerta escena lusitana, cuyo imperio se habían disputado en el siglo anterior la *baja comedia* y la *ópera*. *Fr. Luis da Sousa* es una obra superior, sin ser de primer orden, y anuncia un talento dramático tan rico como delicado. En los restantes ensayos de Garret valen más los pormenores, las escenas sueltas, que el conjunto. Su poema *Camoens*, tal cual trozo lírico y algunas imitaciones de romances como la *Adosinda* y el *Bernal-Francés*, son sin duda lo mejor de la poesía lusitana moderna.

De los escasos y no muy aprovechados discípulos de Almeida-Garret, así como de los historiadores, novelistas, poetas y críticos que aún viven, apuntaré algo en otra carta, ya que esta se va dilatando más de lo que pensaba. Y lo peor fuera que pareciese a usted y a los lectores de LA TERTULIA un conjunto de especies inconexas y mal hiladas, impertinentes algunas y de poco agradable lectura.

Razón tendrán ustedes en formar este juicio; pero ¿cómo ha de ser? no me decido a romper lo escrito y hacerlo de nuevo. Conozco que ha salido disertación pedantesca lo que debió ser amena epístola. En último caso, prometo enmienda, porque a todo se allana este su amigo devotísimo,

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

II

SR. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Lisboa, 31 de octubre de 1876.

Mi carísimo amigo: No es muy halagüeño ciertamente el estado actual de la literatura portuguesa. Los mismos hijos del país lo reconocen, y el hecho salta a la vista de cualquiera que haya saludado la historia intelectual de esta parte de la península española. El renacimiento verificado en este siglo compéndiase en Almeida-Garret y en Herculano. El primero bajó al sepulcro ha bastantes años; el segundo ha muerto del todo para las letras. Garret, verdadero fundador del teatro lusitano, apenas ha tenido discípulos. Es verdad triste, pero verdad al cabo. No sé qué fatalidad pesa aquí sobre la escena, alimentada siempre de traducciones confesadas o de plagios *inconfesos*. Con haber decaído tanto el teatro castellano, no ha llegado a esta infecundidad: suele faltar estudio de caracteres, de costumbres, de pasiones, esmero y conciencia artísticos, sentido moral, cuanto se quiera, mas nunca faltan ingenio, lozanía, originalidad y generosa abundancia. Pero en la mayoría de los modernos dramas portugueses falta todo esto, faltan hasta el arte del diálogo y el primor de la forma, llegando a tal punto el desconocimiento u olvido de las condiciones estéticas, que todas las piezas, absolutamente todas, se escriben en prosa, y sé de buena tinta que es extraño y aun desagradable para este público el empleo de la metrificación en el drama. Sin ser yo de los que la consideran esencial ni mucho menos, tengo por clarísima señal de decadencia literaria esta absoluta proscripción de la forma más bella del lenguaje, en un pueblo meridional, rico siempre de poesía y de poetas, y dueño de uno de los más hermosos idiomas del tronco neo-latino.

Admiremos en hora buena la prosa incomparable de *El sí de las niñas*, de nuestro Inarco, o de Fr. *Luis de Sousa*, de Almeida-Garret, pero guardémonos de poner en manos de la medianía este cómodo recurso. Para que la prosa sustituya, y no con ventaja, al *habla de los dioses*, fuerza es que sea trabajada con singular esmero. ¿Y con lenguas ricas y flexibles, con metros fáciles y gallardos, para qué

empeñarse en esa tarea difícil y casi nunca premiada con un éxito feliz? Porque al cabo los quilates estéticos de la prosa son inferiores a los del metro, y no se compensa con un poco de precisión la ausencia del ritmo. Trabajados además muchos de los dramas a que me refiero con precipitación harta, están casi del todo destituidos de condiciones literarias, y ni siquiera las suplen con los halagos prosódicos que suelen cubrir tan graves faltas.

El teatro francés, y a veces el nuestro, son las minas más explotadas por los dramaturgos lisboenses. Con frecuencia traducen, otras veces hacen de dos piezas una, y en no raras ocasiones forman una taracea de escenas sueltas formadas de diversos originales. Aunque el lugar de la escena sea Lisboa, Oporto o Cintra, las costumbres suelen tener de todo menos de portuguesas, y aun hay muchos dramas históricos de asunto nacional que sólo tienen de tales el nombre, siendo así la trama como los accidentes de fábrica extranjera. Aun los autores más distinguidos han tropezado en estos yerros. Mendes Leal, que figura a la cabeza de todos, tiene algunos dramas trabajados con esmero, pero faltos de originalidad poderosa y de vida. Entre todos ellos se distinguen *A escala social* y *Os homens de marmore*. Algunas de sus piezas cortas merecen asimismo grandes elogios.

La novela tiene en Portugal más gloriosa vida que el teatro. Herculano inauguró el género histórico con su *Eurico*, libro bastante soporífero, con perdón sea dicho, y su *Monje del Cister*, cuadro animado y brillante de la sociedad portuguesa en tiempos de Don Juan I. Aventajados discípulos siguieron sus huellas, y Rebelo da Silva mostrose superior a todos en *A mocidade de D. Joao V*, no igualada por el resto de sus novelas, ni por el *Arco de Sant'Anna*, de Almeida-Garret, ni por *Um anno na corte*, de Andrade Corvo, ni por el *Fernan Gonçalves*, de Oliveira Morreca, obras todas que son, a lo que entiendo, la flor y nata de la novela histórica entre nuestros vecinos. La de costumbres está representada casi exclusivamente por Castello-Branco, hábil narrador, dialoguista fácil, ingenio agudo, donoso y fecundo, pero que no es ni con mucho *el primer novelista contemporáneo de la península ibérica*, como asevera un diligente escritor, quizá el primero que entre nosotros ha dado a conocer la literatura portuguesa. Castello-Branco, con todas sus innegables dotes, es inferior a Fernán Caballero, a Alarcón, a Valera, y a cierto literato montañés, grande amigo nuestro, que no es preciso nombrar, puesto que le conocemos todos.

Las *leyendas y narraciones* cortas de Alejandro Herculano, no han tenido imitadores dignos de memoria. Quedan pues, como únicos monumentos de este género *Arras por toro de Hespanha*, *A dama pe de cabra*, y *Obispo negro*, ricas en belleza de narración y en conocimiento del estado social de las edades medias.

La poesía lírica es muy cultivada y con éxito grande, de igual suerte que en Castilla y en Cataluña. La tradición clásica se rompió con la muerte de Antonio Feliciano del Castilho, decano y maestro de la pasada generación literaria. Castilho

es, sobre todo, digno de loa como traductor de los poetas latinos. Su versión de las *Geórgicas*, a veces infiel y en lo general sobrado parafrástica y desleída, es un tesoro de lengua y de metrificacón, a pesar de emplearse en ella el monótono alejandrino pareado a la manera de los franceses. Sus versiones de Ovidio, no tiene rival en lenguas neo-latinas. Poeta fácil, abundante y lozano supo reproducir Castilho con fidelidad de pensamiento y riqueza de expresi3n los blandos y enamorados conceptos del sulmonense en sus elegías eróticas, los sueños encantadores de sus *Metamórfosis*, la prodigiosa y variada tela de sus *Fastos*. Era excelente latinista y se3or absoluto de los tesoros de la lengua poética de su pa3s, trabajada por generaciones de líricos clásicos, y tan apta como la nuestra y la italiana para la versi3n de los modelos de la antigüedad. No llegó Castilho a terminar sus tareas *ovidianas* que con el *Horacio* de Burgos comparten la gloria de ser las más preciosas joyas clásicas de la literatura *espa3nola* o peninsular en este siglo. Sólo han llegado a publicarse los *Amores*, el *Arte de amar*, los cinco primeros libros de las *Metamórfosis* y los *Fastos* completos y ampliamente ilustrados por más de cien escritores portugueses contemporáneos. Cierta que sus notas (que a veces son acabados resúmenes) no ofrecen originalidad grande, pero así y todo demuestran en Portugal alg3n movimiento *humanístico*. ¿Sería fácil encontrar entre nuestros actuales literatos *cien* comentadores para un poema latino? Castilho dejó inédita la traducci3n del *Remedio de Amor*, hecha parafrásticamente y en forma lírica, y sólo comenzadas las de las restantes obras de Ovidio.

Publicó además nuestro poeta una traducci3n de Anacreonte, no directa, porque Castilho ignoraba el griego, sino formada por el cotejo de varias interpretaciones latinas, castellanas y francesas. No pudiendo trasladar a la letra un texto para él cerrado, acudió al recurso de la paráfrasis, e hizo un *Anacreonte* nuevo, primorosamente versificado y muy agradable para oídos modernos, pero del todo apartado de la incomparable pureza de la forma jónica, sustituido en el intérprete lusitano por el atildamiento de los madrigales franceses y por la música de las canciones de Metastasio.

Vertió Castilho buena parte del teatro de Molière, acomodándole en lo posible a las costumbres y a la escena de Portugal. Han llegado a imprimirse los arreglos perfectamente trabajados, del *Tartuffe*, *El Avaro*, *El Misántropo*, *Las Mujeres sabias* y *El Médico por fuerza*, y aun se ha representado con escaso éxito *El Enfermo de aprensi3n*. No me extraña que agraden poco a un auditorio peninsular las comedias de Molière que hasta en la lectura se hacen pesadas y soñolientas, con perd3n sea dicho de los franceses. Por lo demás, con tanta destreza y gusto están hechas las refundiciones de Castilho que para lectores espa3oles son sin duda más agradables que los originales galicanos, aconteciendo en este caso lo mismo que con las dos comedias del Menandro francés trasladadas a lengua y teatro castellanos por Moratín.

Y ya que de Castilho y de sus traducciones hablo, no dejaré de indicar, puesto que esta es ocasión oportuna, que dejó vertidos los veinticuatro primeros capítulos del *Quijote*, impidiéndole la muerte llevar a remate su trabajo. Y aquí sí que no merece alabanzas, pues lejos de *calcar* el texto como debiera, dada la hermandad, semejanza y hasta *identidad* de las lenguas, salvo en las desinencias, tendió a alejarse cuanto pudo de la frase cervantina, aspirando más al título de libre y descuidado *parafraсте* que al del fiel y concienzudo trasladador. Es muy de censurar esta falta de respeto con la obra inmortal, cuando cabalmente si a alguna lengua es traducible, eslo tan sólo al portugués y al catalán, y más al primero de estos romances peninsulares que al segundo.

Pero volvamos a Castilho considerado como poeta lírico, ya que insensiblemente me he venido apartando de sus versos para tratar de otras obras suyas. Sus composiciones originales no están a la altura de las traducidas. Pertenecen a un género arcádico y sentimental pasado de moda, bueno para los tiempos de Delille y de Florián mas no para los de Byron, Leopardi y Heine. En la *Primavera*, en el *Otoño*, en las *Cartas de Eco y Narciso*, en *Amor y Melancolía* hay verdadero sentimiento a veces, abundancia descriptiva tal vez monótona, delicadeza de forma, tesoros de lengua, magia de estilo, mas no grandeza ni profundidad ni alcance. Son versos agradables pero nada más, excelentes obras académicas, dignas de estudio y de alabanza, pero que ni en bien ni en mal pueden influir en una literatura.

Alteza de pensamientos y robustez de versificación caracterizan a Herculano en *A harpa do crente*: dureza, monotonía, escasa variedad de recursos artísticos son sus defectos, así en prosa como en verso. Pero en *A Arrabida*, *Deus*, *A cruz mutilada*, sube la inspiración religiosa muy alto y se sostiene sin decaecimientos: es Herculano de los pocos *líricos* modernos que puede oponer Portugal a los de otros países. La enérgica individualidad del grande historiador se levanta siempre sobre el nivel de las letras lusitanas en esta era.

Algo de Millevoeye, y bastante de los *lakistas* ingleses tenía Soares de Passos, una de las más floridas y malogradas esperanzas del Parnaso lusitano.

Mucha celebridad obtuvieron años pasados los *Murmurios* de Augusto Lima, poeta tierno y quejumbroso, el *Cancionero* de Juan de Lemus, entusiasta y simpático cantor de la religión y de la patria, las *Voces del alma*, de Silva Braga, y aun ciertas obras medianas como los *Soláos*, de Serpa Pimentel. Pero ni estos poetas, ni otros que han corrido con aplauso como Palmeirim y Gomes de Amorim, tienen condiciones para adquirir gran celebridad fuera de los lindes del reino de Alonso Henríquez. Hoy uno de los más populares es Tomás Ribeiro, agradable, variado y ameno, aunque incorrecto y desigual en la forma. Su celebridad más que a *sons que passam*, colección de versos líricos de regular merecimiento, y a *la Delphina do mal*, débela a otro poema titulado *D. Jaime*, desconcertado en el plan y en

la estructura, y lleno de invectivas contra Castilla y contra la dominación de los Felipes en tierra lusitana. A estas circunstancias, más aun que a ciertas bellezas parciales, debe ese poema su éxito portentoso. Otro de los ingenios portugueses más dignos de recuerdo es Bulhao-Pato, poeta espontáneo y rico, versificador excelente. Un nuevo camino quiso seguir Teófilo Braga, cuyas dotes de poeta, con ser notables, están muy por bajo de las que le adornan como crítico e historiador literario. Ha obedecido a la manía general en este siglo, de los vastos poemas *cíclicos*, *sociales* y *humanitarios*, que encierran en breve compendio *lo que ha sido, lo que es y lo que será*, a juicio de sus autores. Los poemas de Teófilo Braga quieren ser la síntesis histórica más amplia y comprensiva, y por necesaria consecuencia son vagos, aéreos, nebulosos, llenos de reminiscencias extrañas, y tan poco *unos* y consecuentes en el plan, que en ocasiones parece que ni el autor mismo sabe por dónde camina. Hasta los títulos suelen ser estrambóticos: *Visión de los tiempos*, *Tempestades sonoras*, *Torrentes*. ¡Pero qué tesoros de imaginación hay en algunos de esos poemas, especialmente en el titulado *Las cenas de Nerón*, comprendido en el libro de las *Tempestades*, si mal no recuerdo!

Castilho vio con disgusto el giro que daban a la poesía portuguesa Braga y otros estudiantes *coimbricenses* levantiscos y revoltosos, nada correctos en la forma, y muy despreciadores de la tradición literaria por él representada. Entablose con este motivo agria polémica, en que Teófilo y sus amigos mostráronse violentos hasta el extremo, faltando quizá a las consideraciones debidas al venerable anciano y eminente poeta. A Braga debe durarle el enojo contra Castilho, pues aún se trasluce en muchos volúmenes de su *Historia de la literatura*.

Por lo raro y singular del pensamiento, y aun por el mérito de ciertos poemones recordaré otro poema también de los *trascendentes* o *trascendentales*, debido a la pluma de un señor Guerra Junqueiro, y titulado *La muerte de D. Juan*. Propónese en él desprestigiar y matar moralmente a ese tipo legendario del libertinaje, entregándole *como a cualquier bandido a la policía correccional*. El fin es laudable, aunque los medios no me parecen siempre los más oportunos. Creo que algo de este poema ha de andar traducido al castellano.

Por lo demás, continuamente están saliendo de las prensas de Lisboa, Coimbra y Oporto, tomos y tomos de poesías líricas, frutos de la mocedad estudiosa o distraída, ataviados siempre con los nombres de *Saudades*, *Magoas*, *Dores*, *Folhas verdes*, *Tristezas*, *Preludios* y otros semejantes. Lo mismo acontece entre nosotros: en esto, como en todo son españoles los portugueses. La verdad es que hay mucho ingenio perdido en las innumerables colecciones de versos que cada día produce la península y sus colonias unidas o separadas; pero ¿quién tiene valor para engolfarse en ese piélago poético? El ingenio es lo más abundante y lo que más se desperdicia y menos se estima entre los individuos de la gran familia española.

El Brasil es aún más rico que Portugal en poetas líricos, y los ha tenido de primer orden, como Gonçalves Dias, en lo que va de siglo. La literatura brasileña, aparte de sus ingenios más esclarecidos, no es tan conocida como debiera en su antigua metrópoli. Algo de eso nos sucede a nosotros respecto a los ingenios de las repúblicas hispano-americanas.

La producción científica no corresponde en Portugal, ni con mucho, a la literaria. No se cultiva o se cultiva mal la filosofía. Por maravilla aparece un tratado de Metafísica, y hasta faltan cátedras formales de la ciencia de las ciencias, cuya enseñanza parece estar reducida a los *elementos* que se dan en los *liceos* o institutos de segunda enseñanza. La tradición científica española está desdichadamente rota así en Portugal como en Castilla, y aquí todavía más por el aislamiento y separación a que voluntariamente se han reducido. Las doctrinas extranjeras entran naturalmente como en país conquistado y sin elementos de resistencia, pero entran siempre tarde, mal y confundidas unas con otras, todavía más que en España. La juventud revolucionaria y amiga de novedades, está generalmente por las brutales doctrinas *positivistas*; el *materialismo* y el *dinamismo* les seducen; y Comte, Littré, Moleschott, Büchner y otros *sabios* del mismo calibre con sus oráculos; lo mismísimo que va sucediendo en Castilla. Y es muy de notar que con frecuencia los secuaces de estas altas doctrinas, *última palabra de la ciencia*, las mezclan y confunden con algo de las fantasmagorías germánicas, sin duda porque el idealismo y el materialismo, aunque bramen de verse juntos, se parecen en ser máquinas de guerra contra *las viejas creencias*. *Evolución de la idea o evolución de la materia*, todo es al cabo *evolución*, todo es *desvenir o llegar a ser*, categoría que, según Renán en su *Averroes*, ha desterrado la antigua del *ser* o de *lo absoluto*. Medrados estamos con volver a la *scientia fluxorum* de los sofistas griegos. Pero todo esto no es del caso, y sólo lo es advertir que estos vapores se han subido a algunas cabezas portuguesas, siendo lo peor que no hay aquí estudios sanos de filosofía que puedan contrarrestar la mala influencia. El *espiritualismo francés* es, aparte de sus yerros, flaca defensa: y apenas ha penetrado en las aulas lusitanas el *neo-escolasticismo*, tan floreciente hoy en algunas partes. El renacimiento filosófico, aquí como en el resto de la península, debiera comenzar por la restauración de nuestra antigua ciencia, exponiéndola en forma moderna, y tomándola por base y punto de partida para nuevas especulaciones.

Aquí no están muy al tanto de nuestra actividad intelectual contemporánea. He observado con placer que corren traducidas y reimpresas las obras de Balmes, y que ni de nombre son conocidos muchos de nuestros krausistas. ¡Felices los que nunca han leído la *Analítica* de Sanz del Río! ¡Mil veces héroes y mártires los que han podido con ella! He oído a algunos portugueses admirarse de que entre nosotros hubiese tenido secuaces una cosa tan rancia y trasnochada como

el krausismo. Y como Portugal no va ciertamente a la cabeza de la civilización, calcule usted el alcance de este dato. Creo, sin embargo, que por ahora estamos libres de esa plaga, y que el peligro amenaza seriamente por otro lado.

Herculano ha creado, digámoslo así, la historia portuguesa. Y no es que yo le admire incondicionalmente como algunos, ni esté conforme con muchas de sus ideas y apreciaciones, que me parecen de todo punto falsas o extremadas. Su libro *Del origen y establecimiento de la Inquisición en Portugal* es un folleto revolucionario, lleno de declamaciones, escrito con la mayor destemplanza, sin penetración bastante del espíritu de los tiempos, y enderezado a un fin claramente político, que por cierto el autor no se toma el trabajo de ocultar. Hay riqueza de datos y buen juicio en cuestiones particulares, pero en general el libro pertenece de lleno a la *literatura progresista*. Es de sentir que tan claro talento se haya convertido en eco de los declamadores de plazuela. Donde Herculano se muestra verdaderamente historiador es en su comenzada y no concluida crónica de su país. Sólo se han impreso de esta obra cuatro tomos que alcanzan desde Alfonso Henríquez hasta Alfonso III inclusive. Los dos primeros volúmenes, y parte del tercero, abrazan la historia *externa*, el resto de la parte publicada se refiere a la *interna*, y especialmente al origen del *municipio* en la península, institución que Herculano ha examinado a conciencia y con *amore*. En este análisis estriba principalmente la celebridad de su libro, que por lo demás ofrece poca materia de censura, y mucha, muchísima de alabanza. Alguna vez se vislumbra la mala voluntad del autor hacia la Iglesia, y es de recelar que esta descaminada tendencia hubiese dominado más en la continuación de la obra, suspendida en parte por los disgustos que ocasionó al autor la acerba polémica sobre el milagro de Ourique, en el cual él se mostró tan intolerante y virulento como sus más descomedidos adversarios. A Herculano se debe, entre otros utilísimos trabajos, la publicación de los *Monumenta portugalliae histórica* y la de los *Anales de Don Juan III*, escritos por Fray Luis de Sousa.

Dos historiadores más debo registrar en esta carta. El elegante y fecundo Rebello da Silva escribió la *historia* de su país *en los siglos XVI y XVII*, con viveza de colorido y amenidad de estilo. Más tarde ha trazado Latino Coelho el cuadro de la administración de Pombal y de los primeros años del reinado de Doña María I *la Piadosa*, y lo ha hecho de mano maestra. Hoy continúa su trabajo y pronto dará a la stampa el segundo volumen que abraza ya los comienzos de la *guerra peninsular* o *de la independencia*, como decimos nosotros. Hasta su conclusión en 1814, piensa extender su libro.

¡Qué ingenio tan vario, flexible, rico y verdaderamente *español* es el de Latino Coelho! ¡Qué claridad de entendimiento y qué viveza de fantasía! Le son familiares casi todas las lenguas de la Europa moderna, y es al par docto en la literatura clásica, de lo cual bien pronto darán gallarda muestra su traducción

del discurso de Demóstenes *por la corona*, y el brillante ensayo crítico sobre la civilización griega, que a modo de introducción, le precede. Escribe el portugués como pocos y el castellano con pureza suma, y pasa de las ciencias exactas y físicas a la literatura con naturalidad y sin violencia. Es lástima, sin embargo, que haya distraído su atención a estudios tantos y tan diversos, mezclados además con los afanes, triunfos y reveses de la política. Teófilo Braga, ya nombrado como poeta, ha alcanzado fama más universal y menos contestada con su *Historia de la literatura portuguesa*, de la cual van estampados ya catorce volúmenes. El cúmulo de datos es grande, las apreciaciones de conjunto sagaces con frecuencia, el método no muy claro ni consecuente, la tendencia a generalizar excesiva, las cuestiones extrañas al objeto de la obra bastantes, las repeticiones demasiadas, el *sentido* (como dicen los krausistas) estrecho, la apreciación *estética* postergada a la *histórica*, el talento del autor clarísimo, sus preocupaciones y errores muy graves, y es con todo su libro una de las fuentes más copiosas para la historia literaria de España que ha enriquecido con olvidadas noticias e inducciones muchas veces felices. Pienso dedicarle en ocasión más oportuna el detenido análisis que merece, apuntando sus faltas, y haciendo notar a la vez sus indudables excelencias.

Fuera de este gran trabajo de historia literaria, Portugal no ofrece cosa notable en tal género de escritos. Posee como tesoro de indicaciones y noticias el *Diccionario bibliográfico* de Inocencio da Silva, impreso en siete tomos, a los cuales han de agregarse dos, ya publicados, de *suplemento*, y quizá otros dos que por muerte de aquel infatigable y heroico erudito quedaron inéditos. Espérase que vean pronto la luz pública. Con este riquísimo *Diccionario* y la antigua *Biblioteca* de Barbosa Machado queda ilustrada la biografía lusitana más que la de ninguna otra región de la península española.

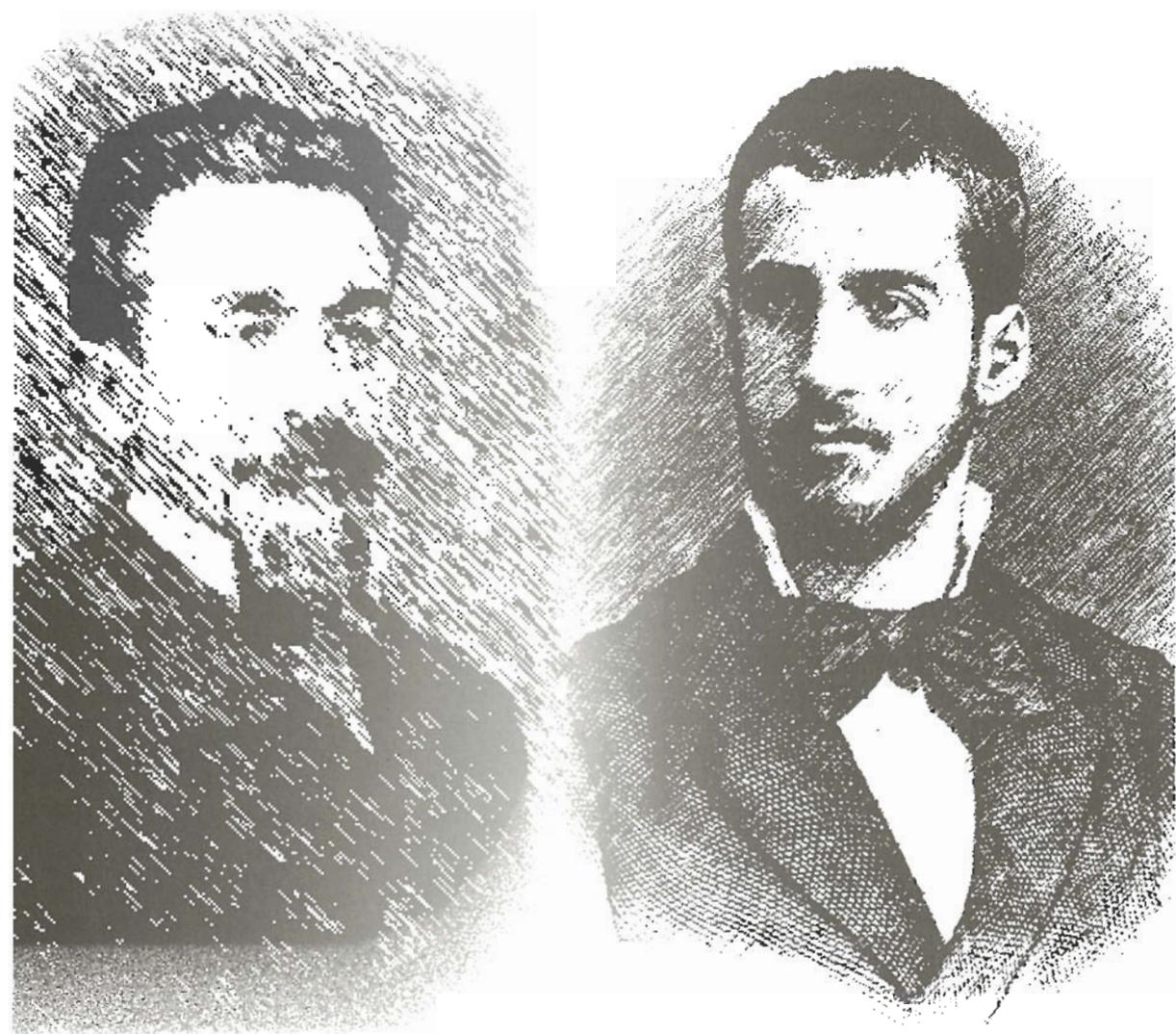
La crítica, digámoslo así, *militante*, se ejerce en los periódicos con más o menos imparcialidad y conocimiento de causa. Han brillado en este género Lopes de Mendonça, Luciano Cordeiro, Julio César Machado y algún otro. La erudición clásica en lamentable decadencia, poco más o menos como en el resto de España. Un solo helenista, y mediano, alguno que otro latinista *del antiguo régimen*. Es cosa triste lo que sucede en nuestra península. De seguro que las criadas de Luisa Sigea sabían más de letras griegas y latinas que muchos sabios de hoy que nos *iluminan* y *deslumbran* con los resplandores de su ciencia.

Aún me queda que decir bastante, pero se guardará para otra carta, y quiera Dios que ésta no desagrade a usted y a los lectores de ese *papel volante* que contra viento y marea sostiene, como un héroe, nuestro amigo Mazón.

Adiós: trabaje usted mucho y acuérdesse siempre de su apasionado amigo, admirador y paisano,

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

CARTAS ITALIANAS



I
ESPAÑOLES EN ITALIA

SR. D. JOSÉ M. DE PEREDA.

Roma, 1.º de febrero de 1877.

Mi carísimo amigo: *Et in Arcadia ego*. Séame lícito traer a mi cuento estas palabras que se escribieron con propósito muy distinto. También yo he venido a Italia, y lo que es más, a Roma. Y como todo el que hace este viaje parece obligado *ipso facto* a decir bien o mal algo de lo que ha sentido y visto, aun a riesgo de aumentar el lastimoso catálogo de los *touristes* impresionables, comienzo hoy esta serie de epístolas, en que hablaré de lo primero que me venga a las mientes, sin más pretensión ni otro intento que el de conversar con usted cual pudiera de palabra, y dar materiales para algunas páginas de nuestra TERTULIA.

No poco me ha costado hallar asunto para esta primera carta, porque la misma variedad y riqueza de la materia, y el encontrarla ya de tantos modos estudiada, quitan la pluma de la mano, y de la mente el deseo de escribir acerca de Italia. Mas al cabo tropecé con un argumento que, no a una epístola, sino a muchos y abultados libros pudiera servir de rótulo, a ser desarrollado cual de justicia se merece. Pensé, digo, en apuntar breves consideraciones acerca de los muchos e ilustres compatriotas nuestros que en diversas épocas y con opuestos fines han visitado el *bel paese*, trayendo o llevando elementos de saber y de cultura, o semillas de desolación y guerra.

Porque está de Dios que las dos penínsulas *hespéricas*, principal morada y asiento de la raza latina, han de comunicarse eternamente la vida y la muerte, las tinieblas y la luz, siendo ora influyentes, ora influidas, cual cumple a sus particulares destinos y al general de la humanidad que en Italia y en España ha visto cumplirse algunas de sus más prodigiosas evoluciones.

¡Cuántas huellas han quedado aquí del paso de nuestras gentes! Desde los albores de la historia patria parece que una oculta fuerza dirigía a nuestros mayores hacia la riente Ausonia. En las cátedras de latinidad hemos aprendido, traduciendo a Tito Livio, las portentosas hazañas de aquellos celtíberos que

guiados por el cartaginés, rayo de la guerra, triunfaron en el Tesino, en Trebia, en Trasimeno y en Cannas, infundiendo no usado terror a la soberbia Roma. En pos de estos recuerdos de guerra y de exterminio, otros más apacibles, y clásicos también, asaltan el ánimo del español que por primera vez visita estos lugares. España, ya *romanizada*, pagó a su metrópoli copioso tributo de grandeza y de ingenio. Por los pórticos, foros y vías de la Roma antigua cruzaron adornados no pocas veces con el laurel y con la púrpura, aquellos inmortales cuya serie empieza en el cónsul gaditano Balbo y en el bibliotecario Julio Higino. Basta recordar a Porcio Latro, el primer declamador de esclarecido renombre; a Séneca, el retórico, docto compilador y atinado juez en las *Controversias y Suasorias*; a Séneca el filósofo, cortado en la frase, profundo en la sentencia, transformador del estoicismo, inconstante en la metafísica, grande en la moral e inferior a sí mismo y a su doctrina en casi todos los actos de su vida; a Lucano, cantor de los farsálicos horrores, poeta sin rival por el vigor y el nervio entre los latinos; a Marcial, fotógrafo implacable y sin conciencia de aquella sociedad perdida; a Quintiliano, último y fortísimo antemural contra la corrupción literaria, hermana siempre de la política; a Pomponio Mela, único y elegantísimo geógrafo en aquella literatura; a Silio Itálico, buen narrador aunque ingenio de corto vuelo; a Columela, purísimo y acrisolado artífice de la dicción en una materia árida; al brillante compendiador Floro, y a aquellos tres gloriosísimos emperadores.

Ante quien muda se postró la tierra...

Y si algún despertador necesitásemos para traer a la memoria estos nombres, aún está en pie la columna de Trajano, vencedor de los Dacios; aún se levanta la *mole Adriana*, trocada en castillo de Santángelo, y aún señala la tradición milanesa (si bien con poco fundamento) el sitio en que San Ambrosio rechazó a Teodosio después de la matanza de Tesalónica. Mas no en piedras ni en lugares, sino en los versos de Claudiano, vive la memoria de aquella infortunada *Serena*, noble y simpática figura entre las ruinas de un grande imperio. Y no en versos ajenos, sino en los suyos propios, brillantísimos de fe y de hermosura, vive el alma de Prudencio, *el más grande de los líricos que florecieron desde Horacio hasta Dante*.

Mas demos tregua a recuerdos latinos inagotables cuanto dulces al alma. No son menores los que ofrecen los siglos medios. No tanto por letras como por armas reanudose desde el siglo XIII la íntima comunicación entre ambas penínsulas. Relaciones comerciales, como entonces podían existir, teníanlas de tiempo atrás catalanes, genoveses y pisanos. Relaciones políticas puede decirse que las hubo desde que el último de los Berengueres pasó los Alpes para avistarse con Federico Barbarroja, y mucho más, después que Pedro II, el futuro defensor de los Albigenses, infeudó la corona de Aragón a la Santa Sede. Pero más tarde,

peregrinos acaecimientos, convirtieron en *gibelinos* a los monarcas aragoneses, y sonó el tremendo toque de víspera en Palermo; y Pedro el *Grande*, recogiendo la herencia de Manfredo y de Conradino, humilló en Mesina a Carlos de Anjou; y Roger de Lauria infestó aquellos mares de tal suerte, que ni los *peces se atrevieron a moverse sin llevar las barras de Aragón a la espalda*. Sicilia, teatro de inauditas proezas, fue desde entonces joya del *Casal d'Aragó*, como lo fue Nápoles, rendida mucho tiempo después por el magnánimo Alfonso V, el rey guerrero y sabio, político y humanista.

En los siglos XIII, XIV y XV no sólo había enviado Aragón sus guerreros a Italia. También había resonado allí la voz de sus sabios. Arnaldo de Vilanova, perseguido en su país como extravagantísimo y herético teólogo, peregrinó por Italia y Sicilia, haciendo portentosas curas, dando vida a la escuela salernitana, y adquiriendo al par que la fama de médico, la de alquimista y nigromante, tras la de hereje que ya de antiguo, y con justicia, traía. Señalábasele con terror como afiliado en una especie de secta pitagórica, y no faltaba quien le achacase la blasfemia *de tribus impostoribus*.

También el iluminado doctor Raimundo Lulio recorrió más de una vez la Italia en demanda de protección y apoyo para los dos grandes proyectos de su vida: la cruzada y la adopción del *Ars Magna* en las escuelas en vez de la enseñanza averroísta. Frustráronse los propósitos del gran pensador mallorquín, y fue a coronar su heroica vida con la palma del martirio sufrido en las inhospitalarias costas africanas.

Dionos Italia (en cambio de todo esto y del influjo ejercido en su renaciente poesía por la provenzal-catalana) el sistema teológico del grande Aquinate, la alegoría dantesca cuyo introductor en Castilla fue el genovés Micer Francisco Imperial, el derecho romano vivificado por doctos intérpretes y célebres escuelas, la poesía petrarquesca que se purificó y acrisoló en manos de Ausías March al pasar de la blanda lengua de Ausonia a la acerada y vibrante de los Almagávares; y finalmente el renacimiento clásico que, llegando a su apogeo en el siglo XV, fue acogido con sin igual amor en la corte napolitana de Alfonso V, al par que en Castilla le allanaban el camino Don Alfonso de Cartagena, primero, y después Alonso de Palencia, educado en Italia y discípulo del sabio griego Jorge de Trebisonda.

A fines de aquel siglo y principios del siguiente ¡cuántos y cuán poderosos lazos unían a entrambas penínsulas! De una parte, aquel reino de Nápoles convertido a la continua en campo de batalla y asegurado al fin por nuestras armas con los triunfos de Ceriñola y de Garellano. De otra parte, Roma que vio en el solio pontificio dos valencianos. Florencia donde concurrían mancebos portugueses a las aulas de Angelo Poliziano; Bolonia y su colegio de San Clemente, fundación

del esclarecido cardenal Gil de Albornoz, brazo de la Santa Sede y acérrimo propugnador de sus derechos en los turbulentos días del siglo XIV.

Todos estos motivos y otros más trajeron en el XVI a Italia cuanto en letras y en armas, en santidad y en virtudes, en política buena y mala produjo España durante aquella extraordinaria centuria, sin igual en los anales del mundo. Grandes caracteres y grandes hechos, la personalidad humana que se levantaba más grande y poderosa que nunca alentada por los grandes descubrimientos y por el despertar súbito de la antigüedad; la audacia teológico-filosófica lanzada a los torcidos caminos de la *Reforma*, el *humanismo* en su mayor grado de exaltación y convertido a veces en *paganismo* puro; el desenfreno artístico en las costumbres públicas y privadas; la verdadera *reforma* brotando del seno de la Iglesia misma; la revolución política donde quiera, las monarquías absolutas y los ejércitos permanentes, el poder de las armas y el de la imprenta, todo batalló encarnizadamente en aquel siglo, verdadera clave de la historia, siglo de fisonomías acentuadas y vigorosas, cuando no de gigantes, en quienes aparecieron confundidas y mezcladas la edad antigua que resucitaba, la edad media que moría y la moderna cuyos elementos iban trabajosamente elaborándose. España participó en grado eminente de todas las grandezas y errores del gran siglo, e Italia fue el palenque en que dieron de sí más gallarda muestra sus hijos. En Italia aprendieron y enseñaron muchos de sus humanistas, superando no raras veces a sus maestros. Aquí tradujo Sepúlveda a Aristóteles y escribió su *Antapollogía* contra Erasmo. Aquí Antonio Agustín solazaba con las flores de la elocuencia y de la poesía la aridez de los estudios canónicos. Aquí acudieron Páez de Castro y Aquiles Stazo y Juan de Verzosa y Pedro Chacón, sedientos de admirar la antigüedad en sus ruinas y en sus códices, para hallar nuevas luces con qué ilustrarla. ¿Y qué decir de aquel nuestro incomparable embajador don Diego de Mendoza, que enriqueció la erudición helénica con un tesoro de códices hasta entonces punto menos que desconocidos?

El hecho capital de aquel siglo, la llamada *Reforma* de Lutero, continuador de las desdichadas tentativas de Wiclef, de Juan de Hus y de Pedro de Osma, vino a conmovier y trastornar los ánimos así en España como en Italia. De la primera pasó a la segunda el discreto y profundo Juan de Valdés, prosista sin igual entre los del reinado de Carlos V. Tolerado en Nápoles por el virrey don Pedro de Toledo, esparció de buena fe y con hondo fervor, doctrinas tan peligrosas como seductoras por traer colorido místico y venir envueltas en dulces frases y arreadas con una elocuencia de oro. En aquellas secretas reuniones de Chiaja solía Valdés explicar las epístolas de San Pablo o dilatarse en *consideraciones divinas* ante un auditorio de teólogos y humanistas, de bizarras damas y atildados poetas. Carne-secchi, Ochino, Pedro Mártir (Vermiglio), Victoria Colonna, Julia Gonzaga, oían con respeto y admiración la severa palabra del hijo de Cuenca, amenizada tal cual

vez con las agudas *facecias* del *diálogo de Mercurio y Caron* o con los filológicos primores del *diálogo de la lengua*.

Mas no sólo en dulces coloquios y en atrevimientos dogmáticos o escépticos ocupaban las horas los hijos de aquel siglo. No pocas veces venía a turbarles el ruido de las armas y la noticia de combates estupendos. Con asombro supo Europa la prisión de Francisco I en Pavía, y con asombro y terror de unos, con indignación y escándalo de otros recibiose más tarde la noticia del espantable saqueo de Roma y de las profanaciones y atropellos inauditos cometidos en la santa ciudad por las huestes imperiales. De horror fue la impresión general y justísima, mas no faltaron hombres, o severos o sospechosos de adhesión al luteranismo, que viesen en aquel suceso un castigo providencial de anteriores extravíos. El secretario Alfonso de Valdés, hermano de Juan, escribió con tal espíritu su *diálogo de Lactancio*.

No sólo humanistas y herejes y soldados españoles visitaron la Italia. Teólogos, canonistas y hasta fundadores de órdenes religiosas hacían esta peregrinación con tanta o más frecuencia. ¿Quién no recuerda a los prelados de Trento? ¿Quién no trae a las mientes el proceso del arzobispo Carranza que en Roma se terminó, no muchos días antes de la muerte del procesado? ¿Cómo no hacer memoria de su sabio y generoso defensor Martín de Azpilcueta? ¿Y quién no piensa en los primeros jesuitas, en San Ignacio, en Laínez y en Rivadeneyra, por lo menos?

Pero ¿a dónde voy a parar con todos estos recuerdos? Usted debe estar cansado, y los lectores también, y a mí me enfada no poco el estilo declamatorio que insensiblemente he ido tomando en los párrafos anteriores. Mas séame permitido repetir en llana y no oratoria prosa, lo que nadie ignora, después de todo, quiero decir, los nombres de algunos eximios poetas nuestros que en el siglo XVI viajaron o residieron en Italia. Sabido es que las comedias de Torres Naharro encantaban a la corte de León X, no poco fustigada por el satírico extremeño en aquellos célebres versos

Virtud en el mundo no cabe ni mora.

Y en efecto, no debía ser grande la virtud en los tiempos en que corrían con aplauso los *razonamientos* de Pedro Aretino, y la *Lozana Andaluza* de nuestro clérigo Francisco Delicado que (entre paréntesis) la escribió en Roma y la imprimió en Venecia.

Volvamos al asunto. De Garci-Lasso ningún español debe ignorar que tuvo en Italia amores y aventuras caballerescas, y que celebró en sus versos a cierta *sirena del mar napolitano*, y que compuso la *Flor de Gnido* para cierto amador de Doña Violante Sanseverino. A orillas del Tesino, del Pó y del Sebeto, entonaron asimismo dulces cantares el bachiller Francisco de la Torre, su buen amigo Francisco de

Figuroa, el sevillano Escobar (de quien, dicho sea de paso, he encontrado versos inéditos), Francisco de Medrano, imitador felicísimo de Horacio, Don Juan de Jáuregui, incomparable traductor del *Aminta*, Alonso de Acevedo, cantor maravilloso de *la creación del mundo* y otros que no tengo tiempo ni paciencia para enumerar. Sólo diré que Mateo Alemán debió pasar en Roma algunos años, cual se deduce de su *Guzmán de Alfarache*, y que Cervantes conocía admirablemente la península itálica, como puede ver el curioso en el *Persiles*. Sabemos además, por testimonio del *manco sano* en el *Viaje del Parnaso*, que *pisó las ruas de Nápoles más de un año*. Las imprentas italianas del siglo xvi, así en los estados españoles de Nápoles, Milán, etc., como en Venecia, en Roma y hasta en Génova y Turín, producían sin cesar libros españoles o traducciones de los escritos por nuestros ingenios. No hubo ninguno, aún de los medianos, que no se viera reimpresso o traducido en Italia.

¿Pues, qué diremos de los pintores, escultores y arquitectos que vinieron a Italia en demanda de ejemplos, de enseñanza o de inspiración artística? No ha de olvidarse que Pablo de Céspedes admiró en el *etrusco Vaticano* las obras de Miguel Ángel, y tengo para mí que a vista de las ruinas de la Roma antigua escribió aquello de

Viene espantosa con igual porfía
A los hombres y mármoles la muerte.

En el siglo siguiente y al amparo del virrey de Nápoles, conde de Lemos, tuvimos en Nápoles una verdadera colonia poética presidida, digámoslo así, por los hermanos Argensolas. A Bartolomé, que estuvo más de una vez en Roma y alcanzó el fin un canonicato del Pilar, debieron disgustarle los enredos y amaños de los curiales y aún otras cosas más graves, y por eso dijo con sequedad aragonesa:

Y Crisófilo cauto, con la treta
Del volador Simón, la mitra agarra,
Con que después la indocta frente aprieta.

Lo cual se dijo y estampó en España a vista y paciencia de la Inquisición, porque no era tan fiero el león como nos le pintan, y en tiempos del Santo Oficio se decían y escribían muy buenas cosas.

Otro virrey de Nápoles, aquel Osuna, de quien cantó Quevedo

Tumba y cárcel le dieron las Españas
De quien él hizo esclava la Fortuna,

formó (como es sabido) con otros generosos españoles el proyecto de destruir la república de Venecia, pero en guerra franca y leal, no por medio de aquella

conspiración absurda que forjó, para conjurar la tormenta que amenazaba a la reina del Adriático, su consejero el servita Fra Paolo. Era el brazo derecho de Osuna en esta y otras arriesgadas empresas nuestro ilustre Quevedo, a quien Roma inspiró dos enérgicos cantos, el soneto:

Busca en Roma a Roma, oh peregrino,
Y en Roma misma a Roma no la hallas;
Cadáver son las que ostentó murallas,
Y tumba de sí propio el Aventino,

y la canción:

Esta que miras grande Roma ahora...

rica de pensamientos y de frases felices, como solo sabía encontrarlas aquel portentoso y universal ingenio.

Pero noto que me voy distraiendo a prolijidades impertinentes, y así me decido a terminar esta carta; mas no sin recordar a otros españoles de quienes en Italia han quedado huellas o fama. Y dejando a los hombres de armas y de negocios, así como a los artistas, quiero terminar esta descosida letanía con la dulce memoria del cardenal Aguirre, de Nicolás Antonio y del deán Martí, brillantísima *Triada* española en Roma, a fines del siglo xvii, es decir, en los ominosos tiempos de Carlos II, el Hechizado. Entonces salieron de las prensas de la ciudad eterna la *Collectio, maxima conciliorum Hispaniae*, la *Bibliotheca Vetus* y la *Nova*, entonces escribió el Deán de Alicante aquellas epístolas, elegías, odas y epigramas, dignos de los áureos tiempos de la musa latina.

Aquí iba a cerrar la carta, pero ¿cómo hacerlo si se me queda en el tintero la brillante pléyade de jesuitas, a quienes la cesarística intolerancia del gobierno de Carlos III arrojó en masa a los Estados Pontificios, sin duda en obsequio a la *civilización* y a las *luces*, es decir, para que sacasen la ciencia de casa y la esparciesen entre los extraños? ¿Qué sabio y paternal gobierno el que desterró, por el solo crimen de vestir cierto hábito, más de *cien* escritores de nota (aparte de otros muchos santos y sabios varones que no escribieron) entre quienes los había de la talla de Hervás y Panduro, Andrés, Eximeno, Lampillas, Arteaga, Masdeu, Lasala, Colomé, Isla, Pou, Alegre, etc., etc.! Pero de estas cosas he hablado ya y sigo hablando en LA TERTULIA y no me gusta insistir en lo dicho ni repetirme.

Con otros dos nombres españoles, el de don José Nicolás de Azara, embajador que fue en Roma, literato notable y protector munífico de las artes y de las letras, y el del inmortal Moratín, pongo término a esta reseña. Inarco escribió su propio *viaje* que es dignísimo de leerse. En Italia compuso además, muchas de

sus poesías líricas, señaladamente la *epístola a Jove-Llanos*, la oda a los *colegiales de San Clemente de Bolonia* y el himno a la *Virgen de Lendinara*.

Adiós, amigo mío. Celebraré que esta mal pergeñada epístola halle gracia a los ojos de usted, como recuerdo del amigo ausente, no por otro mérito ni circunstancia. Suyo devotísimo.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

II UNA VISITA A LAS BIBLIOTECAS

SR. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Roma, 21 de febrero de 1877.

Mi carísimo amigo: Por segunda vez tropiezo con la dificultad de hallar asunto para una carta: yo que en no viendo asunto claro y decidido, no acierto a dar un paso. Y es la abundancia de la materia lo que me detiene, y el temor de incurrir en repeticiones y caer en entusiasmos vulgares y de ritual. Voy a escribir de Roma, mas ¿sobre qué? ¿Diré algo de su antigua y clásica historia, de sus despedazados monumentos y de las reliquias de su grandeza? ¿Pero cómo, si encuentro trabajado el terreno por generaciones eruditas, desde el Renacimiento acá? ¿Qué se se puede decir de Roma pagana con novedad y certeza, si en lo que va de siglo ha renovado totalmente esa historia, volviendo lo blanco negro y lo negro blanco, la poderosa escuela crítica que empieza en Nieburh y concluye (por ahora) en Mommsen y en Friedlander. Deleite es y no fatiga buscar la *historia romana en Roma*, desde que Ampere allanó el camino con su preciosa obra, tan rica de erudición como de colorido; pero ¿resta algo que espigar en ese campo? Y en la parte de costumbres, usos, supersticiones, etc., ¿no están ahí los doctos trabajos del citado Friedlander, del laborioso Dezobry y de tantos más? Por lo que hace al culto y a las instituciones, cada día aparecen nuevos libros, y en breves páginas da completa y exacta idea Fustel de Coulanges en *la cité antique*. Pues ¿qué decir de los estudios arqueológicos que cada día dan nuevos y sabrosísimos frutos, así en Italia como en Francia y en Alemania?

Pero lo confieso, a veces me cansa el fárrago de lucubraciones *romanísticas* (si vale la frase) que sale de las universidades germánicas para difundirse rápidamente por Europa. Reconozco en sus autores erudición inmensa y envidiable sagacidad; pero ¿ese constante empeño de sustituir las propias adivinaciones y conjeturas al testimonio de los antiguos, muy respetable al cabo cuando hablaban de sus cosas! ¿Eso de ver en todo *mitos* y leyendas, y símbolos y alegorías! ¿Y la seguridad y el aplomo con que lo juzgan todo, contra el testimonio de los siglos

y el testimonio más poderoso aún de la razón y del buen gusto! ¿Qué he de hacer sino sonreírme cuando veo a Mommsen llamar *mediano escritor* a Cicerón? ¿Y no se expone este sabio alemán, en lo demás tan flemático y sesudo, a que se le diga con igual frescura, que en materias de gusto no frisa muy alto y que quizá no comprende bien el *ideal artístico de la antigüedad*, como dicen los estéticos de ahora, aunque penetre soberanamente el ideal político?

Por eso al dejar la lectura de Niebuhr y de Mommsen y de otros escritores de ese temple, me gusta refugiarme en los clásicos y repasar la primera historia de Roma que aprendí, la que aprendían los humanistas del Renacimiento, la que no se olvida nunca, aun después de leídas las laboriosas reconstrucciones de la escuela alemana. Y ahora que estoy en Roma gusto de buscar sobre el terreno, no la historia si se quiere, sino la poesía y la literatura romana en Roma. Pero de esto trataremos en otra carta.

Vuelvo al asunto de ésta. El cual no es hablar de Roma pagana, ni de la antigua y veneranda Roma cristiana, ni de la brillante y artística Roma del Renacimiento, sino de una materia mucho más prosaica y enfadosa, *de re bibliographica*, como si dijéramos, de bibliotecas y de códices. Aquí al menos estoy en terreno conocido, y no muy expuesto a caídas. Harta indulgencia necesitarán de todas suertes estos borrones.

Sabido es que Roma ha sido en todas las edades la ciudad de los libros. No hablaré de aquellas famosas bibliotecas de los áureos tiempos, porque de ellas sólo ha quedado la memoria. Pero en épocas más cercanas, en los serenos días del Renacimiento, es imponderable el afán con que pontífices, cardenales, príncipes romanos y comunidades religiosas, atesoraron todo linaje de preciosos manuscritos. Más tarde el cetro bibliográfico ha pasado a otras ciudades y a otros países, pero siempre quedan riquezas incalculables en la metrópoli del orbe cristiano.

La biblioteca vaticana es la más célebre de la tierra, y no ciertamente por el número de sus volúmenes. El de impresos es relativamente corto: no pasa de 50.000, si bien figuran entre ellos no pocas preciosidades, y rica colección de libros del primer siglo de la imprenta, llamados técnicamente *incunables*. Pero no debe a esto su celebridad la biblioteca, sino a sus portentosas colecciones de manuscritos. El catálogo de los códices orientales fue publicado a fines del último siglo por Assemani, y completado en el presente por el cardenal Angelo Mai con un quinto volumen. Pero nunca se ha dado a la estampa el índice de los códices griegos y latinos, que fuera aún más importante. De aquí han nacido las quejas bastante infundadas de muchos eruditos. El Abate Andrés se lamentaba en el siglo pasado de que la Vaticana era un *bibliotaphio* y no una biblioteca, aludiendo a las dificultades que él encontró para conocer y disfrutar, según deseaba, aquellos

tesoros. Y sin embargo, de ese *bibliotaphio* habían salido muchas de las ediciones príncipes de clásicos, y todavía, casi en nuestros tiempos, cuando parecían agotadas todas las fuentes, descubrió el sabio cardenal Mai aquella mina de los *palimpsestos*, que diligentemente explotada por él, restituyó a la república de las letras el perdido tratado *de república*, de Cicerón, y muchos fragmentos del mismo, y obras ignoradas de Fronton y de Simmaco, y cien cosas más: de todo lo cual y de otros manuscritos importantes desdeñados por el gusto exclusivo y nimio de otras edades, formó el infatigable bibliotecario las tres admirables colecciones de *Clásicos*, *Santos Padres* y *Spicilegium Romanum*, que juntas y aumentadas con los suplementos del Padre Cozza pasan de treinta volúmenes en folio, todos de obras por primera vez entregadas a la especulación erudita. Esto se ha impreso en la Roma papal de Gregorio XVI y de Pío IX, a vista de los que insisten en tachar de *oscurantista* y *enemigo de las luces* al gobierno pontificio que tales empresas y otras semejantes protegía y costeaba.

Pero aparte de esto, es indudable que el acceso a la biblioteca vaticana ofrece ciertas dificultades secundarias que no debieran entorpecer a los estudiosos. Contra lo usado en toda biblioteca pública, requiéranse permisos especiales para utilizar sus manuscritos. Pero una vez logrados, son fáciles allí las investigaciones. No hay más inconveniente que el corto número de horas de servicio y la variedad y no mucha exactitud de los índices. Antiguos éstos en su mayor parte, corresponden a los diferentes *fondos* que han ido agregándose al primitivo de la Vaticana. Hay catálogo de la Palatina, de la Ottoboniana, de la Urbinata, etc., todos los cuales es preciso recorrer a veces para topar con lo que se busca. Por lo que a mí toca, puedo decir que he debido especiales favores a los doctos y benévolos directores de ese establecimiento. Y en verdad que el resultado ha correspondido, y bien, a mis esperanzas. Sabe usted que mi principal, por no decir único, objeto, son los manuscritos españoles. En el Vaticano no abundan éstos tanto como pudiera creerse, pero los que existen son de grandísima importancia. Aquí he logrado leer en un hermoso códice del siglo xiv los tratados heréticos del insigne médico y alquimista catalán, Arnaldo de Vilanova (*De adventu Antichristi*, *De misterio cymbaloron*, etc.), que son en número de 18 ó 20, no incluidos en ninguna edición de sus obras, y de tal rareza, que nuestros bibliófilos los daban por perdidos. Aquí he examinado los documentos relativos a su proceso y aventuras, que arrojan inesperada luz sobre su biografía, echando por tierra cuanto acerca de sus opiniones teológicas se había dicho, aún incluyendo las incompletas y poco exactas noticias de Eymerich en el *Directorium Inquisitorum*, que era hasta hoy la principal y casi única autoridad en el asunto. Los documentos aquí existentes prueban que hasta los contemporáneos pueden engañarse en asuntos de no poca entidad. Aquí he encontrado y transcrito en gran parte el libro inédito de Fernando de Córdoba,

filósofo español del siglo xv, *de artificio... omnis scibilis*, libro por él dedicado al cardenal Bessarion, a cuyas tentativas de conciliación platónica-aristotélica se asoció noblemente nuestro Córdoba, digno predecesor de Fox Morcillo. Aquí he examinado asimismo la *Dialéctica* de Arnaldo de Vilanova, y otros tratados importantes, cuya enumeración fuera de sobra prolija y ajena a las condiciones de esta carta.

Entre las demás bibliotecas de Roma debo mencionar ante todo la de la Minerva (convento de Dominicos) generalmente llamada *Casanatense*, del nombre de su gran bienhechor el cardenal Casanata, aunque debió su fundación dos siglos antes a nuestro egregio cardenal Turrecremata, o Torquemada, famoso adversario del Tostado. Esta biblioteca es riquísima en libros impresos. De teólogos y filósofos españoles posee gran copia. En ella y en una o dos más de las que mencionaré luego, he hallado todas las obras de nuestro Foxo Morcillo, que con dificultad se ven completas en ninguna de las bibliotecas españolas. Atesora buen número de manuscritos la Casanatense. De ellos citaré, fuera de muchas relaciones de sucesos particulares, diferentes obras teológicas inéditas e importantes, sobre todo la del P. T. González relativas al *probabilismo*, un códice del *Cancionero de Stúñiga*, idéntico casi al que tenemos en la Biblioteca Nacional, un poema desconocido del siglo xvi en loor de Alejandro Farnesio, obra de poco valer poético pero de alguna importancia histórica, y varias noticias y extractos relativos al *quietismo* y a Miguel de Molinos. Pero respecto a éste, hállase en la biblioteca de que voy hablando un monumento mucho más curioso y digno del estudio que no he dejado de dedicarle para los fines que usted sabe. Refiérome a los documentos originales de su proceso y condenación y de las de muchos discípulos suyos. Con ellos se rectifican y aclaran muchos puntos oscuros de aquel ruidoso negocio, y queda puesta en luz la historia del origen, fin y tendencias de la susodicha herejía.

Riquísima en libros impresos de autores españoles, en especial teólogos, filósofos y humanistas, es la *Biblioteca Angélica*, o del convento de San Agustín. Posee las obras más raras de algunos heterodoxos nuestros, siendo dignos de particular memoria los dos tratados de Miguel Servet acerca de la Trinidad, la *Historia* (latina) *de la muerte de Juan Díaz*, y algunos opúsculos del casi ignorado Miguel de Monserrate. Por lo que hace a libros de filosofía, abundan en ella, además de los de Foxo, los de Núñez, Monllor, Gómez Pereira, Fonseca y otros, algunos de los cuales son *rarae aves* entre nosotros. Los manuscritos españoles son pocos, y sólo cuatro o cinco pueden calificarse de importantes.

Dos bibliotecas particulares, pero notables ambas por el número de sus volúmenes y abiertas constantemente al público, ofrecen nuevos alicientes a la curiosidad del bibliófilo. La Barberina tiene entre sus 7.000 manuscritos, muchos

españoles. Uno de ellos, la traducción gallega del cronicón Friense, importante bajo el aspecto lingüístico, verá muy pronto la luz pública con doctas ilustraciones de mi amigo el celebrado filólogo Monaci, a quien debe el mundo literario la excelente edición del Cancionero portugués del Vaticano, estampada en Alemania no ha muchos meses. Entre los códices que yo más particularmente he examinado, citaré dos de adivinaciones y sortilegios, antiguo y en catalán el primero, que tal vez sea el que Eymerich dice haber quemado en Barcelona, y moderno (pues es del siglo xvii) y en castellano el segundo. Supéralos en interés la relación del Concilio de Trento por el obispo de Salamanca, que en ella intercaló sus pareceres textualmente: manuscrito no inútil para la historia de aquella gloriosa asamblea, en que tan señalada parte tuvieron los prelados y teólogos ibéricos. En otro género es digna de memoria la colección manuscrita de obras dramáticas españolas del siglo xvii, una o dos de las cuales han de ser inéditas a lo que entiendo.

La biblioteca de casa Corsini supera a la anterior en libros impresos, pero la cede en manuscritos. Tiénelos, sin embargo, muy curiosos, entre ellos dos códices de poesías españolas del siglo xvi, uno de los cuales contiene producciones inéditas de Pedro Liñán, Baltasar de Escobar y algún otro. He reconocido además una copia del diálogo de Alonso de Valdés *sobre el saco de Roma* con variantes notables, una traducción de Ovidio (de que he visto fragmentos en otros códices) hecha por un benedictino, y alguna casilla de menos monta. Conserva, como joya preciosa, esta librería en la sección de impresos, un ejemplar de los libros antitrinitarios de Servet, que también están en la Angélica, como dije pocas líneas más arriba, aunque debí añadir que también existe en ella la rarísima edición de la Biblia de Santes Pagnini, corregida por el heresiarca aragonés. Y también he olvidado decirle que en la Vaticana se conserva manuscrito un comentario de Melchor Cano a gran parte de la *Summa* de Santo Tomás.

Pero no es cosa de decirlo todo en un día, ni conviene tampoco empalagar a nuestros lectores con noticias bibliológicas. Fáltame hablar de otras dos colecciones públicas, la de la Universidad y la llamada de *Víctor Manuel*, en que se han reunido la del Colegio Romano y las de muchas comunidades religiosas. Todavía no he tenido ocasión de recorrerlas despacio, y quedarase, por ende, para lugar más oportuno el dar alguna noticia de ellas y de lo que encierren relativo a nuestras cosas. Superfluo me parece añadir que todas estas bibliotecas abundan en copias manuscritas de obras españolas impresas o de que también nosotros poseemos códices. En el Vaticano, por ejemplo, los hay numerosísimos de obras de San Isidoro, Raimundo Lulio, Arnaldo de Vilanova, etc. Pero ya Hervás y Panduro formó un catálogo de todos ellos, razón para que yo no insista en tal materia.

De las bibliotecas pertenecientes a comunidades religiosas (empezando por la Casanatense) se ha *incautado* en estos últimos años el Gobierno italiano. Y no digo más, ni es necesario, porque hay cosas que a sí *mismas se alaban*, y no es menester *alaballas*.

Suyo siempre apasionado.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

III
EPÍSTOLA PARTENOPEA

SR. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Nápoles, marzo de 1877.

Carísimo amigo: Hay en el Mediodía de Italia una ciudad que con muy pocas comparte el privilegio de excitar poderosamente la fantasía antes de verla, y de no borrarse jamás de la memoria una vez vista, porque a toda imaginación excede la realidad de sus encantos. Hasta sus dos nombres son dulces y halagüeños, como todo nombre griego. Llamáronla los helenos *Parthenope* (ciudad de la doncella) y *Neapolis* (ciudad nueva): complaciose la antigüedad en adornarla con inmarcesible corona de recuerdos, y puso cerca de ella el antro de la Sibila, las ondas Avernas, el golfo de las Sirenas... lo más hermoso y lo más terrible, como si hubiera querido ofrecer en poco espacio una imagen de la universal armonía y del ritmo omnipotente, haciendo desaparecer bajo este cielo y ante este mar toda imperfección y discordia. Yo pienso que la inmutable serenidad y la perfecta belleza del arte antiguo solo deben mostrarse sin velo allá en la Acrópolis de Atenas, pero es indudable que a la vista del golfo de Nápoles se comprende algo de esa pureza inefable. Porque esta tierra es griega, como ya lo advirtió Tácito: no hay rastros aquí de la majestuosa, pero dura grandeza romana. Esta es la *otiosa Neapolis* de que habla Horacio, la *dulcis Parthenope* cantada por Virgilio, ciudad de recreación y de ocio para los señores del mundo. ¡Y qué situación mas admirable para ello! A un lado la falda del Pausilipo que desciende suavemente hacia el mar, mirando de una parte al golfo de Puzol y a Bayas inmortalizada por Horacio, Tibulo y Propercio, solitaria hoy y abandonada; mientras de la parte opuesta se extiende la playa de Mergellina donde habitó Sanázaro y compuso sus *églogas piscatorias*, y más allá la ribera de Chiaja, lugar predilecto de nuestro Juan de Valdés, que celebraba aquí sus conciliábulos teológicos y que pone no lejos de este sitio la acción de su *Diálogo de la lengua*. En frente del Pausilipo, al contrapuesto lado del golfo, levanta el Vesubio su bifronte cima, amagando sin cesar aquellas llanuras de Campania donde aún viven los restos de dos exhumadas ciudades víctimas

expiatorias de las abominaciones del mundo antiguo. Cual perenne testimonio de ellas ofrécese a la vista, y no lejos de allí, aquel escollo de Capri, la antigua Caprea, teatro de las monstruosas liviandades y de los supersticiosos terrores de Tiberio. Y ni aún este recuerdo basta para destruir la soberbia armonía del conjunto, porque aquí todo es ritmo, todo es concordancia, todo luz, vida y colores.

Pero noto que me voy escapando por los cerros de Úbeda, y que este es para mí un tono insólito y en que corro peligro de desafinar, dado mi prosaísmo bibliográfico. Basta, pues, de impresiones de cierto género, dejemos el golfo napolitano, entremos por la ciudad, no nos detengamos ante el suntuoso palacio que levantó el virrey conde de Lemos, subamos por la interminable calle de Toledo, decorada con el nombre de otro esclarecido virrey nuestro (¡felices tiempos que no llevan trazas de volver!) y no paremos hasta el museo, edificio que otro de nuestros gobernantes fabricó para caballerizas, y que el conde de Lemos destinó con mejor acuerdo para universidad, tras de lo cual pasó aquella casa por muchas vicisitudes que no es de este lugar exponer. Ya habrá notado usted que aquí el origen de todo se debe a virreyes españoles, y lo que no al buen rey Carlos III en los años que rigió el cetro de esta comarca.

Aquí esperarán de seguro los lectores de nuestros *papel volante* (como diría Gallardo) una descripción minuciosa y punto por punto de los tesoros encerrados en aquel museo famoso entre los famosos de Italia. Pero con el deseo habrán de quedarse, puesto que no siendo yo artista ni arqueólogo de profesión, sino investigador de rarezas bibliográficas y no de otro género, mal podría decir nada que valiese la pena de ser leído y andar en letras de molde, sobre las cosas que allí largamente se contienen. A bien que libros hay en el mundo e itinerarios de *touristes* en que fácilmente podrán satisfacer su lícita y honesta curiosidad. Dejo aparte, pues, los bronce y los mármoles, las pinturas pompeyanas y los mil objetos exhumados de aquellas ruinas, manifestación de la vida clásica en todos sus aspectos; deléitome en recorrer cuanto va indicado, pero con aquel deleite que si es dulce de sentir no es fácil de comunicarse, y paso inmediatamente a la biblioteca que está contigua, aunque con entrada diversa.

Pero se me olvidaba hacer mérito de una pequeña e interesantísima sección *bibliográfica* incluida en el museo. Hablo del gabinete de los papiros herculanenses y de las tablas enceradas. Sabido es que entre las ruinas de la llamada *villa de Aristides*, en Herculano, aparecieron a fines del siglo pasado unos cuantos *cartones*, muchos de los cuales fueron destruidos por ignorancia antes que pudiera sospecharse su naturaleza y contenido. Parose, al cabo, mientes en ellos, tratose de desarrollar y leer aquellas masas cilíndricas y negruzcas, y un P. Antonio Biagi, escolapio, inventó el método sencillísimo que hoy, con ligeras variantes (debidas en parte al ilustre químico Daby) se sigue en estos trabajos. Las hojas

de los volúmenes hasta hoy desdoblados y leídos, están expuestas en una sala del museo, juntamente con las tablillas enceradas que después se encontraron en Pompeya. Desdichadamente el fruto no ha correspondido del todo a los esfuerzos. Los manuscritos hallados por caso prodigioso ni son muchos, ni están íntegros, ni encierran obras de grande importancia, exceptuando una sola. Me refiero al tratado de Epicuro acerca *de la naturaleza*, libro que en medio de todo no acrecienta mucho lo que de su doctrina sabíamos por Lucrecio, Diógenes Laercio y otros antiguos. El dueño de la *villa* herculanense de que estos manuscritos fueron desenterrados, debía ser secuaz de Epicuro, pues casi todas las obras que poseía pertenecen a esta escuela. Cuéntanse entre ellos los tratados de Filodemo, *de la Retórica, de la Música, de los vicios y virtudes, etc.* Todos ellos están mutilados y han sido recogidos en una colección cuyos volúmenes van apareciendo con harta lentitud. En un principio se imprimía el texto griego con traducción latina y anotaciones; hoy por la escasez de recursos y por la menor importancia y extensión de los fragmentos que quedan, se estampa sólo el texto griego. En los papiros no se empleaba más letra que la mayúscula, sin que por esto debamos afirmar que los griegos nunca usaron la minúscula, pues hay indicios fuertes de lo contrario.

La biblioteca nacional de Nápoles (y perdone usted lo brusco de la transición) no puede gloriarse de tan antiguo y noble origen como sus hermanas de Roma, Milán, Venecia, Florencia, etc., pero puede sin desventaja figurar al lado suyo, en más de un concepto, por la positiva riqueza que atesora. Formose en los últimos años del siglo pasado, y abriose al público en los comienzos de éste, siendo su primer *prefecto*, director o jefe, nuestro sabio jesuita Padre Juan Andrés, de cuya vida literaria creo haber dado a los lectores de LA TERTULIA alguna noticia. Constituyeron el primer *fondo* o caudal de esta librería, los volúmenes procedentes de la biblioteca Farnesiana, que Carlos III había trasladado a Nápoles y puesto en su palacio de Capodimonte. Uniéronse los de varias comunidades religiosas, especialmente los del convento de San Juan de Carbonara, rico en códices griegos y latinos aun después del espolio, que hicieron los austríacos, llevándose lo mejor a Viena. En lo que va de siglo ha corrido la biblioteca muy varia fortuna, cuándo acrecentándose sin medida, cuándo permaneciendo en el mismo ser y estado. Los catálogos que en distintas épocas ha publicado no muestran sino una parte mínima de su riqueza. El Abate Andrés pensó hacer una edición de los códices inéditos, así griegos como latinos, que ofrecieran particular interés, pero no llegó a publicar más que un extenso prólogo, especie de reseña histórica de la biblioteca, seguido de algunas composiciones de poetas latino-italicos del Renacimiento. Otro bibliotecario, Cataldo Yannelli, dio a luz treinta fábulas inéditas de Fedro y otras treinta de Aviano. El mismo Yannelli formó un catálogo de los manuscritos

latinos, y Salvador Cirillo otro de los griegos. Finalmente estampose un índice de los incunables en cuatro volúmenes folio, al cual debe agregarse un suplemento todavía inédito. El actual prefecto, mi sabio amigo Vito Fornari, ha escrito una preciosa *Noticia* de la biblioteca confiada a su custodia, enriqueciéndola con apuntes y descripciones bibliográficas de las principales curiosidades y rarezas.

La sección de manuscritos es realmente notable. Distínguese entre los códices latinos el famoso *Plinio* procedente del monasterio de San Juan de Carbonara. Guárdase con particular veneración el autógrafa de los comentarios de Santo Tomás a los libros místicos (*De divinis nominibus*, etc.), malamente atribuidos al Areopagita. Algunos de estos comentarios andan por error entre las obras de Alberto el Magno, y todos presentan notables variantes si los cotejamos con el texto impreso, como recientemente lo ha hecho el Abate Uccelli. Yo había visto otro códice autógrafa de Santo Tomás, el de la *Summa contra gentiles*, ha poco adquirido por la biblioteca Vaticana. La escritura del santo doctor es en ambos casi taquigráfica, y es indudable que su pluma seguía con rapidez inusitada los vueltos de su alto pensamiento.

Aparte de este autógrafa, que es a la vez una reliquia, háylos aquí muy notables de insignes escritores italianos. Entre ellos está el de tres diálogos y varias cartas del Tasso. Yo sólo había visto de su mano algunas notas al margen de un ejemplar de San Agustín, que posee una de las bibliotecas de Roma. Los tres diálogos autógrafos en Nápoles son *el Minturno*, *el Catoneo* y *el Ficino*, todos de materia estética.

Cuatro han sido los filósofos napolitanos de mayor mérito e influencia, Telesio, Campanella, Giordano Bruno y Vico. Del tercero no posee autógrafos esta biblioteca. Pero conserva los originales de ocho tratados de Telesio, de varias obras de Campanella, y de la *Scienza Nuova* de Vito, además del libro *de fisonomía*, de Juan Bautista Porta, y de otros muy curiosos.

Pero no nos entretengamos en cosas extrañas, y vengamos a las que nos interesan más de cerca. Empezaré por citar la Biblia llamada *Alfonsina* por haber pertenecido al docto rey de Aragón Alfonso V, que la donó, según dicen, al monasterio de Monteoliveto, de donde pasó con otros preciosos códices a esta biblioteca. Más por el nombre, que quizá impropriamente lleva, que por pertenecer en algún concepto a España, mencionaré asimismo el *Misal del Cardenal de Toledo*, hermosísimo códice, que, así en la ornamentación como en la parte caligráfica, parece pertenecer a escuela distinta de la española.

No me detendré en un precioso mapa catalán de principios del siglo xv, tenido por una de las más envidiables joyas de la biblioteca, porque dejo a cargo de los geógrafos el ilustrarle. Mas si haré especial y señaladísima mención de una carta autógrafa de Garci-Lasso dirigida al cardenal Seripando desde Provenza, no

mucho antes de la muerte del egregio poeta que la firma. Esta carta, de la cual no sé que hayan tenido conocimiento nuestros bibliófilos, no es muy interesante por el contenido; pero sobre estar admirablemente escrita, manifiesta bien el decaimiento de ánimo que en los dos últimos años de su vida aquejaba al dulcísimo vate, cual si presintiera su cercano fin tan glorioso como lamentable. En ilustración a unos versos de Luis Tansillo, que se refieren precisamente a esto, dio la primera noticia de semejante carta mi docto amigo Escipión Volpicella, primer bibliotecario de la napolitana. Yo he copiado íntegra la epístola, y cuidaré de publicarla en tiempo oportuno.

He examinado uno a uno los manuscritos castellanos, catalanes y portugueses que se conservan en este depósito. Su número no es grande, pero algunos son de no escasa monta. Enumerarlos todos o trasladar el catálogo que de ellos he formado, sería sobre prolijo e impertinente, pedantesco y ajeno a la índole de esta familiar epístola. Sólo diré que he encontrado una traducción inédita y desconocida de los cuatro primeros libros de la *Eneida*, hecha hacia mediados del siglo xvi por un tal Aunes de Lerma, nombre del todo peregrino en la historia de nuestras letras. Su traducción, que está en versos sueltos, no es mala, aunque adolece de sobradas negligencias y desigualdades. Al fin, es un traductor más, y no despreciable, para mi catálogo. No faltan colecciones manuscritas de poesías de los siglos xvi y xvii, entre ellas una, transcrita con inusitado esmero para uso de algún virrey de Nápoles y formada especialmente de composiciones de poetas valencianos del buen tiempo, inéditas (a lo que entiendo) mucha parte de ellas, aunque otras las estampó Salvá en el *Cancionero de la Academia de los Nocturnos*, y después en el *Catálogo* de su biblioteca.

A los manuscritos citados siguen en curiosidad el de la *Africana*, poema del portugués Miguel Sánchez de Lima, soldado del rey Don Sebastián en la jornada de Alcázarquivir, una traducción anónima de los *Salmos Penitenciales*, varias comedias asimismo anónimas, muchas relaciones manuscritas de sucesos de Italia y de España, una versión portuguesa de la *Geometría* de Euclides, hecha a principios del siglo xvi por el licenciado Domingo Pérez, un códice catalán del siglo v, que encierra traducido el libro *de vitiis et virtutibus* (del cual he examinado otra copia en la Vaticana) y dos autobiografías, una de don Alonso Enríquez de Guzmán, acompañada de su Epistolario no menos rico en datos que la relación misma, y otra (harto ridícula) de un Fr. Gerónimo de Pasamonte que anduvo cautivo en Berbería.

La colección de libros españoles impresos es considerable en esta biblioteca. No faltan algunos pliegos sueltos, hay razonable número de libros de caballerías, y aun algunas obras de heterodoxos, entre otras la primera edición de las *Consideraciones divinas* de Juan de Valdés.

Por lo que toca a libros no españoles, raros o preciosos, haré mérito de la hermosa serie de incunables napolitanos, del incomparable ejemplar del *Homero* de Florencia, de la colección de impresiones *aldinas* casi completa, de la *bodoniana* que lo es de todo punto, y de otras que sin serlo tanto (la *elzeviriana*, por ejemplo) encierran los ejemplares más preciosos y apetecidos de cada serie.

En los bibliotecarios he encontrado la mayor afabilidad y cortesía, al par que todo género de facilidades para las investigaciones. Es actualmente prefecto o director de la biblioteca, el Abate Vito Fornari, uno de los pensadores más claros y agudos, y de los escritores más atildados y correctos de que al presente se envanece Italia. Su estilo es de una tersura y una limpieza clásicas. Hay algo de platónico en sus bellos diálogos sobre *la armonía universal*. Pocos tratados de teoría literaria igualan al suyo intitulado *Arte del dire*. Sus trabajos estéticos dánle la palma entre los discípulos y sucesores de Gioberti. Ahora ha comenzado a publicar una *Vida de Cristo*, en la cual ha invertido con santo fervor más de veinte años de la suya. Será obra (a juzgar por la parte impresa) tan señalada por la alteza del pensamiento como por la maravillosa perfección del estilo, digno de los áureos tiempos del habla italiana.

Así a él como al señor Volpicella, jefe de la sección de manuscritos y al joven y estudiosísimo paleógrafo señor Miola, empleado en la misma sección, soy deudor de todo género de atenciones. Déboles no menores al bibliotecario encargado de la sección de libros raros y preciosos, cuyo nombre siento no recordar ahora.

En esta biblioteca he tenido el gusto de conocer al sabio filólogo doctor Boehemer, catedrático de lenguas romances, en la Universidad de Strasburgo, y autor de una excelente bibliografía de protestantes españoles del siglo xvi. Ahora viaja por diversas ciudades de Italia, haciendo estudios sobre códices neo-latinos.

Aquí pongo término a esta carta, porque no quiero cansar a usted ni a los lectores en demasía. Mas sí le diré que he visitado el sepulcro de Virgilio, tenido comúnmente, y pienso que con razón, por apócrifo, aunque parezca indudable que aquel soberano poeta mandó enterrarse en las faldas del Pausilipo, donde había soñado y meditado tanto.

Ayer estuve en Pompeya. Pero de esto vale más callar que decir poco, como de Cartago dice Salustio. Callemos, pues, y admiremos, porque los restos de la antigüedad, y aun de la antigüedad decadente, y aun considerados en una ciudad del todo subalterna, tienen por sí una tan honda y conmovedora elocuencia, que nunca o rara vez puede igualarla, ni aun acercarse a ella, la palabra humana, y más cuando es tan débil y flaca como la mía. Queda con el deseo de servir a usted y se despide hasta la primera, su admirador y devoto amigo,

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

IV

¡RERUM OPIBUSQUE POTENS, FLORENTIA MATER!

SR. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Florençia, 13 de abril de 1877.

Mi carísimo amigo: Aquel buen romano, Aldo Manucio, honra y prez del arte tipográfico, dedicando una de sus más preciadas ediciones de clásicos a la ciudad de Florençia, dábala el nombre de *moderna Atenas*: denominación justificada como pocas en el mundo, y confirmada entonces por el consentimiento universal. Y ciertamente que si algún paralelo digno pudiera hallarse para la ciudad de Minerva, no sería otro que de la reina de Etruria, salvas siempre las distancias. Entrambas fueron de reducido territorio y escasos recursos: gobierno popular rigió a entrambas en sus más gloriosos tiempos: en las dos fue avasallador y único el culto estético: engendraron una y otra soberbios demagogos, ricos de pasión y elocuencia, hábiles políticos, sagaces y majestuosos historiadores, valentísimos poetas, artistas incomparables. Las *tiranías* (hablando al modo griego) que alguna vez pesaron sobre estas dos ciudades, tuvieron muchos puntos de semejanza. Fundáronse no en timbres de nobleza ni en valor heredado, sino en el triple prestigio de la riqueza, del talento político y del *arte*. ¿Quién no ve la semejanza entre los Médicis y los Pisistrátidas? Y por último, parecióronse Atenas y Florençia hasta en la manera de perder su *hegemonía* y su libertad, y en la mala traza y maña que se dieron para conservarla, y en la injusticia e ingratitud con sus mejores hijos, y en la versatilidad e inconstancia de sus pareceres y propósitos.

Sabe usted que Florençia, merced a su situación topográfica y particulares condiciones, mantúvose harto alejada del general movimiento de la Edad Media, y fue labrando oscuramente su futura grandeza, merced al comercio, único recurso que le dejaba la no grande fertilidad de su suelo. Por eso puede decirse que hasta bien entrado el siglo XII, carece de historia, es decir, de historia *influyente*. Pero vino el siglo XIII, uno de los tres grandes siglos de la historia, y el sol del arte calentó de tal suerte las cabezas en aquella república de mercaderes,

que para encontrar un período de tal y tan prodigiosa eflorescencia, hay que retroceder a Grecia, o venir hasta el Renacimiento. Prescindo absolutamente de las artes plásticas con todos sus adherentes, porque temo poner el pie en terreno para mí poco conocido, y por ende resbaladizo. Pero he de decir algo de aquellos maravillosos ingenios que en cierto modo crearon la poesía moderna, y en un sentido más general y absoluto crearon y fijaron la lengua y la poesía italianas.

Venga el primero Dante Alighieri, *el teólogo Dante, conocedor de toda ciencia*,

Theologus Dante nullius scientiae expers,

como de él se escribió y se dijo. Ese nombre de *teólogo* que le dieron los contemporáneos, nos indica ya uno de los elementos, quizá el más poderoso de su genio. Dante es, en verdad, no sólo el poeta cristiano, sino por excelencia el poeta *escolástico y teólogo*, la personificación artística de la ciencia de la Edad Media. Considerándole bajo tal aspecto (y así le ha considerado la crítica moderna) desaparecen y se borran todos los defectos más o menos reales de su poema, las frialdades, languideces y sutilezas en que cae a las veces. Ha de considerarse su gran trilogía como científico al par que literario monumento, y estudiarse no sólo en detalles y primores de ejecución que contrastan a cada paso con formas rudas y por desbatar, sino en la imponente grandeza del conjunto. Pero Dante no era mero teólogo, sino *gibelino desterrado*, que dice Fóscolo. Y aquí tenemos el segundo ingrediente de su obra: la pasión política, que él, como poeta del todo subjetivo, no se toma el cuidado de disimular, antes la desata en rencorosas inectivas, cuando no tiende a darle forma dogmática, como hizo en alguno de sus tratados menores. Dante era además *erudito* al uso de su tiempo, aprovechó algo de la antigüedad, y con alto *sentido* (como ahora dicen) tomó por primer guía en su maravilloso viaje a aquel Virgilio, que por ser en idea y en sentimiento el más *moderno* de los poetas *antiguos* fue el que más tiempo y más poderosamente vivió, aunque extrañamente alterado, en la fantasía de la Edad Media. Como amor de Beatriz (figura, en parte, real, en parte simbólica), Dante abre la serie de los platónicos eróticos del Renacimiento, con la diferencia (bastante para separar dos épocas) de que estos últimos jamás pensaron en convertir a sus damas en emblemas de la ciencia teológica, sino en reflejos de la belleza absoluta, cuyo concepto habían aprendido en los libros de León Hebreo, de Bembo y de Castiglione.

En los procedimientos artísticos mostró Dante gran variedad, a vueltas de suma sencillez. De la literatura latino-eclesiástica había pasado a las vulgares la forma alegórica, forma generalmente fría y muerta. Él la dio color y vida. Agonizaba el lirismo provenzal, cuando el italiano recogió la herencia, levantándose a regiones no exploradas desde que callaron los antiguos. Era forma predilecta de la época la *narrativa*, y Dante la dio, aunque en segundo lugar, considerable

desarrollo en su poema, creando las maravillas de Francesca de Rímini, y del conde Ugolino. A todo esto añadió la *sátira*, acerba y aun injusta a veces, pero alta siempre y generosa, no mezquina como la de los *fabliaux* de la Francia del Norte, ni envenenada como la de los últimos trovadores provenzales.

De todos estos materiales fundidos por uno de los ingenios de más hondo sentir, de más claro pensar, de expresión más vibrante y enérgica que ha visto el mundo, nació, no un poema *épico*, nombre impropio que le ha dado *a posteriori* la pedantería de críticos y preceptistas empeñados en poner nombres a todo, sino una obra titánica, no reducible a ninguno de los géneros conocidos, obra a la vez de carácter íntimo y de carácter universal; obra en que *pusieron mano cielo y tierra*, para decirlo de una vez.

La personalidad de Dante oscurece cuanto le rodea, y pocos, fuera de los eruditos italianos, se acuerdan de Cino de Pistoia y de otros líricos de aquella fecha. Sólo han sobrevivido de este naufragio (y por la mayor parte son anteriores a Dante) algunos poetas franciscanos, cuyo altísimo valor sólo ha sido puesto en luz en nuestros días. No pequeños fueron los servicios del Alighieri respecto a la lengua, no obstante la manzana de la discordia que con el tratado *de vulgari eloquio*, dejó a los hablistas posteriores.

Pero para encontrar una personalidad artística que en algún modo no quede deslucida al lado de la suya, hemos de saltar al Petrarca. No fue florentino de nacimiento; pero Florencia le dio los padres y el idioma, y por toscano se tuvo él siempre. En Petrarca, antes de nuestros días, apenas se había visto otra cosa que un poeta erótico, el amador de Laura. Así vivía para nosotros en aquellos hermosos versos de Herrera.

Tal a su bella Laura el gran toscano
Cantó con dulce y apacible lira,
Guiando el niño rey su diestra mano.

Pero el Petrarca fue más que *esto*. Como poeta *italiano* y *patriótico* (¡lástima que esté tan echada a perder la palabreja!) nadie le igualó en tres de sus canciones, sin que a esto obste el haber aplaudido y fomentado las locuras arqueológicas de aquel maniático de Nicolás Rienzi. Aún tiene otra gloria más alta Petrarca: fue el primer hombre del Renacimiento, en toda la extensión del vocablo. Éralo en sus gustos y en sus odios: aborrecía de muerte el *averroísmo* y la escolástica; imitaba en lo que podía a los clásicos, esperando mayor fama de sus obras latinas que de las italianas; buscaba con inaudita diligencia códices antiguos, y transcribía de propia mano los más interesantes. Aún se conservan entre los manuscritos de la Laurenciana algunas (y muy esmeradas) copias debidas a su aplicación infatigable.

Inseparable de la figura de Petrarca es la de Boccaccio, discípulo, amigo e imitador suyo en casi todo. Como él, reproducía y renovaba las reliquias de la antigüedad: como él, se empeñaba en imitaciones directas e infructuosas, y también, a semejanza suya, alcanzó universal fama, no por sus acicaladas producciones latinas, sino por aquellos devaneos en lengua vulgar que él juzgaba indignos de su nombre. Nada diré de la *Fiammeta*, libro, en su género, maravilloso; pero ¿cómo olvidar el *Decamerone*? Prescindamos de lo poco edificante de casi todas sus historias, menos escandalosas, sin embargo, y contadas con menos malicia que en las imitaciones de Lafontaine y otros. Dejemos a parte la falta de originalidad del mayor número de esos cuentos, tomados unos de libros clásicos, y los más de *fabliaux* franceses. Paremos mientes tan solo en los encantos de la narración y del estilo, de aquel estilo que ha necesitado todo un Cervantes para oscurecerle y borrarle de la memoria de los hombres. Si el *Quijote* no se hubiera escrito, aún hoy serían las historias del *Decamerone* el modelo más acabado de prosa narrativa.

Saltemos medio siglo... más de medio... cerca de uno; pasemos, como por ascuas, por aquella época tormentosa en que pareció que la luz del Renacimiento se ahogaba, y caía sobre el Occidente, con nuevo furor, la barbarie, y vengamos a los serenos días en que, imperando los primeros Médicis, el sol de la antigüedad extendió sus rayos desde Florencia a las más apartadas regiones y oscuros confines de Europa. No nos paremos en Filelfo ni en Poggio, pedantes insufribles uno y otro a pesar de los buenos servicios, que, sobre todo al segundo, debieron las letras clásicas. De concentrar la admiración en un punto, concentrémosla en Lorenzo el Magnífico, el príncipe más simpático de cuantos han regido estados en el mundo. Porque él (a la manera de Pericles) afectó no dominar, y dominó de hecho en una república libre: atrajose las voluntades, no con el temor, sino con el amor: supo hacer respetable aquel exiguo estado, y dióle inmarcesible esplendor con las letras y con las artes. Poeta él mismo, y elegantísimo poeta, docto en humanidades y en clásica erudición, no peregrinó en filosóficas especulaciones, y dotado de exquisito gusto en todo, reunió en torno suyo aquella gloriosa falange, de la cual sólo he de citar dos nombres, Marsilio Ficino y Angelo Poliziano. Marsilio Ficino, traductor de Platón, intérprete de Plotino, uno de los hombres más grandes del Renacimiento, si no le hubieran deslumbrado un poco los sueños teosóficos de la escuela alejandrina. Y ¿qué he de decir del Poliziano? ¿Quién ha puesto más vida y animación que él en una lengua muerta? ¿Cómo es posible olvidar, una vez leídos, los inmortales versos de su *Ambra*, de su *Rusticus*, de su *Nutricia*, de algunas de sus odas y epigramas? ¿Y hay quien ose llamar *pedantes sin alma* a aquellos sabios del Renacimiento que con tal frescura y espontaneidad derramaban su alma toda en torrentes de inspiración y de armonía? ¿Qué importa que

estuviese muerta la lengua de que usaban, si su pensamiento era juvenil y vivo, y si sabían fundirle admirablemente en aquella forma pagana, por tantos siglos olvidada?

Mas he aquí que contra estos *renacientes* y contra sus primores y delicadezas, resuena desde el púlpito de San Marcos la tronante voz del dominico Fray Jerónimo Savonarola, el cual, sin embargo (¡poder invisible de la historia!), es en muchas cosas un hombre del Renacimiento, y ofrece más de un rasgo de semejanza con los demagogos, del *Agora* de Atenas. Savonarola, a pesar de su talento e influencia política, sostenida por una revolución, no logra detener la corriente, antes es arrollado por ella, y perece en cruento suplicio, condenándole los unos por hereje, venerándole los otros como santo, cuando ni lo uno ni lo otro merecía aquel hombre de imaginación exaltada, de buenos propósitos, de fervorosa elocuencia y de frenético entusiasmo.

Y el Renacimiento continúa su camino, cayendo alguna vez en errores y extravíos, pero haciéndoselos perdonar a fuerza de maravillas. Estamos en pleno siglo XVI, en la época de León X, y de sus dos inmediatos sucesores. Toscanos fueron casi todos los artistas que entonces acudieron a Roma. Sólo nombraré uno. Miguel Ángel, y esto para advertir que hizo admirables *sonetos*, oscurecidos tan sólo por sus mármoles, por sus tablas y por sus lienzos.

¿Quién no ha leído la autobiografía de Benvenuto Cellini, uno de los libros más originales y divertidos que se han escrito en el mundo? Entre las raras figuras de aquel siglo pocas hubo de tanta extrañeza como la de aquel escultor y orifice, tipo del artista aventurero y desmandado.

Pero ahora caigo en que me he olvidado nada menos que de Maquiavelo, y usted y los lectores me han de dispensar la omisión. Como político y como hombre me es del todo antipático, pero le admiro y venero como escritor. Nadie, escribiendo historia (fuera de algún español) se acercó tanto como él a los antiguos. Y por lo que hace a la parte puramente literaria, la *Mandrágola*, con ser desvergonzadísima, deja muy atrás en condiciones dramáticas a todas las comedias del Renacimiento. ¡Pluguiera a Dios que se encontrase siempre en el teatro italiano aquella fuerza de acción y de caracteres!

De propósito no he querido enumerar antes y al lado de Maquiavelo otros historiadores florentinos, no porque queden deslucidos en cotejo con aquel gigante, sino porque la simple enumeración de sus nombres con algún juicio de sus cualidades distintivas, traspasaría en mucho los límites de esta carta. Me contentaré con citar al Guicciardino, para fijarme en uno de esos nombres que llegan harto más allá de los aledaños itálicos.

Estos historiadores, los primeros que la moderna Europa pudo oponer a la antigüedad, nacieron y se educaron, no en las aulas de los retóricos, sino

en medio del tráfigo de los públicos negocios. Fueron casi todos hombres de acción, de guerra o de consejo, a las veces de entrambas cosas; y esto les libró, aunque no siempre, de los lugares comunes y de la monotonía en las narraciones, defectos inseparables de la historia *construida* por literatos de profesión desde su gabinete. Pero en cambio hizo a casi todos, y especialmente a Maquiavelo y a Guicciardino, adoradores ciegos del éxito, políticos sin corazón y sin entrañas, lo cual les aleja, a no poder más, de aquellos grandes narradores clásicos, en quienes lo alto y generoso del pensamiento se refleja siempre en la majestuosa serenidad de la dicción. Hay en los historiadores italianos algo de pequeño y de mezquino, efecto de los desdichados tiempos en que vivieron y de cuya política corrupción participaron: efecto de la pequeñez y debilidad mismas de los estados que para sostenerse acudían con frecuencia a la perfidia. Sólo alguna vez se vislumbra en los políticos de esta edad una *idea italiana* confusa y mal definida, que tal vez fuera error tomar por idea nacional. Ella salva o disculpa hasta cierto punto las abominaciones de Maquiavelo, que al cabo cerró su libro de *El Príncipe* comentando el grito de guerra de Julio II contra *los bárbaros*. Pero ¿qué idea se había formado Maquiavelo de la independencia de su patria, cuando consideraba como una calamidad para tal causa la muerte de César Borja! ¿Y qué independencia sería esa traída con perjurios y amasada con traiciones? Por desdicha las lecciones del secretario de Florencia, a la corta o a la larga, surtieron efecto decisivo. Hoy se comprende a maravilla la apoteosis política de Maquiavelo.

No hablaré de los últimos y desdichados tiempos de la libertad florentina, en que aquellos ciudadanos ni acertaron a perder la libertad, ni a conservarla. El asedio de Florencia con sus inmediatos resultados, cerro definitivamente aquel período. Inútil fue (¡ojalá lo fueran siempre los crímenes!) el asesinato del duque Alejandro por Lorenzino de Médicis, cuyo nombre he de recordar aquí tan sólo por la brillante *Apología* que con tal motivo escribió y que es, en concepto de Leopardi, *la única obra, de veras, elocuente que posee la lengua italiana*. Inútiles resultaron asimismo los esfuerzos de los desterrados Strozzi. La hora de las grandezas toscanas había pasado quizá para siempre. Con el gobierno fastuoso y brillante de Cosme se abre una época nueva en que decayeron sensiblemente las artes y las letras. Pero todavía a fines del siglo xvi, encontramos un gran nombre que pertenece a la historia literaria lo mismo que a la científica, porque él mostró en inimitables ejemplos de prosa didáctica y polémica la eterna e indestructible unión, y el parentesco íntimo de la verdad y la belleza. No es menester decir que aludo a Galileo, cuyos méritos, como físico, no es de mi incumbencia aquilatar; pero sí decir de pasada que el cantor del *Saggiatore* y de los *Diálogos sobre los sistemas de Tolomeo y Copernicano*, apenas tiene rival entre los prosistas de Italia.

Todos estos recuerdos y muchos más asaltan de tropel el ánimo del curioso en Florencia, y ni dejan ocasión ni vagar para ocuparse mucho en otras cosas. Ellos han venido, no sé cómo, sin trabazón ni orden a llenar esta carta, que empecé con propósito muy distinto. Pensaba hablar de la bellísima biblioteca Laurenciana, que es en lo rico y selecto de sus manuscritos quizá la primera del mundo, aunque entre en cuenta la misma Vaticana. Pero es tanto lo que de aquella biblioteca y de otras de Florencia, en que he pasado deliciosísimos ratos, podría decir, que prefiero poner punto aquí, por recelo de decir poco. Quédese para nuestras particulares conversaciones.

Suyo admirador y amigo,

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

V
LETRAS Y LITERATOS ITALIANOS

SR. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Venecia-Milán, 13 de mayo de 1877.

Mi carísimo amigo: Tomo la pluma, aunque tarde, para continuar la serie de mis epístolas. De la tardanza no ha sido mía toda la culpa, sino de ciertos embrollos semi-filosóficos que me han distraído días pasados. Hablemos un poco de bella literatura para purificar la atmósfera.

A alguno ha de extrañarle que esta carta engendrada en Venecia, pero cuyo parto terminará en Milán, no hable ni de Milán ni de Venecia, ni de todas las cosas que son de cne y de rigor en tales casos. Pero como yo no busco los asuntos, ni creo que en este género de escritos debe buscárselos, sino tomar los que buenamente vienen, he de discurrir hoy, siquiera con brevedad, del estado de las letras italianas en lo que va de siglo. Serán consideraciones ligeras y a vuela pluma, porque no consienten otra cosa el carácter ni los límites de esta familiar epístola.

Busquemos ante todo un punto de donde fácilmente descienda el hilo del pensamiento. Sería absurdo comenzar la historia literaria de este siglo cuando el siglo cronológicamente empieza. Fijémonos, pues, en los últimos años del pasado.

Sin ser lamentable ni mucho menos, no era del todo gloriosa la situación de las letras itálicas en aquella fecha. Asemajábase no poco a la de España por los mismos días. Aquí como allí el influjo francés, contrariado siempre por las tradiciones nacionales, pero favorecido de sobra por el espíritu de la época, había alterado más o menos radicalmente la lengua y en partes la literatura. Las consecuencias fueron diferentes, sin embargo. Italia había carecido siempre de verdadero *teatro*, es decir, de *teatro* nacional, pues significan harto poco bajo tal aspecto las comedias clásicas del siglo XVI, aunque entren en cuenta la *Mandrágola* de Maquiavelo, la *Calandria* del cardenal Bibiena, la *Cortesana* del Aretino, la *Cassaria*, el *Nigromante* y la *Lena* del Ariosto, y el *Candelerero* de Giordano Bruno.

Ni era italiano el espíritu de tales obras, ni eran ellas tan poderosas y de tanto precio que bastasen a dar vida, color e individualidad a ningún teatro.

Mucho menos valen y menor influjo tuvieron las tragedias clásicas acompasadas y frigidísimas, cuyo primer modelo fue la *Sofonisba* del Trissino. Aún estos pobres gérmenes dramáticos no fructificaron en el siglo xvii, y por tanto Italia tenía muy poco que perder con la introducción del gusto francés en el xviii. Al contrario, puede afirmarse que ganó, y que de entonces datan sus glorias dramáticas. Apostolo Zeno, y sobre todo Metastasio, lograron en el género falso e híbrido de la *ópera*, si no el lauro de eximios poetas trágicos o cómicos, a lo menos el de elegantes líricos, y alguna vez el de intérpretes fieles de pasiones no muy hondas ni muy vivas. Aquellas arias metastasianas, que sonaban como gorjeo de pájaros, sedujeron y encantaron a nuestros abuelos, y no hubo rincón de Europa donde no fuesen repetidas con universal aplauso. Al lado de aquel arte muelle y enervador, propio de la centuria xviii.^a, surgió valiente la tragedia clásica de alto coturno inaugurada con la *Mélope* del Maffei, que Voltaire plagió a mansalva, reservándose luego el derecho de hacerla trizas en una censura, cuya injusticia demostró ampliamente Lessing en el mejor capítulo de la *Dramaturgia*. A la *Mélope* siguió una nube de tragedias de escuela, que la posteridad ha olvidado con sobra de justicia. Al cabo apareció Alfieri con el decidido intento de renovar la escena italiana y dar a su patria un verdadero teatro trágico. Alfieri era ingenio soberano y de recio temple, y si no logró del todo lo que se proponía, culpa fue de los malos tiempos, de la falta de tradiciones dramáticas en Italia, y, en parte, de las condiciones de su talento, poco flexible, agreste y bravío. El juzgarle no es de este lugar ni puede hacerse en pocas líneas. Baste decir que a pesar de los defectos de sequedad, aspereza y monotonía harto sensibles, ha dejado modelos admirables y superiores, en mi entender, a los de la tragedia francesa.

En la comedia no presenta Italia nombre más ilustre que el de Goldoni, en quien la fuerza de observación y el tacto escénico abundaron, aunque pecase de descolorido y monótono en caracteres y situaciones.

Venecia, que parece tener vinculado el genio cómico escaso en otras ciudades de Italia, produjo, casi al mismo tiempo que el anterior, un ingenio original y caprichoso, que cultivó, no sin éxito, cierto género fantástico algo semejante a la farsa aristofanesca, aunque carezca por completo de su intención, profundidad, alcance y exquisita pureza de formas. Me refiero a Carlos Gozzi, autor poco estimado por los suyos, pero a quien han puesto en las nubes algunos críticos alemanes. Dejó, lo mismo que Goldoni, agradables *Memorias* de su vida, muy útiles para conocer el estado de la sociedad veneciana en los últimos tiempos de la famosa república.

Fue muy cultivada y con diversas direcciones, la poesía lírica en la Italia del siglo xviii. Abundaron, es verdad, los insípidos y retumbantes versificadores semejantes al abate Frugoni que llegó a formar escuela, de su nombre, llamada *frugoniana*:

obtuvieron grande aplauso los eróticos semejantes a Metastasio y a Paulo Rolli en quienes apenas es de elogiar otra cosa que la azucarada melodía, de la dicción: y llegaron a desusada fama ciertos horacianos de escuela, sin vigor ni originalidad propia, cuyo tipo fue Fantoni. Pero entonces, como siempre, dio Italia verdaderos y eximios poetas. Uno de los mejores, y de los menos conocidos fuera de Italia, fue el boloñés Savioli, cantor enteramente clásico de amores sobrado paganos. Composiciones tiene que ni Ovidio ni Propercio hubieran desdeñado por suyas.

Alfieri dejó algunos sonetos de gran precio; pero el resto de su lírica no está a la misma altura.

En la epopeya burlesca (única que consentía el prosaísmo de la época) y en los géneros afines mostró verdadera gracia, manchada con frecuentes y escandalosas impurezas de estilo y de lengua, y con otras harto más graves, el famoso Casti, cuyo poema de *Gli Animali Parlanti* (no quiero hablar de otras obras suyas) ha dado la vuelta a Europa, aunque los italianos jamás le han admitido en el canon de sus obras clásicas. Es, para broma, demasiado largo, y no conserva en todas partes la sal ni el nervio de algunos trozos, justamente tenidas por modelos de sátira política.

Irreverencia parece casi, colocar a seguida del nombre de este ingenio incorrecto, desigual y licencioso, el gran nombre de Parini, poeta milanés que fue clásico de veras y autor de una prodigiosa y fecunda revolución en las letras de su patria. Dejó Parini algunas odas de maravillosa perfección artística, pero su campo de gloria fue la alta *sátira*, la que en ciertas épocas aparece para realizar un fin moral y civilizador, la que por entonces cultivaba Jovellanos en España. Atacó Parini en su poema *El Día* (dividido en cuatro partes, *mañana*, *mediodía*, etc., que forman cada una un canto), la vanidad, ignorancia y ligeras costumbres de la *buena sociedad* milanesa de aquellos tiempos, ataque sostenido por una constante y poderosa ironía, y desarrollado en una áurea cadena de versos sueltos, los más hermosos que hasta entonces habían sonado en oídos neo-latinos. Parini no era muy espontáneo: cada verso suyo muestra haber sido limado y caldeado cien veces; pero tal es precisamente la condición esencial del instrumento rítmico que él empleaba. Profesó el poeta lombardo de quien escribo, verdadero culto al arte, y así por esto como por no haberle manchado jamás con los vicios morales y literarios comunes en su siglo, vino a ser como el patriarca y corifeo de una nueva y generosa escuela que se continúa en casi todo el siglo presente, y que (¡cosa rara!) inaugurándose con un poeta clásico y semi-latino, acaba por abrirse a la invasión romántica más que ninguna otra escuela italiana.

La prosa didáctica floreció bastante en la última centuria, pero fue una prosa de carácter francés, limpia, brillante y precisa, no majestuosa, ni grandilocuente, ni rica como la del siglo xvi. Distinguíéronse como escritores de derecho penal

y economía política, más por las doctrinas que por la exposición afeada (sobre todo en el último) con graves defectos, Beccaria, Pedro Verri y Filangieri. El historiador que hizo más ruido fue Giannone, por las persecuciones que le atrajeron sus continuas invectivas al Papado y aun a la Iglesia católica; pero aunque tenía condiciones no vulgares así narrativas como críticas, ha ido perdiendo en estimación, y hoy su *Historia civil del reino de Nápoles*, es poco leída. Las verdaderas glorias históricas de Italia en ese siglo, pero en su primera mitad, fueron los dos grandes investigadores Maffei y Muratori. Concienzuda es también la *Historia literaria* que más tarde escribió Tiraboschi, erudito juicioso y metódico, pero de crítica pobre y en algunos puntos equivocada.

La filosofía italiana que pareció llegar a su apogeo en las obras de Vico, había ido descendiendo lastimosamente hasta el *sensualismo condillaquista*, entre cuyos expositores se distinguió Genovesi. Quedaban todavía algunos cartesianos y uno muy notable, el cardenal Gerdil, lidió bizarramente contra el *enciclopedismo* que infestaba a Europa en aquellas calendas.

Del desarrollo de las ciencias exactas y naturales no he de tratar aquí. De otros géneros puramente literarios como la novela, etc., no hubo entonces cultivadores que merezcan particular encomio. La literatura periodística fue dignamente representada por Gozzi (Gaspar) en el *Observador*, cuyos artículos morales y de costumbres superan a los de Addison en el famoso *Spectator* inglés.

Tal era, *plus minusve* y a grandes rasgos, el cuadro de la cultura italiana, cuando al expirar el siglo XVIII y comenzar el presente, surgieron, en pos de Alfieri y de Parini, dos ingenios de tal temple que ellos solos bastarían para honrar una nación y una literatura. Fueron éstos (amigos al principio y después rivales) Vicente Monti y Hugo Fóscolo. Era Monti clásico al modo latino y no al griego, es decir, con un clasicismo imperfecto y de segunda mano; poseía una admirable facultad de *asimilación* concedida sólo a ilustres poetas, y por tal concepto supo trasladar a sus cantos las grandezas ajenas sin que pareciesen extrañas y pegadizas, y era ante todo y sobre todo, un versificador admirable, cualidad no tan general ni de tan poca estima como algunos piensan. De la idea se cuidaba poco; tomábala donde le venía al paso, sin cuidarse de que fuera propia o del vecino; es más, sin hacer cuenta de lo que había escrito antes. Por eso execró primero la revolución francesa y la divinizó luego, y más tarde ensalzó a Napoleón en muy buenos versos, pero de la manera más empalagosa que puede imaginarse. Por eso se llamó primero *el abate Monti*, y luego *el ciudadano Monti*, y a la postre *el caballero Monti*. Pero de todos estos personajes se ha olvidado la posteridad, y sólo conoce al ilustre *poeta Monti*, al de la *Belleza del Universo*, al de la *oda al globo aerostático*, al traductor de Homero, al trágico del *Aristodemo* y del *Cayo Graco*, al imitador de Dante en los tercetos nunca igualados de la *Basvilianna* y

de la *Mascheroniana*, al autor del *Prometeo*, de la *Feroniada*, de la *Musogonia*, de la epístola sobre la *Mitología*, y de tantas otras cosas buenas y bellas. Entre todas descuella la versión de la *Iliada*, hecha (¡imposible parece!) por un hombre que sabía poquísimo griego y que trabajaba sobre una interpretación literal latina. Sin embargo, no desfigura el texto y pocas veces yerra, porque lo que no sabía lo adivinaba. Por algo llamó la antigüedad *vates* a sus poetas.

¿Y qué diré de Hugo Fóscolo, ingenio *griego*, que no la época ateniense pero sí la alejandrina, hubiera reclamado por suyo? ¿Quién no sabe de memoria su *Canto de los sepulcros*, una de las cuatro o cinco joyas de la poesía moderna? En ese canto, pagano de pura ley en la ejecución como en las ideas, corre no sé qué viento de inspiración nueva que le ha hecho aceptar aun de los menos adictos a la teoría literaria que le dictara. Porque allí hay manjar para todos, recuerdos de Troya y recuerdos de Florencia, artísticamente agrupados para producir el mayor efecto, apuntados a veces en una sola frase, en un solo verso; pero de esos que nacen armados de la cabeza del poeta, como Palas de la de Júpiter. Y la personalidad del poeta no se borra ni se anula entre tan altos recuerdos, sino que respira y palpita en cada parte del canto, que tiene por eso un carácter del todo subjetivo, a despecho de la copiosa erudición y de las imitaciones frecuentes que se amoldan como por encanto, al tono general de la obra.

Iguales o mayores méritos quizá, pero no condensados en tan poco espacio, reúne el otro poema de Fóscolo *las Gracias*, a pesar de sus dimensiones excesivas y de lo confuso y embrollado de ciertos pasajes, defecto tolerable en una obra póstuma. De sus poesías sueltas y de sus traducciones del griego, sólo diré que es de lamentar sean tan pocas. La versión de los primeros cantos de la *Iliada* supera en fidelidad, aunque cede en elegancia, a la de Monti. Fóscolo, nacido de madre griega en la isla de Zante, fue por estudio eminente helenista, y bien lo mostró en la *Historia del digamma eólico* y en el comentario a *la Trenza de Berenice*, de Calímaco.

Compuso además Fóscolo varias tragedias al modo de Alfieri, el *Tiestes*, el *Ajax*, la *Ricorda*, obras todas, no de gran valor dramático, pero elocuentes y animadas. Tradujo con suma pureza y gracia el *Viaje sentimental* de Sterne, hizo en el *Jacopo Ortis* una imitación notable del *Werter* (por lo demás pésimo modelo de un género sentimental execrable) y escribió numerosos y muy estimados ensayos sobre Dante, Petrarca, Boccaccio y otros clásicos italianos. Su crítica es siempre alta, como de hombre que entiende y sabe producir la belleza.

En uno de sus últimos estudios calificó Fóscolo, con desusado rigor, a la nueva escuela literaria representada especialmente por Manzoni. Comenzó este grande y simpático escritor su carrera con dos poemitas en verso suelto, y al modo clásico, de los cuales se arrepintió luego, y en verdad que no tuvo razón para ello,

a lo menos en lo que hace a la *Urania*, composición digna de Monti. Pero no le llamaba Dios por ese camino, en el cual sólo hubiera sido el segundo, cuando estaba destinado a abrir nueva senda y llevar el arte por nuevas derrotas. Y de hecho con los *himnos sacros* se puso a la cabeza de los líricos cristianos de nuestro siglo, mostrando en insuperables ejemplares, donde la sobriedad compite con la unión piadosa y con la grandeza, de qué suerte pueden tratarse sin vanos adornos ni falsas retóricas, en pleno siglo de incredulidad, los altos misterios de nuestra religión santísima. El himno de *Pentecostés* y el de la *Pasión* superan en mucho a las dos composiciones de asunto no sagrado que en la colección *manzoniana* encontramos. Sé que no es esta la opinión común, pero la opinión común me parece poco fundada. En el famoso *Cinco de Mayo* (por otros títulos admirable) véase patente la afectación y el estudio, no hay aquella generosa onda de afectos y de poesía que se desborda en los *himnos sacros*. ¿Ni cómo había de ser natural en la pluma cristiana de Manzoni el elogio de Napoleón, es decir, la apoteosis del derecho de la fuerza? Digamos que al gran poeta lombardo le deslumbró la grandeza del coloso caído, y no neguemos que en esta oda quedó inferior a sí mismo. Superiores son al *Cinco de Mayo* los coros de *Curmagnola* y de *Adelchi*, superior el hermoso canto a la revolución milanesa de 1821.

Manzoni no tenía gran vocación para el teatro. Hizo dos tragedias o *dramas históricos* muy bien escritos, como todo lo que salía de sus manos, pero hechos a compás, aunque con pretensiones innovadoras. Toda la innovación se reducía a haber arrinconado las *unidades de lugar y tiempo*, y a haber seguido el orden de los acaecimientos tal como los presenta la historia, en vez de saltar *in medias res*. Y tales andaban los tiempos, que el autor mismo parece como arrepentido y pesaroso de tanta audacia, y pide mil perdones en el prólogo. De hecho un pobre académico francés hubo de escandalizarse, y Manzoni escribió una carta admirable para defenderse, carta en que compite la delicadeza del análisis con la timidez de las conclusiones. Baste decir que ni aun se atreve a aceptar la mezcla de lo trágico y de lo cómico, a pesar de los grandes efectos que de ella habían sacado Shakespeare y nuestros españoles. De las tragedias no diré más sino que vivirán eternamente, no por lo que en sí son, sino por los tres coros que encierran.

Universal aplauso ha valido a Manzoni su novela *I Promessi Sposi*, uno de los *dos* libros italianos más leídos en este siglo. A decir verdad, Manzoni, que era ante todo un lírico, no parecía nacido para el género de Walter Scott. La acción de *I Promessi Sposi* es un poco lánguida, y los personajes principales no interesan grandemente; pero si la obra no es un dechado de novela, como algunos (con error, a mi juicio) pretenden, es a lo menos un libro elocuente y conmovedor, de los que hablan al corazón y al entendimiento. Notaré, sobre todo, cuatro episodios, el de la monja de Monza, modelo de análisis psicológico, el de la conversión del

Innominado, el del tumulto de Milán y el de la peste. En muy pocos libros de esta centuria pueden encontrarse páginas que se acerquen a las citadas.

Dejó Manzoni otra joya literaria, la defensa de la *Moral católica* contra Sismondi: libro de oro que yo desearía ver en las manos de todo creyente.

En torno de Manzoni se agrupa la escuela milanesa, que con más o menos felicidad ha cultivado todos los géneros que tocó el maestro. En la novela histórica siguieron sus huellas Tomás Grossi, autor del *Marcos Visconti*, donde lo mejor, en concepto de muchos, es la linda y popularísima *canción de la golondrina*; Máximo de Azeglio, muy celebrado por su *Ector Fieramosca* y su *Asedio de Florencia*, obras de colorido brillante, en que predominan los combates y las escenas caballerescas; finalmente, Carcano, César Cantú y algún otro. En la poesía narrativa y en la lírica han descollado, siempre con tendencias *manzonianas*, Grossi, autor de las novelas en verso *Ildegonda*, *La Fugitiva*, etc. Sestini, que le imitó, acaso con ventaja, en la *Pía de Tolomei*, Cantú, que compuso estimables *himnos sacros*, y otros ingenios milaneses que ahora no recuerdo.

La historia debe mucho a esta escuela lombarda, llamada también *neo-güelfa*. El más fecundo y conocido de sus cultivadores es César Cantú; pero aún han descollado más en puntos particulares el benedictino Tosti, autor de excelentes historias de la *Condesa Matilde*, y del Papa *Bonifacio VIII*.

La escuela milanesa se ha distinguido siempre por su acendrado catolicismo. No acontece otro tanto con los escritores del centro de Italia.

Nombraré ante todo a Leopardi, llamado por algunos el *lírico de la desesperación y de la muerte*, pero a quien yo llamo con igual razón el lírico de la forma pura y de la armonía clásica, el que más se ha acercado a los antiguos en estas condiciones. Si Fóscolo era un griego de Alejandría, Leopardi es un griego de Atenas y de la era de Pericles. Lo único que tiene de moderno es lo malo, la filosofía lúgubre y desesperada, que en él debe considerarse como una verdadera enfermedad, producto de excepcionales condiciones de carácter y de entendimiento. Pero Leopardi adoraba en la belleza, y este culto le salva de todos los escollos que para el arte ofrecen las tristes ideas que en él se proponía encarnar. Y de la misma suerte que Lucrecio, predicando una filosofía materialista, excedió a veces a todos los poetas de la tierra, en fuerza solo de su entusiasmo por la *naturaleza*, única divinidad que le restaba, así Leopardi, adorador ferviente de la Venus Urania o celestial, que Platón contrapuso a la terrestre, llega a hacer tolerable y hasta poéticamente hermoso aquel vacío de su alma, huérfana de esperanzas y de consuelos. Además de sus admirables *cantos* dejó aquel portentoso ingenio gran número de traducciones y comentarios de poetas y prosistas griegos, un curioso *Ensayo sobre los errores populares de los antiguos*, y un poema burlesco intitulado *Paralipómenos de la Batracomiomaquia*. Pero su obra maestra, después de las poesías

líricas, son los *Diálogos* en prosa, que unas veces recuerdan los de Luciano, excediéndolos en amarga y profunda ironía, y otras, como sucede en el *De la gloria*, se aproximan mucho a la nunca igualada perfección platónica.

La Toscana ha dado en este siglo dos eminentes poetas. Es el primero Giusti, apellidado el *Beranger de Italia*, aunque supera bastante el *chansonier* francés con quien le comparan. El género predilecto de Giusti fue la sátira política enderezada contra los antiguos gobiernos de la península itálica y movida siempre por el pensamiento de *unidad*. Ningún poeta italiano ha excedido en popularidad a Giusti, porque su lenguaje, con ser purísimo, no es el de las academias ni el de los libros, sino el del pueblo toscano, vivo y palpitante. Esto mismo hace que sea poco conocido del lado allá de los Alpes, y aumenta la dificultad de traducir sus versos.

Florenia se enorgullece con el recuerdo de Niccolini, trágico superior al mismo Alfieri. Rebotan en sus dramas (*Juan de Prócida*, *Antonio Foscarini*, *Arnaldo de Brescia*, *Filipo Strozzi*, etc.), la virilidad y la energía; abundan el color local y la fuerza característica, pero Niccolini incurrió en el yerro de poner siempre el arte al servicio de una idea política, ya fuese generosa como el odio a toda dominación extranjera, ya injusta como la aversión al Papado que es precisamente lo más grande y lo más *italiano* que posee Italia. A parte sus producciones originales, dejó Niccolini buenas traducciones y estudios sobre el teatro griego.

Entre los historiadores toscanos mencionaré especialmente a Atto Vannucci, autor de una muy apreciable *Historia de la Italia antigua*, y al marqués Gino Capponi, universalmente conocido por la suya, tan elegante como juiciosa, *de la República de Florenia*.

Llegamos, por decirlo así, a estos últimos años en que extinguidos casi todos los luminares de las letras italianas y los escritores de segundo orden hasta aquí mencionados, han aparecido nuevos astros con el acostumbrado cortejo de satélites. Haré breve recuento de unos y otros.

La poesía lírica se sostiene bien, aunque no posee ya Fóscolos, Manzoni ni Leopardis. De sus actuales cultivadores debo citar a Prati, gran versificador, en quien es de lamentar que no acompañe la novedad del pensamiento a la tersura de la frase. Con él comparten el aplauso público Aleardo Aleardi, dotado de un enérgico sentimiento de la naturaleza; Giacomo Zanella, erudito veneciano, algo prosaico a veces, y Giosué Carducci, ingenio de gran valía si no pagase culto a ciertas ideas ni incurriese en extravagancias como las del *himno a Satanás* y otras composiciones por el estilo.

Para el teatro no escribe ningún ingenio de primer orden. Niccolini apenas ha tenido sucesores. Cultivan con éxito la comedia Ferrari, y Gherardi del Testa.

La novela agoniza, sobre todo después que murió el revolucionario Guerrazzi, talento poderoso, aunque desigual y muy poco simpático.

El movimiento histórico es prodigioso. Por todas partes se registran archivos y bibliotecas, y se publican memorias antiguas y colecciones de documentos. La historia de la península subalpina se va rehaciendo casi por entero. Pero como ahora es tiempo de recoger materiales y no de levantar edificios, no aparecen con tanta frecuencia como en la primera mitad del siglo, trabajos de conjunto como los de Botta, César Balbo, Carlos Troya, Cantú, Vannucci y Gino Capponi. Abundan más las monografías y los estudios bibliográficos, algunos de ellos notabilísimos y casi todos concienzudos.

La erudición invade todos los campos. En el de la filología y de las letras humanas brilla el profesor Domingo Comparetti, cuyo libro *Virgilio en la Edad Media*, es un dechado de monografía, harto superior a muchos pretenciosos trabajos alemanes, en que a la confusión y al fárrago se los llama *rigor de método*. Cultivan con amor y entusiasmo los estudios de lenguas y literaturas romanas Monaci y otros jóvenes ya conocidos por disertaciones y trabajos de valía. Rajna, profesor de Milán, ha publicado recientemente un erudito libro sobre *las Fuentes del Orlando Furioso*. Los estudios críticos de Carducci, especialmente el que versa sobre *Angelo Poliziano* merecen asimismo grandes encomios.

De intento he reservado para término de esta carta la *filosofía*. Ella sola daría materia para un largo artículo. Aquí me limitaré a brevísimos renglones. Ya he hecho mérito del estado de decadencia en que se hallaba al comenzar este siglo. El primero de los que trabajaron en su renacimiento fue el napolitano Gallupi, que substituyó el sensualismo de Condillac con un *sensismo mitigado* a la manera de Laromiguière. Pero a esto añadió mucho de las observaciones psicológicas de la escuela escocesa, aparte las que le sugirió su propio ingenio. Algo tomó también del kantismo que llegó a él de segunda mano.

Mucho más pesa en la balanza filosófica Antonio Rosmini, que fue el pensador de la escuela lombarda. Rosmini era gran psicólogo, pero la base de su doctrina es ontológica y aun puede decirse que platónica. ¡Lástima que esté expuesta en libros áridos y difusos, sin hilación ni método! Manzoni la dio gran boga, adoptándola y defendiéndola en su áureo *Diálogo de la invención*.

Disgregación de la escuela rosminiana fue la de Gioberti, ontólogo también, puesto que pone por base de su sistema el célebre principio «*el Ente crea lo existente*». Combatió con acritud y en general sin motivo plausible, a los discípulos de Rosmini. Por lo demás, Gioberti, ingenio agudo y paradójico, abusó en modo lamentable de sus condiciones de polemista cayendo en un sin número de inconsecuencias y contradicciones, así como en graves errores que provocaron los anatemas de la Iglesia. De sus obras políticas que tanto ruido hicieron, no me toca hablar en este sitio.

Por distinto sendero que Rosmini y Gioberti procede Terencio Mamiani, escritor elegante y muy erudito. Clamó por la *renovación de la antigua filosofía*

italiana, y en lo demás recomendó el procedimiento psicológico de los escoceses, y los principios del *común sentido*. Después ha pasado por muchas vicisitudes y transformaciones. Hoy explica filosofía de la historia en la Universidad romana, y parece haberse refugiado en un espiritualismo vago y elástico, semejante al de los franceses.

La filosofía escolástica renació con gloria aunque guiada por un exclusivismo no del todo aceptable, en las producciones del napolitano Sanseverino, y en las de los PP. Taparelli, Liberatore, Tongiorgi y otros jesuitas. Sus libros son bastante conocidos y justamente apreciados en España.

Bien necesarios son todos los esfuerzos de la filosofía cristiana, de cualquier color y matiz, para resistir a ese torrente de malas enseñanzas y de libros impíos que en los últimos veinte años se ha desbordado por Italia. En algún tiempo dominaron los hegelianos; ahora están reducidos a la Universidad de Nápoles. Sus caudillos son Vera, Spaventa y Fiorentino. En los demás centros de enseñanza domina el más crudo *positivismo*. No quiero citar autores ni libros.

Contra estas torcidas corrientes luchan de una parte los *neoescolásticos*, de otra algún *ontologista*, como el ilustre Fornari, algún *espiritualista ecléctico*, como Mamiani. ¡Que Dios favorezca las empresas de todos contra el común y más terrible enemigo!

En una sola cosa merecen aplauso sin tasa tirios y troyanos. A ningún italiano, de ninguna secta ni condición, se le ha ocurrido negar la antigua ciencia de su patria. Todos están conformes en ensalzarla y ponerla junto a las nubes. El hegeliano Spaventa ha publicado un estudio sobre Campanella, el hegeliano Fiorentino otros dos acerca de Pomponazzi y de Telesio, el *espiritualista* Ferri una *Historia de la filosofía en Italia*. Para nadie es asunto de discusión ni de duda el mérito científico de Italia en todas épocas. ¡Sólo hay un pueblo en Europa donde sea de *buen tono filosófico* maldecir (sin conocerlo) de cuanto dijeron y pensaron nuestros mayores!

Hora es ya de acabar esta carta. Usted estará cansado y yo también. No quiero releerla, porque de fijo encontraría omisiones graves, como ya, sin volver atrás, las encuentro. Entre los escritores de las tres primeras décadas omití al famoso y demasiado retórico hablita Pedro Giordani, y lo que siento más, a aquel Silvio Pellico, no grande ingenio, pero sí grande alma, que hizo el libro indestructible de *Mis Prisiones*. Pero basta ya de adiciones, y de carta.

Sabe usted que es suyo apasionado amigo,

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.



«Para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean —como dijo Cervantes—, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento». Así lo hizo Marcelino Menéndez Pelayo cuando escribió las Epístolas literarias de sus viajes para la revista *La Tertulia*, que ahora se reeditan impresas por Bedia Artes Gráficas, S. C. de Santander, el día 21 de agosto de 2012, al cumplirse el centenario de la muerte del insigne polígrafo.

LAUS DEO